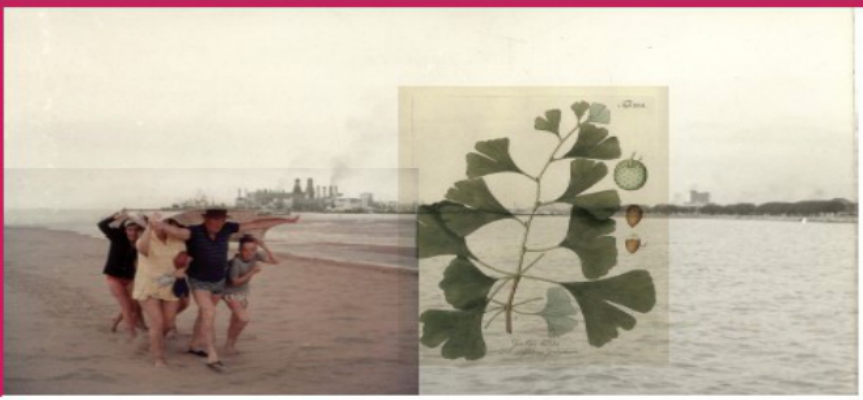
ACÁ TODAVÍA

ROMINA PAULA

_novela



entropía

Sobre este libro

«Las coordenadas sobre las que esta novela se construye se enuncian desde el título. Acá: espacio que reconoce sólo quien lo habita, y todavía: ese no tiempo, el del aún, del ya casi o el hasta que… Andrea, protagonista y narradora, asiste a la agonía del padre y se interna en el espacio amurallado del presente, aunque atravesado por pasadizos secretos y no tan secretos: recuerdos hacia los que se desliza, también, el porvenir.

La escritura de Romina Paula atenta contra el dominio y la prepotencia ontológicos. En esta, como en sus novelas anteriores, hace lengua de lo mutable, lo inapresable, lo indefinible. Sus personajes no son, sino que están siendo y adquieren espesor gracias a la singularidad de una voz en cuyas raíces se entrelazan dolor y oscuridad, ligereza y sentido del humor. Se mueven en zig-zag, buscan, preguntan, están del lado de los que prefieren no saber.

Por eso los sonidos de sus narraciones contienen el volumen cromático del habla o el discurrir del pensamiento, modulaciones que su autora escucha con minuciosidad. En esa porosidad, esa entrega hacia lo no dado, hacia lo por hacer o descubrir, en esa libertad, reside la fuerza de su estilo.»

Virginia Cosin

www.editorialentropia.com.ar

Romina Paula

Acá todavía

Editorial Entropía

Buenos Aires

Índice

Cubierta Sobre este libro

Portadilla Epígrafes

Primera parte/ Todavía

Segunda parte/ Acá

Sobre la autora

Créditos

Otros títulos de esta colección

La comprensión no es la medida de todas las cosas.

La realidad mensurable termina en la punta de nuestros dedos: más allá está el abismo.

Jonas Mekas

Ningún lugar adonde ir

La espina no, la flor, la flor.

Si es que hubo flor.

Eduardo Darnauchans

Primera parte/ Todavía

Acá, ahora que los pasillos están en penumbras, los adornos refulgen.

En la puerta de la habitación de Mario hay, desde principios de diciembre, un árbol de Navidad con luces encendidas y un pesebre bajo su copa, escoltado por tarjetas.

Del otro lado del pasillo, en la habitación 203, el otro pesebre, uno viviente, velando por el gran Mario, el viejo Jesús, en su túnica impoluta, sobre la cama.

Desde esta ronda evoco la mañana en la que todo comienza, esto que componemos.

Esa mañana tengo el teléfono apagado, una larga mañana dormida después de haberme acostado tarde. Eso sí que es optimismo: el teléfono apagado, como si nada malo ni bueno, nada urgente pudiera pasar. Al encender, dieciocho llamadas perdidas de mi hermano Juan entre las 8 y las 12. Dieciocho llamadas y ni un solo mensaje de voz. Se me estrujan las tripas. Llamo. Juan atiende al segundo sonar. Que dónde mierda estaba, pero sin enojo. Que no me preocupe pero que internaron a papá. Que le están haciendo estudios. Que no saben qué es. Que entró con fiebre alta. Que pensó que estaba teniendo un infarto, pero no. Que tenía el cuello hinchado y estaba blanco como papel. Que casi se desmaya en el baño y que se fue para la guardia. Manejando él. Que se autocondujo al hospital. Que lo retuvieron. Que le dijeron que infarto no, que no era el corazón pero que algo sí. Que le sacaron sangre, que no lo dejaron ir. Que ahora están ahí en el Alemán. Que cuándo me puedo acercar. Si está bien, quiero saber yo y él que sí, pero que cuándo puedo ir. Le digo que ya. Corto. Hago caca. No pienso, actúo. Me cambio, salgo. Pienso en tomar un taxi

pero viene el colectivo y me subo. Viajo de pie, no sé si hay asientos libres o no. Voy donde va la silla de ruedas, que ahora no hay. No me acuerdo qué pensé, recuerdo en blanco, sólo quería llegar. Voy oteando por la ventanilla abierta el vientecito de verano. Cruzo Almagro, Once, llego a Barrio Norte. Camino unas cuadras navideñas hasta el hospital. Le mando un mensaje a mi hermano para ver por dónde andan, él responde que me espera en el hall. La entrada del hospital es señorial, con algo de shopping, de aeropuerto también, pulcro, impersonal. Hay muchos extras y entre ellos, de pie, Juan. Le pregunto si hay novedades mientras él me conduce hacia la habitación. Responde que más o menos. Le pido que sea más específico y dice que prefiere que me cuente papá. Frente a la presencia de lo innombrable, prefiero callar. Quizás sólo prefiera no saber. Salimos a una salita de espera, de ahí a un pasillo y sobre el pasillo una de las habitaciones, la primera a la derecha, justo frente al árbol de Navidad. La puerta está entornada, Juan me deja pasar. En la habitación, mi padre en bata con una mujer joven que le está entregando algo, una placa, unos papeles; escucho la palabra Fundaleu acompañada de un apretón de manos y un deseo de suerte, la joven mujer en vaqueros le desea suerte a mi papá, con un apretón de manos. Se da vuelta, nos ve, nos sonríe, nos saluda, lleva una cartera, está terminando su turno, con mi papá, con ese apretón de manos, esos buenos deseos. Nos saluda, "chau, chicos, suerte", y se va. Nosotros, de pie en el medio del cuarto; quedo expuesta a papá. Fundaleu repiquetea contra la parte interior de mi frente, produce un dolor agudo, un cincel en el cerebro, como de ingesta de agua de lago del sur. Percibo a mi hermano detrás de mí, inerte y pesado como yo. Mi padre, sin afei- tar pero sonriente, nos recibe.

También ahora sonríe, tras su túnica, presidiendo la ronda. A su alrededor, formales, nosotros, los demás: Coco, junto a la ventana; Juani en la silla a los pies de la cama; a su lado, parada, Ángeles, y en el largo sillón duro, yo. Recostada en este sillón con la cabeza levemente elevada por uno de los almohadones tiesos se me ocurre que en este pesebre vengo a ser algo así como el cebú que aparece echado de lado, pachorro y reposando en la proximidad del camastro del niño dios. Los demás conversan; conversan por- que tienen urgencia, me digo. Coco de pie, ni siquiera se sienta, a él lo espera su familia, la nueva, en el auto, en el estacionamiento, para seguir viaje, su mujer y su lechoncito, la lactante, lo esperan para entonces sí ir a festejar. Y Juani y su chica también parten, para Caballito, a lo de sus suegros. Está claro que el único que no tiene apuro es el cebú, que monta guardia. El cebú no tiene adónde ir, a este cebú se le

encomendó la guarda de este niño indefenso y este cebú, ancestral y mudo, no tiene pensado moverse de acá, mover su kilaje de este sitio, y tiene su cornamenta alerta para cualquier contratiempo que pueda surgir. Este cebú puede solo con el niño dios y no necesita de la presencia ni de la compañía de los tres reyes magos, tan andarines y movedizos. Aquellos dieron sus dádivas y ahora siguen camino y el cebú, desde su ínfimo cerebro y su gran santidad, piensa: "Cuidaré de ti, niño gigante, de batita y cablerío, tú no caminas, yo no pasto, yo no tengo intención de moverme, llevo alimento en mi giba para semanas, te alimentaré de mi leche, porque soy un cebú hermafrodito, doy leche y procreo, soy también y al mismo tiempo tu María y José".

Coco cuenta, Coco se muestra animado, puede contar de la pequeña y eso siempre trae alegría, no falla. Cuenta que el otro día se tiró por el tobogán de cabeza y se la dio porque se tiró con los brazos para atrás como un torpedo, una niña bala, y no se pudo atajar y fue a dar con la frente contra la arena y del susto a que la retasen se fue hasta la madre con la frente abierta y sangrando, sin emitir sonido, y que ahora le gusta contar por medio de señas y en su media lengua cómo le pegaron la frente con Poxiran.

A Denise no la entran al cuarto, no queda claro si por ella o por su abuelo, porque el abuelo no le puede hacer mal a nadie, pero es cierto que para alguna gente los hospitales y los cementerios no son lugares para niños, o por lo menos eso parece parecerles a Coco y Valeria que casi nunca la traen, y cuando sí sólo hasta la puerta. A la niña le han dicho algo así como que al abuelo lo picó una avispa y que ahora tiene que descansar y que no puede tener niños cerca porque lo cansan mucho. Pero que ella tiene que pensar fuerte fuerte y mucho en el abuelo y que entonces el abuelo se va a poner bien y va a poder estar en compañía de niños otra vez.

Cuando pregunté de dónde venía la pavada de la avispa, Vale me explicó que era algo que Denise podía entender porque una vez la había picado una avispa en un dedo y se le había hinchado y le dolía mucho también y que había llorado terriblemente y que entonces ella creía que ese era un buen registro que tenía la nena de dolor y sufrimiento y que por eso la imagen de la avispa era algo que ella podía tener y que le permitía ubicar la cuarentena del abuelo en

algún lugar. Que la verdad que ella prefería todavía no recurrir al concepto de enfermedad porque pensaba que eso podía desencadenar en la niña un miedo muy temprano. Sobre todo cuando se trata de una enfermedad tan grave, y que no se puede ver, ¿cómo se explica eso? Es algo que roza la abstracción y los niños nada pueden hacer con la abstracción. Todo eso dijo. Así que si bien me parece aparatosísima y estúpida de tan rebuscada toda la explicación, me abstengo de pronunciar la palabra enfermedad pero también el cuentito de la avispa, que me da vergüenza.

A veces pienso que si Juan pudiera, se casaría conmigo. ¿Lo pienso o lo deseo? ¿Deseo que quiera casarse conmigo o desearía poder casarme yo? Casarnos como forma de decir, como si fuera de estar juntos para siempre. Me gusta pensar que no dudaría en dar cinco Angies por un Trapo, este Trapo. Juan es el más apodador de todos, aunque la verdad que competimos muy cabeza a cabeza por el puesto de apodero número uno. A lo largo de mi vida he tenido un sinfín de apodos, de distinta jerarquía. En principio, siempre convivieron el del día con el de la semana, con el del mes, con el del año, con el de la temporada; algunos duraban lo que un suspiro, otros pedían pista para instalarse y alguno que otro lograba imponerse. Y entonces era Carpincho por algunos días, que evolucionaba en Carpa, que mutaba en Garca, que avanzaba hacia Garcamendi que iba a Mendiga que se convertía siguiendo alguna oscura ley en Penélope. O en Beta. O en Pompis o en Walmer o en Chu. Pero sin duda Trapo siempre fue el más poderoso, el que siempre subyació, el que sobrevivió a todas las temporadas, el que se impuso. Tanto que Coco, que siempre se atuvo al apodo más popular del momento, todavía me llama Trapo. Incluso mi papá se refiere a mí como El Trapo, aunque esté presente. En lugar de enunciar “decile a tu hermana”, dice “decile al Trapo”. A lo sumo Trapito. Es difícil saber cuándo se impuso tan definitivamente; es probable que Trapo haya convivido con muchos otros, que se haya transformado en algún momento también, pero finalmente sobrevivió, se impuso como si siempre hubiese estado ahí, para nombrarme. Mucho más que Andrea. Sólo mi madre se empeña en llamarme Andrea, siempre. Incluso en el período en el que Trapo hizo furor y yo misma me presentaba así, mi madre, con su característica falta de tacto y capacidad de adaptación, no transigió y no dejó caer ni un Trapo ni un Trapito si- quiera una vez. Mi madre se enorgullecía del Andrea y no se cansaba de decir que Trapo era un nombre feo y que no entendía por qué una chica tan bonita como yo elegía para sí un apodo tan despectivo. A lo que yo respondía que al cabo que ni era

tan bonita y Amanda remataba con un “y con ese apodo menos”. Remate a lo Amanda, ahí está. Qué suerte que me querés, mamá, que si no. Amanda, la madre de varones, el ala más bruta y falta de delicadeza de la familia; Amanda, la –felizmente– autoexiliada de nuestra familia; Amanda, que me pusiste un nombre igual al tuyo excepto por alguna que otra consonante, y cómo no te va a gustar.

Juanito, entonces, no pasaría la Navidad junto a su Trapo en esta ocasión, y sería la primera. Tampoco pasaría la Navidad junto a papá, y si bien no sería la primera sí que era infinitamente triste la razón por la que no lo hacíamos. No puedo evitar pensar que Juani hubiese preferido quedarse, con el Trapo y con papá, ¿no era esa la ley natural? ¿Qué era todo esto de las nuevas familias, de las candidatas? Me gustaba pensar que Juani deseaba en su fuero más íntimo, en ese lugar donde las miserias no dan vergüenza, que su hermana, su hermanita, quedara siempre así, sola, disponible, para ellos, para él; que no había nadie en el mundo lo suficientemente valioso como para merecer a su Trapo y de todos modos ya nadie en el mundo llegaría a conocerme tanto como él, que me vio nacer, casi literalmente, que me tuvo en sus brazos en el primer día de vida y que me había visto, tenido cerca, observado, casi todos los días de su vida, pero sobre todo de la mía. ¿Quién llegaría a quererme tanto, quién podría quererme así? Nunca nadie, nadie, podría tener tanta proximidad como él, tanta intimidad de la buena. Me gustaba pensar que él quería seguir siendo siempre el hombre en la vida de su hermana, junto con mi papá, claro. ¿Y Coco? Coco nada, Coco siempre fue para sí solo, inmune en su península de hermano mayor, a distancia prudencial, siempre un poco recubierto de misterio. O a lo mejor no se tratara para nada de misterio y era sólo parquedad, o tranquilidad, o retiro, o querer ser dejado en paz. Del colegio pasó al estudio, en el CBC conoció a Vale, se enamoró, se adosó a ella, se convirtieron en dupla y ya definitivamente no necesitó a nadie más. Incluso se podría decir que ahora el hecho de haber formado su propia familia lo devolvía un poco más a esta, a querer saber un poco más de esta gente con la que había pasado los veinte primeros años de su vida. Algo de haber sido padre aparentemente le había despertado las ganas de saber cómo habíamos sido sus hermanos. Coco de algún modo siempre nos había percibido como mellizos. Juancito nació cuan- do él tenía cinco años y Trapito dos años después. Así que nos veía como una unidad, el concepto hermanitos, algo más que mas- cotas. Y después en la adolescencia, la de Juan y mía, con todo lo de la separación, Coco se las arregló para estar lo más lejos posible, porque podía hacerlo, porque pudo hacerlo, se fue prácticamente a

vivir a lo de Vale y con un poco de instinto de preservación y bastante de negación y egoísmo se mantuvo al margen de la tormenta, sin siquiera dignarse a mirarla pasar sino posicionándose, deliberadamente, de espaldas a todo aquello, el suceso. No es que se lo reprochemos en particular sino algo peor: reprochárselo significaría creer que él debería haber estado ahí, cosa que ninguno de los dos, o de los cuatro, esperó. Con toda malicia había un chiste interno entre los mellis: que Coco era un Delaney puro, ciento por ciento hijo de Amanda, mientras que nosotros éramos verdaderos Covarrubias. Entonces a esas desapariciones, esas ausencias, las llamábamos "una Delaney"; podíamos decir "mandó una Delaney" u "otra Delaney" o "una gran Delaney". Lo de la separación, que se recluyera en su pareja-abrojo, se había tratado de una gran gran Delaney, heredada, porque la auténtica gran Delaney, sin duda, se la había mandado Amanda herself. Pero ahora, habiendo fundado otro nicho Covarrubias, su propia estirpe, casi había vuelto a merecer el apellido y la pequeña Denise, sin dudas, era muy Covarrubias. Aunque debo admitir que Vale había colaborado mucho, muchísimo, en todo esto también, en lo de volver a acercar a Mariano a su propia familia, la primera, ofrecérnoslo, devolvérnoslo, más accesible y curioso, más presente al fin. Ahora, de más grande, le daba el beneficio de la duda preguntándome si aquel alejamiento, aquella no intervención de Coco, en realidad, más que de cobardía, se habría tratado de una manifestación de entereza e integridad. Y aunque no lo sepa, lo que es seguro es que ahora, así, de más grande, no me animaría a juzgar a nadie con tanta frescura y poco conocimiento de causa, mucho menos tratándose de un hermano. Y si bien al Coco no le causa tanta gracia que me gusten las mujeres, se esfuerza muchísimo por entenderlo y ser amable cuando me cruza con alguna. En realidad sólo había conocido a Lourdes y a alguna compañera de la facultad, que no era más que eso, pero en su ignorancia en esa materia, todas las mujeres más o menos jóvenes que fueran parte de mi vida debían –irremediablemente– gustarme o haber tenido algo conmigo. Exceptuando a Malena, claro, que era como una hermana… ¿o sin excepción? Esa amabilidad sobreactuada me incomodaba mucho, porque le detectaba el tono impostado, formal, cordial por demás, como si esas chicas fueran extranjeras y hablaran un español distinto al suyo, un dialecto quizá, que lo obligaba a él a ser afable, a modular distinto, casi. Así y todo y por más que eso me indignara en mi fuero más profundo, o más que indignar me doliera, porque no podía concebir cómo alguien podía ponerse incómodo por la preferencia sexual de otro, aparte de eso y desde un punto de vista más racional,

podía entenderlo. Alcanzaba, por ahora, con que me respetara y se esforzara tanto por aceptarlo. Con Juani, claro, era distinto; Juani se hacía el seductor con las chicas, le gustaba ser el osote en el medio, el hombre-niño mimado. A Lourdes incluso llegué a hacerle una escena de celos por lo mucho que hablaba con Juani, por lo mucho que le festejaba los chistes y se reía. Escena de celos completamente fuera de lugar, pero entendible al fin, donde no se sabía qué simbiosis pesaba más, si la de los mellis o aquella con mi novia mujer.

El primero en irse es Coco cuando recibe un mensaje de Valeria diciéndole que ya es hora. Entonces le da un beso a cada uno excepto a papá, a quien saluda con la mano alzada, que es como hay que saludarlo ahora que no se lo puede tocar. Papá le levanta el pulgar y le manda saludos para sus chicas. Coco dice que pasa mañana si puede y papá que él va a estar acá. Angie se pone inquieta, quiere aprovechar el envión de la salida para emprender Caballito. Juan se hace el que no lo percibe y sigue apoltronado en su sillón. Se produce un silencio y Ángeles desliza un "bueno". Juani la mira y ella le dice "vamos yendo". Juani se incorpora, muy a desgano, va hacia Mario, le da la mano y apoya su cabeza contra el hombro de papá, como un becerro. Papá le palmea la cabeza con las manos dos veces y le dice "nos vemos mañana, chupá por mí". Ángeles, aplicada, saluda desde lejos con la manito y se me acerca. Me pregunta si estoy segura de que no quiero ir con ellos para Caballito, que estoy totalmente invitada. Digo que sí, que estoy segura y que ya avisé que me voy a quedar a dormir acá, de acompañante, que ya me trajeron las sábanas –se las señalo–. Angie me pregunta si es acá donde voy a dormir y yo que sí, que parece un poco de faquir pero que no es tan terrible, que lo peor son los nabos de Hematología que prenden la luz como si nada a las cinco de la mañana. Angie se ríe, la hago reír, y me dice que cualquier cosa ya sé y concluyo con sí. Y ahora viene Juani, ya con los ojos un poco tomados: "Trapo inmundo". "Sí", le digo yo. Nos damos un abrazo, le doy unos golpecitos en la espalda, no nos miramos, se aleja Juan, antes de salir por la puerta nos dice que nos ve mañana y se va.

Al fin solos, piensa entonces el cebú avaricioso y ese pensamiento viene acompañado por una leve capa de tristeza y melancolía, ambas sensaciones muy compatibles con la Navidad. Jesús me mira y me sube las cejas. "Qué flojo este Juani", me dice entonces y yo con la cabeza que sí. Y antes de mariconear yo también, me ofrezco a ir a comprarle la tónica de ocasión. Me pide que le traiga unos Parissienes y yo que dale. Delante de la puerta, otra vez, el árbol de Navidad refulgente y el nacimiento en minia- tura, estático como siempre.

Espero el ascensor, atravieso el hall y salgo a la calle.

Ahí, otra vez, es 24 de diciembre. La gente corre por Pueyrredón en ropa de colores. Son casi las ocho de la noche y todavía hay chicas de solero y otras ya más de noche, unos vuelven para ir, otros van. Algunos corren con paquetes, esta es una parte de la ciudad en la que la gente no pasa hambre y para las fiestas se comporta como si fuera Europa o Estados Unidos: compran comida y regalos, vis- ten para la ocasión. En las vidrieras y en algunos árboles y en los balcones hay papanoeles y renos y guirnaldas de luces, acá todo parece estar bien. Incluso el hospital así, visto de afuera, luce elegante, distinguido, con su gran porche de los '50 de sillones negros de estilo, que hacen el dolor aun menos soportable. Decido dar una vuelta a la manzana antes de comprar la tónica y volver a la cucha, al corral. Recuerdo entonces que en mi otra vida, en la primera quizás, esta hora, la víspera de la Nochebuena, era uno de los momentos más esperanzados del año: ya habíamos despertado de la siesta obligada, ya estábamos cambiados, de ropa limpia y sandalitas, y mamá acicalándose y perfumándose, todo estaba por suceder. Nos juntaríamos con la manada de primos, pasaríamos la noche, y antes y después de la tortura de la cena fría de la que sólo se dejaría comer una pata de pollo y alguna ensalada, sin frutas, entre tanta crema y agridulces, pasaríamos la noche recorriendo el barrio, acéfalos, sin más autoridad que la del primo mayor, escrutando el cielo a la espera de trineos y cañitas voladoras. Una de esas noches estoy absolutamente convencida de haber visto una carroza en el cielo, surcando el barrio con renos y un vagón lleno de bienes. Pero lo que probablemente valiera la pena de verdad era ese pegoteo de primos en la oscuridad, esa confusión de voces y alturas, edades; un racimo de niños convergiendo y tropezando, con las cabezas en alto, guiado por nuestro líder, el gran primo Alberto, siempre al frente, tan temerario como protector: podía ponernos a salvo de un perro rabioso o conducirnos a una zanja con agua con la promesa de alguna mara- villa latiendo en la otra orilla. Ese pegoteo de primos era una de las cosas que más me gustaba, compartir ese nudo de niños con Juani, tenerlo cerca lejos cerca lejos, Juanito, cuando aparecían los otros niños, él solía negarme un poco, o bastante, como un modo de sentirse independiente, varonil. Ya me había acostumbrado a eso y retrucaba inventándole cánticos con la prima Irene, su favorita de las nenas. De los varones, por supuesto, Juani siempre sería mi favorito y le seguía, tal vez, Martín. Pero no estoy segura. Cuando volvíamos de esa ronda por el barrio, sin haber dado con nada, claro, excepto, quizás algún avistaje furtivo, los grandes ya estaban bastante más

rojos y ruidosos que un rato antes, nos recibían a los gritos y queriendo saber si habíamos visto salir o entrar a Papá Noel, porque ellos sí que habían escuchado algo y creían que andaba por ahí. En eso siempre faltaba algún tío borracho que estaba –pertinentemente– en el baño y ahí no iba que aparecía un Papá Noel tambaleante que venía de las habitaciones, arrastrando una bolsota y hablando poco, daba una vuelta, se movía en general como para que nadie pudiera mirarlo mucho, dejaba el saco plantado en el medio del living para irse a los tumbos otra vez, ahora por la puerta principal. Y ahí el espíritu consumista y voraz de los niños le permitía fingir la fuga para entrar por la puerta dos minutos después, pasar a la habitación y volver a convertirse en el tío que –a todo esto– seguía en el baño. Por nuestra parte, nosotros los niños quedábamos imantados al radio de proyección de la bolsa de objetos, ávidos de Navidad. Y ahí, como por arte de magia, de la bolsa surgían paquetes rubricados con nuestros nombres, y los papeles ocultaban justo lo que habíamos pedido o algo parecido u otra cosa, algún castigo o regalo desperdiciado, un par de medias o una remerita, un posible regalo malgastado en utilidad. Años después, Lourdes me contaría que ella tenía la costumbre de, tanto en la Navidad como en su cumpleaños, dejar algún regalo sin abrir. En cada ocasión guardaba algún paquete en su armario, para tener siempre un regalo, con esa aura con que revisten al regalo la sorpresa y la potencialidad. De haber sabido, tendría que haber tomado ese dato como uno a tener en cuenta: el dato de que Lourdes prefería tener cien o incluso un solo pájaro volando, que uno en la mano, información nada despreciable para ese pájaro que no quiere otra cosa que ser tomado y cobijado con firmeza en esa mano. De más está decir que Lourdes nunca ciñó esa mano y así fue que me retiré del campo, mirando para atrás un poco tal vez, pero sin detener ya el paso ni mucho menos regresar.

Cruzo Pueyrredón de regreso con las dos tónicas. También compré un Biznikke y un medallón de menta para papá. Se podría decir a esta altura que soy yo quien administra el stock de tónicas del quiosco de la esquina. Vuelvo a atravesar el hall impoluto, hay mucha menos gente, los recepcionistas ni me miran, soy parte del paisaje. Antes de tomar el ascensor salgo al jardín, a echar un vis- tazo. La gata negra está agazapada en el medio del pasto jugoso, como esperando algo. En las mesas del jardín todavía hay gente, pero son casi todos personal del hospital. Ellos no van ni tristes ni deprimidos ni solemnes, por lo menos no ahora que descansan; pagados de sí mismos, toman sus refrescos o cafés y cada tanto elevan una risotada conjunta. Es la fracción Mister Hyde de los médicos que después

sentencian, con toda autoridad, lo más terrible, o absuelven, ¿o es la del dictamen la porción Mister Hyde y esta la visible? La gata pega un salto hacia un gorrión pero por fortuna no lo caza. Vuelvo por el sendero, con mi botín de refrigerios.

En la 203, el gran Mario, el viejo Jesús, en su túnica impecable, sobre la cama, el hombre grande, el niñote dios, descansando de sí mismo y del mundo por un rato, descansando de sí mismo en el mundo. A través de la ventana, inmóvil, el gran pino con los cactus en su copa. La cama está vacía y de espaldas, el hombro de papá que toma su cena en silencio, de cara al pino. Dejo las tónicas y los chocolates sobre la mesa junto a la bandeja; Mario asiente agradecido, no dice nada porque mastica. Ya va por el plato principal y me ofrece lo que quedó de sopa. Me siento en mi sillón de faquir a tomarla.

–Hace un calor tremendo afuera.

–¿Sí?

–Sí, acá está lindo.

–Pero comés y te vas, ¿no?

–No.

–¿Por qué no? ¿No tenés plan?

–Podría tener, pero prefiero quedarme acá. Ya avisé.

–¿No festejaban hoy?

–Malena me invitó a pasar con ella y algunos amigos pero la verdad que no tengo ganas de mover ahora, prefiero quedarme acá, hay un clima muy navideño.

–Y sí, depresivo es.

–Pero depresivo bien. Por lo menos hay silencio y no hay vitel toné, ni tías, ni Fresita, ni cañitas voladoras.

–Eso está por verse.

–¿Está rico eso?

–La verdad que no.

–Después rematás con el medallón.

–Sí. ¿No me trajiste un Johnny Walker?

–Sí. Lo dejé ahí debajo de tu cama retráctil. A las doce brindamos.

–Regio.

–¿Cómo te sentiste hoy?

–Yo bien, ¿vos?

–Bárbaro.

–Excelente, mejor no podríamos estar.

–No.

–¿Y tu madre con quién pasaba hoy?

–No tengo idea.

–¿No hablaste con ella?

–Sí, me llamó hace unos días para organizar y le dije que ya tenía plan y ella me dijo que todavía no sabía pero que tenía ganas de hacer una fiesta en su casa.

–¿Una fiesta?

–Ajá. Igual viste que “fiesta” para mamá puede ser ella con una botella de sidra también.

–Mientras la sidra esté bien fría… Ay, no me hagas decir estas cosas, hija, me hacés poner malo.

–Dale que me divierte… Ah, te traje un regalo. Pero sin envoltorio. Tomá, te la grabé, la vi el otro día y me mató, seguro que ya la viste, pero podemos volver a verla, no tiene desperdicio.

–No sé si la vi, ¿cuál era esta?

–Con Katherine Hepburn y Cary Grant, que él es el candidato de la hermana y Katherine es una soñadora que vive medio encerrada en un desván rodeada de recuerdos de la infancia.

–No sé si la vi.

–Es hermosa, papá, ellos hacen unos números, unas piruetas circenses, ella se le para sobre los hombros y él hace unos flip-flap en el living ostentoso, no podés creer que sean ellos mismos los que hacen esas destrezas, parece un truco.

–Qué bueno, no me acuerdo si la vi, después la vemos, gracias.

–De nada. Y los diálogos son hermosísimos también. Ella me destruye.

–¿Eso es algo bueno o malo?

–¿Que me destruya? No sé, se parecen mucho lo bueno y lo malo a veces.

–¿En qué andás vos?

–¿Por qué?

–No sé, pregunto, ¿andás en algo?

–¿De amor me decís?

–No sé, de lo que me quieras contar, Trapi. Tomá, comete lo que queda de esta tarta pero ponele sal que si no es una suela. No tuvimos suerte hoy, la de zapallitos es más rica. ¿Mucha gente por la calle?

–Alguna, todos medio apurados. Mucha vieja de Barrio Norte con bolsas.

–Uh, qué suerte que estoy de este lado, entonces.

–Sí, qué suerte, no te perdés nada.

Y entonces entra Rosa radiante, irrumpe en este momento padre-hija.

Hoy Rosa va de Navidad: lleva el pelo suelto pero prolijamente peinado y con una vinchita que se posa justo unos centímetros detrás de donde le empieza el rubio adquirido. Hasta se podría decir que lleva rímel, porque algo en su rostro luce elegante, pero está claro que rímel no es, porque no está permitido, entonces más bien es como si tuviera proyección de rímel, eso sí, eso sí que puede ser. Y en lugar de sus zapatillotas lleva en los pies unas guillerminas marrones, parecidas a las escolares, y debajo unas mediecitas o más que mediecitas: media blanca de algodón. Rosa saluda a papá apoyándole una mano en el hombro mientras le pregunta cómo sigue, en realidad es "¿cómo seguimos?" lo que quiere saber. Y Mario le dice "acá me ves, en muy buena compañía, ¿cómo querés que esté? Mejor imposible". Y ella le retruca "ya lo veo" echándome una mirada que me incomoda por directa. Bajo los ojos y quedo de cara al detalle de las guillerminas con medias de algodón. No llego a ruborizarme pero siento como si lo hubiera hecho; la vincha, el pelo suelto y el calzado me causaron una sensación extraña, casi de pertenencia. A lo largo de mi vida en varias ocasiones me preguntaría si eso, esa epifanía en miniatura, ese vuelco en el estómago casi, un sobresalto de tripas, grande o pequeño, si sería eso a lo que la gente se refiere cuando habla de mariposas en la panza. Del mismo modo que mucho en el mundo de la medicina se trata de comparar síntomas, de estandarizarlos para generalizar y encontrar patrones y llegar a una ley, que uno va al médico y el médico le pregunta qué le duele, qué es lo que siente, y uno intenta poner en palabras procesos físicos, sensaciones, y entre ese lenguaje de uno, esa posibilidad de poner en palabras o de describir y la capacidad de percepción del médico, sus ganas de preguntar, de escuchar, de comparar, cotejar su saber anterior con lo que tiene delante, en ese diálogo, desde ese diálogo se configura el síntoma, se intenta concluir, llegar a una conclusión, a poder nombrar algo y decir: lo que usted tiene es esto, como Mario ahora, esto que usted tiene es esto y es terrible y es muy grave y puede ser fatal, por más no enfermo que parezca, por más igual a siempre que todos lo veamos, así superpondría muchas veces descripciones de gente que "ya estuvo ahí en el amor" a mis propios

síntomas, en la línea ¿son esto las famosas mariposas? ¿Es, por ejemplo, este golpecito, este sobresalto del píloro, el amor? Vaya uno a saber.

Entonces Rosa le toma la presión, le toma la fiebre y le pregunta si ya se hizo los buches y Mario que todavía no, pero que estaba a punto de hacerlo. Mientras esperan que el termómetro dé su veredicto, Mario le pregunta si "Rosa" viene de familia y ella que sí, que su madre se llama Rosa y su abuela también y que entonces son doña Rosa, la Rosa y la Rosita, que vendría a ser ella. Pero que acá –y señala su cartel distintivo– volvió a ser Rosa. Pero que le dicen Rosita. O Rosi. Mario mira el cartelito y lee en voz alta: "Rosa Miño". Y entonces quiere saber de dónde son los Miño y así pregunta: "Y los Miño, ¿de dónde son?".

–Yo soy de Corrientes.

–Corrientes, qué lindo, yo estuve en el Palmar una vez, es precioso.

–Ah, sí, ese queda en Entre Ríos igual, pero es más o menos cerquita.

–Ah, mirá qué bruto, bien de porteño lo mío.

–Lo que tenemos en Corrientes son los esteros.

–Claro, claro, disculpame, soy un porteño bruto. ¿Y de Corrientes de dónde, che?

–Corrientes capital, la ciudad. Sí, no soy del campo, no.

–Debés estar acostumbrada a los porteños ignorantes.

–No es para tanto.

–¿Y no te vas ahora para allá, a pasar las fiestas con tu familia?

–Voy en febrero recién, una semanita tengo ahí.

–¿Y hoy nada, no festejan?

–Yo estoy de guardia así que me quedo acá, pero a las doce seguro que hacemos un brindis en el pabellón, se hace todos los años.

–¿Ah, sí? Mirá vos qué bien. ¡Brindá por mí, entonces, si te acordás!

–Sí, claro, Mario, ¿cómo no me voy a acordar?

–Y llevátela a esta que se empeñó en pasar la noche acá. –¡Papá!

Pero Mario hace reír a Rosa y eso me gusta, me gusta Rosa riendo y ella no parece sentirse nada incómoda, al contrario. Ahora me habla directamente, mientras bate el termómetro. Sin mirarme, me dice "podés venir si querés. Si querés paso un ratito antes de las doce y te venís conmigo" y yo que bueno, dale. Rosa mira la temperatura y dice "36,5, está perfecto" y Mario "gracias, linda". Camina hacia la puerta y desde ahí le dice "lo saludo después cuando venga a buscar a…". "Andrea", digo, y ella que pronuncia "Andrea". Y a mí que se me arma ese algo en el estómago, llamémoslo vértigo, y para disimular arremeto con lo que queda de gelatina de la cena sosa y como puedo a mi padre le balbuceo "me armaste plan".

Obtuve mi primer y por ahora único romance serio en el mundo del cine, mundo que tomé de prestado de la vida de Malena, a quien sí le financiaban la Universidad del Cine. Trabajé ocasionalmente de asistente de producción en algún corto, más como para hacer algo, estar ocupada y conocer gente que por otra cosa. Y porque me gusta el cine –claro– también, pero eso con las tareas de un meritorio de producción de un corto de una universidad no tiene mucho que ver. Así que en ese mundo prestado por Malena me fui a topar con mi

primera novia. Por suerte ella, Lourdes, tenía muy en claro su orientación sexual y eso hizo todo más sencillo, sobre todo porque dio por sentado todo el tiempo que yo también la tenía, esa claridad, y eso ayudó muchísimo porque actué como si así fuera y entonces casi como que así fue. Lourdes, de ser completamente parca, pasó a tratarme con mucha caballerosidad y delicadeza, y a mí, por supuesto, me conmovió esa –feliz– combi- nación de una cierta sequedad que habría atribuido al mundo de lo masculino combinada con una dulzura o ternura atrapada o subyaciendo a esas formas más crudas, pero sin contradicciones, en definitiva, una combinación infalible. Cada vez fuimos hablando más, teníamos mucho de qué hablar: de antes, de cine, de cosas. Lourdes viene de una familia muy conservadora y era, hasta que se topó conmigo, célibe. Y no es que haya yo despertado nada de un orden tan distinto, sólo que hasta entonces a Lourdes, aunque supiera que le gustaban las mujeres en general, no le había gustado ninguna en particular; mucho menos una que la correspondiera. Entonces, en esa confusión en la que ambas partes dimos por sentado que la otra era muy lesbiana, en ese malentendido, el acercamiento fue claro y de lo más sencillo. Lourdes me prestaba películas, yo le daba libros. En la fiesta de fin de rodaje no nos sepa- ramos, no dejamos de hablar ni un minuto, junto a la barra, to- mando un whisky atrás de otro. Quedó demostrado entonces que tenía yo más cultura alcohólica que mi compañera, o por lo menos más comida en la panza, porque tuve que llevarla, bamboleándose, ¿adónde? Yo vivía con papá en provincia, ella con toda su familia católica en un departamento por Barrio Norte. Le pregunto a Lourdes qué quiere hacer, ella me dice que no quiere ir a su casa, que la lleve a la mía. “Llevame a la tuya”, me dice. Le explico que vivo en provincia, muy lejos, y ella me dice “mejor” y “quiero dormir con vos”, eso dice también. Me conmuevo y también quiero –mucho– dormir con ella. Le pregunto una última vez, para no ser abusona, si cree que se banca una hora y media de colectivo y ella afirma con la cabeza, cerrados los ojos. Entonces caminamos, como podemos, hasta Plaza Italia, donde siento a mi cita en el cordón. Ella pone la cabeza entre las piernas y se queda así, yo le corro el pelo de la cara, por si se le ocurriera vomitar. Pero no vomita y viene el 60, y hay un asiento para Lourdes; me le paro al lado, ella apoya la sien contra el símil vidrio, le abro un poco la ventanilla para que le dé aire en la cara y ella se duerme. El colectivo avanza muy rápido y varios asientos se liberan a mi alrededor pero pre- fiero mantener la guardia, tengo miedo de que se me caiga la chica, ¡que se cague la nena!, diría Juanito. Tengo que pensar. Un par de paradas antes de llegar la voy

despertando; al principio mira para afuera a través del pelo y no entiende dónde está, alza la vista y me mira sorprendida, con un poco de cara de susto y una marca del burlete de la ventana en su sien izquierda; le digo que ya bajamos, ella asiente, entredormida aún, le ofrezco mi brazo y ella lo toma. Bajamos a la altura de Márquez y caminamos bordeando el hipódromo; todavía no se hizo de día, pero los pájaros encaramados a los plátanos de la avenida trinan que da calambre. O malhumor. Comento que odio esos pájaros y que además todavía es tempranísimo para que trinen. Lourdes me pregunta dónde mierda estamos, le digo "en San Isidro", Lourdes dice "ah" y también que le duele la cabeza. Le digo que ahora se acuesta, y que le voy a hacer un té. Entonces ella quiere saber si vivo sola, le digo que con mi viejo, ella dice "cierto" y pregunta si todo bien. Le digo que sí, que ahora igual está durmiendo y que le voy a mandar un mensaje de texto así a la mañana sabe que hay alguien más en la casa. Lourdes balbucea que soy muy buena y yo le digo que no tanto, que es sólo que ella me gusta bastante y ella dice "qué suerte".

Entramos a la casa, subimos por la escalera, la madera cruje. En la habitación, la siento en la cama, le doy una remera grandota de dormir, ella se saca la suya, se pone esta por encima del corpiño y dormida y borracha como está hace la magia de sacarse el corpiño por la manga. Me gusta ese pudor, aunque yo por mi parte, claro, probablemente no la habría mirado si se quedaba en tetas. O sí, pero con más curiosidad que intención. Le abro la cama, le pregunto si está bien; Lourdes murmura que sí, acomodándose ya. Le prendo el velador y apago la luz grande, le aviso que le voy a hacer el té y ella murmura "mmm".

Bajo a la cocina, casi como que ya está clareando. Pongo el agua y mientras espero le escribo el mensaje de texto a papá: No te asustes, toy c una amiga! Y apago el celular. Cuando vuelvo con la taza a la habitación, Lourdes –por supuesto– ya duerme. Entonces voy a buscar el colchón de repuesto de la ex habitación de Coco, que ahora es una suerte de habitación de huéspedes y un guardatodo y lo pongo en el piso de mi cuarto cerca, pero no tanto, de la cama con Lourdes durmiente. Pienso que podría dormir en lo de Juani, que deja su cama siempre tendida para cuando se tira a dormir la siesta los domingos o porque sí, de posesivo nomás, para mantener latente la posibilidad de volver. Podría haberme tirado a dormir ahí pero no quería dejar a Lourdes sola y desorientada, quizá. Cierro la puerta de mi cuarto de hija, me siento sobre el colchón pelado, apoyo la espalda contra el placard y miro a Lourdes dormir, a Lourdes durmiéndose en mi cama, bajo la luz de mi velador. Soplo el vapor del té entre mis

manos y me siento muy afortunada, muy. Pienso “mañana cuando te despiertes te beso y después te pregunto si te puedo besar”.

¿Cómo pudo ser que se enfermara? ¿De dónde sale eso? ¿Y dónde está ahora? Porque lo que se ve en él, los cambios que se van percibiendo en él, más allá de la bata y todo el hospital, tienen que ver con los efectos de la medicación y no con la enfermedad. ¿O sí? Miro a mi papá y no entiendo. Observo a mi papá y no entiendo. Hago un seguimiento, un rastreo de mi papá, de la enfermedad en él y sigo sin entender. Cómo se origina, de dónde surge, cuándo, por qué. Ahora mismo, mirándolo, ¿dónde está? Sigo viendo a mi padre grande, esbelto, fornido, en definitiva el mismo hombre de siempre. ¿Por qué dicen que está enfermo? Y, ¿cómo lo saben? ¿Qué es eso que saben y cómo? Me doy cuenta, sí, de que mi padre entra a cambiar a partir del momento en que se empieza a combatir su enfermedad; a partir de entonces cambia y se convierte –literalmente– en un paciente: sufre y se deja hacer. Recuerdo haber leído en alguna parte que la medicina creaba enfermos. O no, más bien decía algo así como que el lenguaje, el len- guaje en torno a la enfermedad, el que se habla en los hospitales, crea enfermos. Y decía que tener una relación con la enfermedad es burgués, que lo que había que hacer era establecer el vínculo directamente con la muerte, y no con la enfermedad, algo así era lo que decía. Cada tanto me alegro de nunca haber sabido de ante- mano lo que me esperaba, en todos los ámbitos y aspectos; por suerte nunca supe ni lo bueno ni lo malo que sucedería, que me sucedería, hasta que sucedía. Papá decía mucho eso –“por suerte uno nunca sabe”–, claro que lo solía decir respecto de cosas menos trascendentes, ¿o no? No, no tanto, ahora que lo pienso es una frase que decía mucho en toda la época del divorcio, cuando se repartieron a los hermanos como bienes, vos para acá, vos para allá, y a mí me tocó con papá; en esa época Mario cerraba muchas conversaciones con ese “por suerte uno nunca sabe”. Ahora, desde este ahora, toda esa atomización de la familia parece un juego de niños, una bicoca. Pienso en la palabra bicoca y sonrío, qué palabra más extraña. Pienso también que una palabra así particular bien empleada en el momento adecuado te puede salvar el día o por lo menos una situación. Pensar, por ejemplo “ahora, a la distancia, el divorcio fue una bicoca”, ¿o no se puede usar así? Eso, por ejemplo, es una de las cosas que más me costó de la separación con Lourdes, si no la que más: perder todo ese uni- verso de palabras en el que nos encontrábamos, todo ese mundo semántico arrancado de mi cabeza en cuestión de días, como una lobotomía del verbo, pero no, sin

extirpación, o una extirpación en negativo: lo que se sustraía era el interlocutor, más que el lenguaje, y si no hay nadie ahí para recibirlo, ¿qué se hace con ese capital? Durante meses seguí viendo todo a través del prisma de esa gramática compartida, a veces las frases, los comentarios sólo se formaban en mi cabeza y otras llegaba a pronunciar bajito, para mí, como para que por lo menos fuera dicho, expulsado. Al principio todavía le mandaba mensajes de texto, con alguna de esas cosas, no con todas porque era mucho, pero si realmente no podía resistirme le mandaba ese mensaje en código, que Lourdes casi siempre contestaba con absoluta diplomacia pero sin una palabra de más; con la violencia del "thank you" de Natalie Portman de chica del caño en el cubículo con Clive Owen, tan dispuesta a decir la verdad que no hay nadie para creerle. Me parece que incluso le llegué a decir a Lourdes lo del "thank you", lo de Natalie Portman, porque Closer la vimos juntas y ese "thank you" desafiante y dolido había sido código a su vez entre nosotras; no estoy segura porque sé que lo pensé varias veces con sus mensajes pero no puedo recordar con precisión si –efectivamente– llegué o no a decirle. Eso pasaba un poco en esa época; con esto del desorden del lenguaje no me quedaba muy claro qué había dicho y qué no; qué había sólo pensado o qué escrito, en mensajes, en mails. Sé, sí, que en algún momento me puse agresiva, para llamar la atención y sólo obtuve más thank yous y más cortantes. Después, muy gradualmente, muy de a poco, me fui acostumbrando y el lenguaje se reacomodó y volvió a ser de y para mí misma o de mí con mi hermano, mío con Malena, de mí y de papá. Pero, claro, cada tanto la aparición de una palabra como bicoca me da unas ganas tremendas de volver a estar con Lourdes de ese modo que habíamos llegado a estar, porque era eso, era el contexto lo que importaba también, porque mandar un mensaje desde este presente a la Lourdes de ahora, que ya no tengo ni idea de cómo será, un mensaje con esos seis caracteres, eso, eso sería una auténtica bicoca.

Así que ahora con Mario se habla de cosas de enfermos, no sólo, claro, pero el lenguaje también se vio intoxicado, contaminado: la remisión, la quimio, los buches, las plaquetas, la fiebre, la presión, la asepsia, la dieta, la orina, la digestión, los leucocitos, los hematocritos, la médula, el trasplante, la donación. Y la sangre, la sangre, la sangre como protagonista absoluta, la sangre, por ejemplo, a la vista, como adorno, colgando del árbol de Navidad que arrastra el padre detrás de sí como un grillete: un sombrerero con ruedas, microondas y bolsones de sangre y líquidos flúo que no pueden ver la luz. Eso pende ahora todos los días de la muñeca de mi padre y lo acompaña como un miembro más de su cuerpo, uno o varios

miembros más. Algunos de los líquidos flúo, los más fotosensibles, los recubren con una bolsa de papel madera, como una mascarita, como de avergonzada. Las enfermeras entran y salen y actúan y toquetean el arbolito a sus anchas como si no fuera un apéndice del hombre. A él le dicen "buen día" como si fuera normal, como si estuviera en un banco esperando para depositar un cheque, así le dicen "cómo le va", y después o al mismo tiempo manipulan los aparatejos y las bolsas, definen, controlan las dosis de todo eso, lo flúo y lo que no, eso que va a parar a las venas y por ellas a los órganos del hombre que responde a ese saludo, ese "hola qué tal", como si todo ese aparato del horror, unido a su interior por conductos, pudiera, todavía, no tener que ver con él.

¿Hay una estación más adecuada para morir?

O, más bien: ¿hay una estación más adecuada para que alguien muera, para atravesar la muerte de alguien, a saber, despedirlo, velarlo, cremarlo, enterrarlo, hacerse a la idea y continuar? ¿Hay un momento del año, una época, una estación más adecuada, más apropiada para sobreponerse, para emprender la sobreposición de la muerte de alguien, alguien que uno quería mucho y que estaba ahí y que era o fue durante bastante tiempo parte del paisaje? ¿Es mejor el verano porque el sol sobre la piel promueve la producción de endorfinas y entonces la sensación de desolación alterna con musculosas y gente en la calle bebiendo cerveza y más dispuesta al encuentro o, por el contrario, es más fácil en invierno que hay más tiempo de contemplar y entonces, a través de esa introspección, ese recogimiento, a uno se le facilita la elaboración del duelo y de esa ausencia? ¿O las estaciones intermedias, con su carácter transitivo, con su ir, el inaugurar o clausurar algo, el frío, el calor, el detenimiento o la inhibición del crecimiento o su estallido, las plantas que se reponen del frío o las que se preparan para el letargo, asistir a ese fenómeno hará más accesible la asimilación, la aceptación de ese nuevo estado de las cosas, esa nueva constelación y la noción, la conciencia de que ese nuevo estado de las cosas es sólo eso, un estado, y que los estados llevan en sí la propiedad de alterarse, de ser modificados?

Lo que sí que en verano la muerte parece o aparece como aun más estúpida, ridícula o inadecuada; la muerte no tiene nada que ver con el verano. Morir en verano es como morir joven, inesperado, fuera de sincro. Y de un accidente, más estúpido todavía. Pero como todo, la enfermedad en el cuerpo en verano se expande, crece, funda.

Otros veranos, en los que Mario no tenía el mal gusto de

enfermarse así, los Covarrubias nos íbamos de vacaciones al mar, a Punta del Este, todos en un auto, un Renault 18 break azul.

En el Renault 18 me tocaba en el medio, por ser la de menor volumen y no tener derecho a la ventanilla, y sólo pude reponerme de ese handicap al descubrir la visión panorámica sobre la ruta. Escoltada por mis hermanos varones, custodiaba el viaje desde mi trono de pequeña turista. Siete años seguidos fuimos al mismo balneario uruguayo, casi lo que duró la convertibilidad. Entre los siete y los catorce pasé cada uno de los veranos en Punta del Este, en los años en que mi familia se esforzaba por ser modelo, por pertenecer a algo, una más. Esos veranos en Punta quizás se sostuvieron en la idea, fantasía o sensación de que todo sería así para siempre, brillante, en el sentido de resplandor. El discurso preponderante, el que oía, el que reinaba en mi entorno, era el de que eso era un privilegio, el bienestar, la felicidad. Papá se estiraba en la arena, se desperezaba bajo el mediodía, exponiendo el torso y toda su piel al sol, a su inclemencia, su brillo, y exhalaba ese "qué vida perra" mientras sumergía los pies en la arena caliente. Y ya entonces había algo de rancio en el fondo de todo ese refulgir; recuerdo haberme preguntado qué de eso de la vida de perro estaba tan bueno. Entendía, por el tono, por el contexto, que era en papá una expresión de placer, y la tomaba literal, sin ironía, y no podía en mi fuero más íntimo, ni en el más expuesto tampoco, representarme, encontrar una imagen que me acercara que una vida de perro era algo que se podía desear. Nosotros mismos nunca tuvimos perro, Mario nunca fue adepto a las mascotas, apenas si lo fue a sus hijos; recuerdo sí alguno de esos veranos, o todos, haber visto perros correr por la playa, con las ancas traseras torneadas, musculosas, impulsando las delanteras, la lengua afuera, entrar al mar, salir, correr un palo, una pelota, retorcerse en la arena, rebozarse, olfatear a otro can, y no había identificado en eso nada de extraordinario o particularmente deseable: eran todas cosas que papá o yo podíamos hacer, con la diferencia de que a nosotros nos eran dadas algunas cosas más, entre ellas, sin ir más lejos, la de la lengua, y no la que cuelga con baba desde la boca sino esta otra, la de nombrar.

De fondo, acechando, estuvo siempre esto otro rancio. Y quizás, al principio con rebeldía pero cada vez con más convicción, la evisceración, la puesta del revés, ese dar vuelta, como el niño anatómico que de hamacarse tan fuerte se da la vuelta del revés con los órganos y todo para afuera, ese proceso me había permitido por lo menos empezar a asomarme al verdadero estar bien, la auténtica adecuación, la de cada uno para sí, estar adecuado, ser adecuado para

uno, uno mismo. Saber, a mí me gusta así y así no, esto me sienta bien y aquello para nada; ser adecuado para sí y poder encontrarse con otra gente también que está buscando su propio entorno, su propia adecuación, su para sí. Ese camino había emprendido y vaya que me costó, que me cuesta aún. Lejos estaba bajo ese sol partebochas del subtrópico, lejos estaba entonces de saber o de ocurrírseme pensar que esa mancha en el corazón no era melancolía o ser propenso a la depresión sino el detonante o la puerta de acceso a la búsqueda de lo posible. Esa in- comodidad, ese punto de inadecuación, de inconformidad, esa molestia era tal vez ese primer agujero, esa primera grieta en esa pantalla que de tan refulgente no dejaba ver. Recuerdo cómo de enojada estaba siempre en esa época, en esencia, esencialmente enojada. Lejos, lejos estaba de saber entonces de qué se trataba, entre otras cosas, esa sobreadaptación, la de toda mi familia, la del país quizá también, a todo un sistema, un estado de las cosas, que me era ajeno, impuesto, extemporáneo. Todo lo ex que se pueda pensar, en términos de afuera, en términos de pasado, de quedado en el tiempo también. Aun en los peores momentos de este lado de la pantalla, del durlock, cada vez que recuerdo aquella época me siento afortunadísima de que, para mí, haya terminado y de que quede, cada día, un poco más atrás en el tiempo, incapaz de retornar. La década colorinche, mal cortada, cínica y bronceada. Porque una cosa es la tristeza, noble por donde se la mire, y otra muy distinta la angustia, vinculada en general a cosas que podrían ser de otro modo y no lo son, por falta de voluntad o algún tipo de tara. Aquello era la angustia, esto podría ser tristeza, pero con dignidad.

Miro a Mario dormitar, de blanco, casi inmóvil en su cama de hospital. Y pienso que probablemente él contaría otra historia y que esta vida, la de este momento, la de ahora, no tenga nada de perra para él y eso sea malo o triste, pero vida más perra que esta, la de Mario echado de lado, dormitando, siendo disciplinado, asistido para todo lo básico –dormir, comer, cagar, lavarse–, más perro que esto no se me ocurriría pensar. Pero yo no soy Mario, claro, y así es como funciona la adecuación o el principio de adecuación: cada uno para sí y dios contra todos, diría Herzog y tendría razón.

Casi todo el tiempo extraño la etapa presexual. Aunque tal cosa probablemente no exista, por lo que sería más apropiado decir que lo que extraño es la etapa previa a la consumación de la sexualidad. Aunque tampoco, tampoco se trataría exactamente de eso.

Lo que extraño o no me gusta del presente es eso que comienza en algún momento y ya no se detiene, sobre todo en las ciudades, pero en otras partes también, aquello de tener pareja, del género que sea. Extraño eso de no deberse más que a sí mismo siempre y todo el tiempo y a las amigas y a los amigos. Porque en la amistad, claro, todo siempre es mucho más prístino y cristalino y bienintencionado ya que el contrato, el acuerdo, se renegocia cada vez, se restablece. En la amistad no hay acuerdos que valgan por años y nada está dado por sentado; añoro ese tipo de unión. Me baso en lo poco atractiva que se pone la gente cuando dice enamorarse, cuando se junta con otra para darse por renunciado a sí mismo; todos y cada uno se deslucen, pierden color. Recuerdo lo feos y tontos que se pusieron mis hermanos cuando tuvieron sus primeras novias, lo irreconocible que estaba Malena cuando conoció a Diego, todos y cada uno, todos alienados. En ese entonces me había prometido a mí misma nunca ponerme tan aburrida si acaso eso me sucedía. Me había prometido también no hacer a un lado a mis afectos cuando pasara aquello con alguien. Lo que no contemplé en aquel momento es que no habría nadie dispuesto a recriminármelo porque todos y cada uno estarían mirándole el ombligo a algún otro, todos igual. ¿Qué eran todas esas relaciones nuevas que salían de la nada? ¿Quiénes, por favor, eran esas señoritas que ahora les recorrían las partes a mis hermanos, caídas del catre, acabadas de llegar? ¿Cómo podía ser que ahora ellas dispusieran de todo este tiempo de esos hombres, mis hermanos, de cuyos cuerpos conocía yo cada segundo, por lo menos hasta ahora, hasta entonces, hasta que ya no, hasta que ya no me fue permitido ver? ¿Quién es y de dónde, por favor, salió este muchacho que ahora me roba a mi amiga de los brazos, que me la enrarece, que me la vuelve hormonal? Todo eso, eso de los encuentros amorosos, por lo que me contaban, por lo que alcanzaba a ver, me resultaba tan aburrido, tan estúpido, tan superficial. Decidir brin- darle de repente todo y el tiempo a un perfecto desconocido, a un advenedizo, un nadie, darle todo porque sí, por que huelan mis partes y las tuyas, olámonos, chupémonos, lamámonos, ¿qué podía tener eso de tan especial? No que tuviera nada contra lamerse, no, no se trataba de eso, la confusión aparecía –de eso es- taba segura– en querer mezclar todo, confundirlo. ¿Qué podía tener que ver lamerse con compartir el tiempo, qué podía tener que ver? Podía entender que Malena quisiera ser lamida y ver y tocar un pito también pero, ¿y el tiempo? ¿Y las charlas, y el código? ¿Podía querer renunciar a todo eso por lamer? ¿Necesitaba para final- mente lamerse tanto preámbulo y contexto?

Eso no lo podía entender. Hasta mi hermano, mi Juani favorito, mi último bastión, había en algún momento claudicado. ¿Qué podía encontrar de tan convocante en esas chicas desconocidas, interesantes o no, pero extrañas al fin, qué le podían ofrecer?

Después, en el medio, bueno, la vida misma: caería en esas redes yo también. O más bien: dejada atrás por todos aquellos que sí se habían lanzado a aquella carrera por la pareja, haría yo lo pro- pio pero sin olvidar ni dejar de lado del todo mis preceptos de antaño; y si mis afectos más cercanos y primarios me habían hecho a un lado en la búsqueda de esa otra cosa, yo intentaría reproducir o construir un vínculo afín a ese modo de ser con alguien que siempre había tenido, en aquello que llamaban pareja. Y si la amistad era el vínculo más puro por excelencia, a por eso iría, con o sin intercambio de fluidos. Que a veces mejor con, pero cuántas otras no.

–Pa, ¿te acordás de la vez que me empezaste a hacer todas esas preguntas extrañas?

–¿Qué vez?

–La vez que me preguntaste si me podías hacer preguntas indiscretas, fue un tiempo después de que te conté de Lourdes.

–No me acuerdo.

–Qué conveniente. Sí que te acordás, que me empezaste a decir, me preguntaste si para mí era lo mismo un hombre que una mujer, me preguntaste por la sensualidad, usaste esa palabra.

–Puede ser.

–¡Es! Que yo no entendía si me preguntabas en un sentido sexual, si decías sensualidad como eufemismo, pero no tenía pensado entrar en el territorio sexual.

–No era de sexo que te preguntaba… No sé.

–O quizás sí.

–O quizás sí. Pero no quería saber nada explícito, eso seguro.

–No sé si sabías qué querías saber. Creo que sólo querías hablar del tema.

–No, no creo, de verdad me interesaba, siempre me interesó, sabés, quería saber de verdad. Para entenderte.

–Bueno, eso no creo que te costara mucho, entenderme.

–No te pongas capciosa.

–No. Y además me preguntabas porque querías que estuviera más femenina.

–¿Qué?

–Sí. Me decías, como en una especie de deducción ridícula, que si a una mujer le gustaba otra mujer quería decir que le gustaba lo femenino y entonces quería decir que si te gustaba una mujer te tenía que gustar una mujer muy femenina. Formalmente femenina, femenina por fuera.

–Eso no lo dije yo, no lo pude haber dicho yo. Porque de hecho no pienso eso.

–Capaz que fue mamá, entonces.

–Ah, viste, sos rápida para endilgar. Ese es un razonamiento típico de tu madre, por otro lado.

–Sí, puede ser. Muy en clave “vos hacé lo que quieras pero que no se note”.

Tocan a la puerta. La mentada Rosi se asoma, entorna la puerta, no pasa, sólo se asoma.

–Van a ser menos cuarto, ¿venís? Feliz Navidad, Mario.

–Feliz Navidad, preciosa.

Beso a papá en el hombro, le deseo feliz Navidad, le digo que vuelvo en un rato.

–Pásenla lindo, chicas. Y brinden por mí.

“Pásenla lindo.” Pienso que es una de las cosas más estúpidas o fuera de lugar que escuché en mi vida. “Pásenla lindo”, nos decía Mario cuando salíamos a la noche a bailar, por ejemplo. “Pásenla lindo”, nos debe haber dicho cada vez que me iba con Malena a algún lado, o cuando nos quedábamos y el que se iba era él: “Pásenla lindo”. Ahora, en esta situación ridícula en la que él nos embarcó, la de la enfermedad y consecuente internación, primero; la de la cita con la enfermera puertas adentro del hospital en Noche- buena, después, este “pásenla lindo” es cuanto menos irónico. A veces Mario realmente se las arreglaba para generar situaciones de lo más dislocadas, fuera de lugar: cuando uno creía que lo había alcanzado, Mario ya estaba del otro lado del río, con el bermudas seco y saludando.

Sigo a la enfermera de cerquita. La enfermera va unos pasos adelante, en silencio. El pasillo está en penumbras, el árbol de Navidad y el pesebre, encendidos, y somos las únicas que transitan. Vamos hasta el fondo de ese pasillo, llama el ascensor. Subimos al ascensor, Rosa no me mira. Tampoco es que yo la mire mucho, pero cuando relojeo para ver si es o no apropiado decir algo, hablar, me

encuentro con que mi compañera se comporta como si estuviera haciendo un trámite o, por lo menos, trabajando, que es lo que –de hecho– está haciendo. Empiezo a arrepentirme. Me pregunto en qué momento dejé que el chistecito entre papá y yo trascendiera la puerta de la habitación. Tiene algo de acción de ebrio, de dejarse llevar por el frenesí de la madrugada y el alcohol para amanecer en alguna casa extraña, entre olores que uno no habría elegido de haber estado menos estimulado. Pero a punto de abortar el plan, Rosa, todavía sin mirarme, me desliza un "tu viejo es un personaje". Salvada, gracias. Me río, digo que sí, encuentro la mirada de Rosi en el espejo del ascensor y me inhibo. Llegamos al segundo subsuelo, bajamos. El ascensor da a una suerte de sala de espera, un salón blanco y despojado, con algunas filas de sillas de sala de espera, puertas en las paredes y una mesa, improvisada, como todo el festejo, contra una pared, con vasos de plástico, algunos pandulces todavía envueltos, turrones, chocolates, golosinas, servilletas. Y nada más. No somos más de cinco; de hecho, somos cinco, aunque haya alrededor de veinte vasos plásticos. Un pibe de ambo verde está descorchando una –la única– botella de champagne. Las demás son de gaseosas y aguas saborizadas. Rosi saluda a cada uno con un beso y me va presentando; Andrea, y lo hace diciendo "Andrea, una amiga que me vino a saludar". Me reciben muy bien, yo no sé si sentirme halagada u ofendida por lo de amiga, en principio ninguna de las dos cosas, lo que sí sé es que me divierte que Rosi haya decidido mentir sin previo aviso, estableciendo esa complicidad conmigo.

–¿Correntina también?

–No, no, yo soy de acá.

–¿Y dónde se conocieron, che?

–Ella es una prima, no prima hermana, pero como una prima casi, aunque no de sangre. Nuestras madres eran amigas.

–Ah, mirá vos. Bueno, feliz Navidad entonces. ¿Cómo dijiste que era tu nombre?

–Andrea.

–¡Feliz Navidad, Andrea! Soy Sergio de Ambulancias, para lo que necesites. Me voy rajando, capaz que las cruzo después. –Buenísimo, gracias, chau. –…

–¿Por qué le mentiste? ¿Con lo de las primas?

–Pasa que es un pajero y no quería que empezara con lo de las amiguitas… Perdoname, pero los de Ambulancias son terribles, en lo único que piensan es en coger, como ven fiambres todo el día.

–¿En serio? Es bueno saberlo.

–¿Por qué decís?

–No, no sé, para pensarlo dos veces antes de viajar en ambulancia… Bah, depende de lo que estés esperando…

–Sí, eso sin duda. Lo mismo vale para los pasillos internos del hospital a cualquier hora, no te vayas a volver sola ahora, yo te acompaño.

–Ja, ¿en serio me decís? Mirá que puedo parecerte un poco indefensa pero no lo soy tanto.

–Nunca se sabe.

–¿Pero por qué lo decís? No pasa nada en este hospital… Bah, del otro lado de las puertas pasa de todo, claro, pero de este lado, digo.

–No, no pasa nada, te estaba molestando. Igual nosotros siempre vamos de a dos, si te fijás va a ser raro que veas a un médico de guardia andando solo por los pasillos a la madrugada.

–¿Por qué decís? Es un poco espeluznante, ¿no?

–Y, ahora cuando te acompañe de vuelta me contás.

–Claro, es un hospital, acá se muere gente todo el tiempo, nunca había pensado en eso. Siempre lo veía más desde el punto de vista de que uno viene a curarse, pero cuando no… Uh, ahora me dio un poco de impresión.

–No te preocupes, son todos fantasmas buena onda, los tenemos muy calados.

–No me digas así.

–Te estoy molestando. Me cae bien tu papá.

–¿En serio?

–Sí.

–¿Pero ustedes no tienen prohibido involucrarse o algo así?

–Sí. Pero te puede caer bien un paciente. Tampoco somos máquinas. ¿Vos qué hacés?

–¿Yo? Trabajo en cine.

–¿Sos actriz?

–No, no, del otro lado. Soy técnica, lo siento.

–¿Por qué?

–No sé, menos glamoroso creo.

–No sé, igual actriz no me dabas.

–¿Por qué no? ¿Poco carisma?

–No, no por eso, no sé. Por algo de la actitud.

–Sí, no, ya sé, no. De hecho me daría mucha vergüenza actuar.

–¿Y qué es lo que hacés entonces?

–Empecé en producción, haciendo un poco de todo. Y las últimas veces estuve de ayudante de cámara, pero para eso tenés que saber mucho, para trabajar con la cámara, pero la verdad que es lo que más me gusta.

–¿La cámara?

–Sí. Lo que más me gustaría es ser directora de fotografía, manejar la cámara y la luz… Pero me falta mucho para eso.

–Ah, mirá. No, es que no sé nada de cine.

–¿Pero te gusta el cine?

–Me encanta. ¿Hay alguien a quien no le guste el cine?

–A los estudiantes de cine.

–¿En serio?

–No, es un chiste interno, un chiste malísimo. No importa, olvidate.

–Sos divertida, Andrea. Un poco rara.

–¿Rara bien?

–Creo que sí… Por ahora.

–Uh, gracias. Ya me dijiste que soy fea y ahora me decís que soy rara, me parece que me mando a los pasillos a contactar algún fantasma. O me vuelvo a lo de mi viejo a ver El encantador de perros.

–Me encanta ese programa, ¡es genial!

–Buenísimo, ¿no?

–Sí, a mí me encanta.

Desde hace un rato ya que Rosa y yo somos las únicas que quedan en esa suerte de pasillo, sentadas en la hilera de sillas de sala de espera, contra la pared. Tanto rato tampoco, porque con todo el brindis, toda esa situación, no habrá durado más de quince minutos en los que nadie llegó a tomar más de una copa y todos, menos yo, pasaron por el baño para cepillarse los dientes. Después de todo o antes de todo, están trabajando. Rosa me pide permiso para pasar un segundo por su habitación y yo la espero donde estoy. Me explica que a izquierda y derecha se abren los pabellones de los internos y que los hombres están en otro piso. Pero no atina a querer mostrarme nada y yo tampoco me atrevo a pedírselo.

Sentada, sola, en ese subsuelo, con una copa de plástico en la mano y bajo la luz pareja de los tubos, le escribo un mensaje de texto a Lourdes en mi mente. El mensaje dice: si me vieras…, así, con puntos suspensivos. Claro que ese ver no se refiere sólo a esa situación, esa

imagen concreta de mí en el corredor sino a toda la situación en la que me encuentro inmersa: la de la Navidad en el subsuelo en el hospital debido a la enfermedad de Mario y adonde sea que eso nos conduzca. Aunque esto último un poco menos porque esa zona es una que no se habilita, que no se permite pensar: acá se vive en el presente, y no en el presente del carpe diem o el de Ulises Butrón, no, sino en el presente, como los perros de César Millán, el encantador, que según él sólo pueden vivir en el presente, de modo que no tienen ni sufrimiento ni experiencia acumuladas y pueden ser equilibrados a cada instante, con sólo la fuerza de voluntad.

Que Lourdes no sepa o que no le corresponda saber que Mario –de golpe– está enfermo es algo que me hace un agujero punzante en el corazón, uno finito y preciso. ¿Cómo puede ser que antes, en algún momento, todo y ahora ni siquiera esto, ni siquiera lo esencial? No, ahora nada porque ya no corresponde. Tal vez esa era otra buena razón para resistirse a la sexualización: ¿qué es ese patrón estúpido de las separaciones, de ese súbito nunca más? ¿Qué es eso, quién lo inventó? ¿Por qué hay que dejar de verse de repente y definitivamente? ¿Por qué esa relación se concibe como excluyente de otras, de dónde sale esa idea –consensuada– de que a partir de un momento verse duele y hace mal, quién sostuvo eso por primera vez? Ahora en la sala de espera, mínimamente disfrazada de otra cosa, se me viene la imagen de esos mates de medio- día de calor, compartidos con Lourdes y papá, en el alero de la una vez casa familiar, y se me presentan como restos de una vida vi- vida hace mucho ya, o una no vivida casi, así de hiriente, con el contorno de la melancolía. Ahora Lourdes no está y lo que corresponde es que ninguna sepa nada de la otra, o sea que es más bien como una difunta y mi padre, bueno, qué decir, con un pie en cada lado, por lo menos por ahora.

Che, tengo que volver a laburar, ¿subimos?

–Sí, dale. ¿Querés que vayamos al cine uno de estos días a ver algo?

–Ah, bueno, sí, puede ser, tengo que ver qué turnos me tocan, pero puede ser una tarde quizás, sí.

–Buenísimo, me fijo qué dan y arreglamos.

–Dale, buenísimo, sí. Mandale un beso a tu padre, decile que lo veo mañana a la tarde.

–Dale, sí, gracias por el brindis.

–De nada, feliz Navidad.

Entro, papá no se mueve y la luz azul de la televisión ilumina la habitación, a intermitencias. Me acerco, compruebo que duerme. El control remoto sube y baja poquito sobre su pecho y detrás de él y de la cama, la barra con las máquinas medidoras de suero y cosas. Las luces de las máquinas titilan también y me pregunto cómo hace para dormir con tanta información. En la tele dan una ópera; tomo el control del pecho de papá y aprovecho la luz que proyecta la pantalla sobre la habitación para mínimamente acomodar mi sillón cama camastro. Me saco los zapatos y me acuesto. Decido no apagar la televisión para no sobresaltar a papá que tal vez la esté escuchando a algún nivel y decido también que él, tanto como yo, preferirá esta ópera como información en los oídos al pip pip y el rumor constante de los microondas que le proveen suero.

No reconozco la ópera, estoy casi segura de que cantan en italiano, aunque no lucen demasiado italianos ellos mismos, tienen cara de cantar por fonética. Son dos hombres pero sólo uno canta, el otro escucha, no responde. Deben hacer de padre e hijo o algo así; entre un cantante y el otro no parece haber ni diez años de diferencia, sin embargo uno, el que sólo escucha, actúa de joven, echa melancolía y resignación a sus gestos y el otro, con talco en el pelo, anda y canta erguido y adusto, compone un hombre maduro. La escena está filmada de cerca y en ese sentido niega el principio mismo de la ópera, que es el de ver todo de lejos y entonces, entre otras cosas, no llegar a percibir que ni el hijo es tan joven ni el padre peina canas. Ellos adquirieron los roles por su registro vocal: en la ópera las heroínas pueden ser nada agra- ciadas o viejas incluso, una Isolda puede ser una señora de sesenta. Me gusta eso de la ópera: nada es lo que parece pero tampoco intenta serlo. Ahora con este relevo tan intrusivo del

zoom, a la pobre Isolda se le cae la vida encima y ya es otra la historia que se cuenta. El que hace de adulto le reclama algo al otro en esta canción, eso está claro, y el falso joven, recostado entre unas hojas de otoño, padece; es hermosa la melodía. Con esta música sin idioma repaso ahora el minuto a minuto con Rosa; siempre es un buen inductor del sueño la reconstrucción minuciosa. Lo bueno de haber encontrado a papá dormido es que no tuve que contarle antes de haber podido procesar y organizar la información en mi cabeza. A ver, ¿qué indicios me dio Rosa? ¿Me dio indicios de algo? En principio, que me haya invitado a brindar con ella es una buena señal, demuestra interés. Ahora bien, que después me haya presentado como amiga, ¿borraba con el codo la mano de haberme invitado? No necesariamente. Después hablamos de pavadas y después yo la invité al cine y ella aceptó. ¿Aceptó porque le gustaba la idea de hacerse amiga de una porteña o, peor, para no quedar mal, y ahora me esquivaría y esa cita nunca se llevaría a cabo? Es, sin duda, otra opción. A esta altura todavía sería capaz de soportar ese rechazo porque vendría de una casi desconocida, eso no podría herirme, porque vuelve el rechazo impersonal. Y aparte, ¿me gusta Rosa? Todavía no puedo saberlo, el encuentro no fue lo suficientemente exhaustivo. Pero, a ver, reconstruyendo: ahora mismo podría definirme como con ganas de besar pero, ¿a Rosa o en general? Se podría decir que en general pero un poco a Rosa en particular también. ¿Y por qué? A ver, ¿porque es más grandota y yo chiquita y me gusta imaginarme, no me cuesta nada imaginarme apoyando la cabeza sobre su hombro, el hombro de Rosa, cobijándome ahí? ¿Porque me gusta ese pelo rubio oscuro pesado y el detalle de la vincha de la Navidad y el olorcito –tenue– a agua de colonia? ¿Porque el ambo le oculta el cuerpo al mismo tiempo que se lo presenta mucho y le marca la bombacha demasiado chica para su culo y unas tetas que dan ganas de ver? Puede ser. Y todo eso no es nada y sin embargo es suficiente para acostarse y cerrar los ojos y reposar en ópera y dirigir la cara de uno hacia el pecho de la otra, no necesariamente a las tetas, al pecho, pero con las tetas cerca, suficiente para querer ir al cine, que no compromete a nadie, y poder verla sin ambo y fuera de este lugar, suficiente para pensar.

Y en ese irme yendo, ese dormitando, ese sopor, me vuelve vaya uno a saber de dónde ni para qué, vuelve Dolores, el amor de verano, Dolores la escuálida en las playas uruguayas, Dolores y su familia católica y yo, desvelada por esa Dolores día tras día. Dolo- res que pasaba las vacaciones con su familia en la playa bajo la sombrilla junto a la nuestra. Dolores que tenía un hermano mayor y una

hermana menor, Sebastián y Clara, la hermanita. Dolores que era preciosa: pelirroja de pecas, fibrosa y alta. De pelo largo y naranja y un poco ondulado; la observaba día tras día, quería acercarme a ella, ese era mi objetivo y no había razón para ocultarlo. Dolores y sus hermanos se metían al mar y yo iba detrás, sin disimulo. Me zambullía justo al lado de la familia de mi objeto de deseo, saltaba las mismas olas, los miraba cómplice, les festejaba las risas. La familia de Dolores salía del agua y yo salía detrás. Hasta que un mediodía tomé mi balde y me dispuse a recoger caracoles al ras de la arena. En mi mallita azul de flores blancas y bordes rojos gateaba en la arena, y echaba las piezas preciadas dentro del balde, una por una, una por una, lamiendo la estela de conchilla y caracoles. En mi desplazarme reptando me iba acercando irremediablemente a la porción de playa de la sombrilla de la chica roja. Y ella que no reacciona al pavoneo de seducción y es la madre quien tiene que indicarle que hay alguien trabajando por ella ahí. La madre le dice a Dolores que vaya a jugar con la nena. "Andá a jugar con la nena", le dice, y Dolores va. Y a partir de entonces Dolores se convierte en Dolores y en Andre yo y a partir de entonces todo ese veraneo hace mucho sentido. Descubrimos, entre otras cosas, que las dos somos de San Isidro (eso me da esperanzas de sobrevivir al amor de verano). Descubro también que mi amiguita es más joven, dos años, y que soy yo, a mis ocho, la que parece de seis. Con Juani, entonces, vamos a pasar la mayor parte de los días de playa en las dunas con Dolores y sus hermanos; Juani se va a hacer un poco amigo de Sebastián, aunque no mucho, y a Clarita, la hermanita mañosa, la vamos a tener siempre colgando. Descubro también, en ese verano y para mi gran sorpresa, cuán poderosa puede resultar la pertenencia a una iglesia, un credo, sobre la vida más cotidiana: descubro, porque me lo cuenta ella misma y porque habla todo el tiempo de eso, que Dolores cree en dios, en el dios católico, el único, el de las iglesias de cruces en la punta. Dolores cree mucho en él y toda su familia también. Yo no quiero decepcionarla y le digo que yo también, que también yo creo en dios, en ese dios, el de barbas, y en Jesús también, tan bueno y joven y sufriente. Prefiero guardarme para mí la fascinación que me produce el dios bruto, déspota y vengativo del Antiguo Testamento, el de las pestes y los ríos llenos de sangre humana, el de los hermanos que matan a palos al menor y lo tiran a una zanja por envidia, el de los oráculos y las profecías y los carneros degollados, de los mares que se abren y las lecciones que se graban a fuego en piedra y se pagan con la peor de las muertes. No quiero ni decepcionar ni atemorizar a mi amiga y me hago la del Nuevo Testamento, la de la comunión y la

hostia y el vestidito blanco, me hago la que sí, la que está bautizada y que va a tomar la comunión pronto, la que va a catequesis. Sé de la palabra catequesis por algunas chicas del colegio que van a catequesis los sábados antes de ir a misa. Pero la mayoría de las chicas y los chicos del colegio son protestantes y entonces no toman la comunión sino que directamente se confirman. A los chicos del colegio, cuando me preguntan de qué religión soy, digo que evangélica. Y cuando me preguntan si estoy bautizada digo que todavía no pero que quiero y que cuando me confirme me voy a bautizar, todo al mismo tiempo y que ya averigüé y que es algo que se hace y que no hay problema. Entonces a Dolores prefiero no decirle lo de mis planes de confirmarme en el protestantismo sino que me finjo católica de cepa y digo catequesis y padrenuestro y comunión.

Hasta que una tarde Dolores nos invita a su cumpleaños, a Juani y a mí; Dolores cumple en enero. Juani y yo nos empilchamos ese día, es una tarde que no vamos a la playa sino al dúplex que alquilaron los Báez. Estoy tan entusiasmada como nerviosa por ver a Dolores en su casa, vestida de nena de cumpleaños y no de malla. Esa tarde Mario nos lleva hasta el dúplex entre los árboles y promete pasar a buscarnos en un par de horas. Elegí para la ocasión el jean gastado pero limpio, una remerita de hilo en rosas y amarillos que me tejió la abuela y unas zapatillas rosa marca Allegro que son el hit del verano, aun sin ser de marca. Me siento decentemente linda aunque no estallada. Y sin embargo ya desde el desembarco del Renault intuyo que no me va a gustar mucho Dolores fuera de la playa, y que mi jean curtido no habrá de causar en ella el efecto buscado: lo que proyecté como vida, horas de juego encima, puede ser aquí malentendido como… ¿negligencia, desidia, mal gusto? La Dolores que cumple años va de vestidito ñoño, blanco, rosa o celeste, de cuello ancho y media cola, su hermoso pelo revuelto domesticado en una media cola muy tirante. Dolores está contenta de verme pero no en particular porque tiene a otras muchas amigas de vestido de cuello amplio alrededor. Las nenas son primas y amigas y todas se llaman María algo, María del Pilar, María José, María Luján, María solo. Mi hermano y yo somos los únicos de jean; yo –definitivamente– soy la única nena de jean. Esta Dolores vaporosa y engreída, pasada de femenina, en ese vestido subrayador, no me gusta mucho, incluso me da un poco de vergüenza. Y que encima, fea y todo, ose no prestarme demasiada atención termina por desilusionarme. Me recuerdo pegada a Juani toda la tarde, como imantada, recuerdo a la madre de Dolores queriendo integrarnos, recuerdo aceptar una porción de torta con crema y durazno en almíbar, comer sólo un poco y buscar la

oportunidad de descartarla en algún lado sin levantar sospecha; me recuerdo en el pasto de adelante del chalet dúplex, en pequeña ronda con mi hermano y Sebastián, el único fiel en esa familia de indiferentes, a salvo él mismo, probablemente, de tanto ruedo de vestido agitado. Las horas son eternas hasta que vuelve Mario y estoy desesperada por sacarme el estúpido jean y la ridícula y anticuada remera tejida que ya nadie lleva. ¿Cómo explicarles a mi madre y a su mamá que ya nadie usa cosas hechas con la mano y que las chicas cancheras se visten en boutiques como Juvenilia y no con ropa que hace la abuela imitando el modelo de Juvenilia? ¿Cómo hacer para hacerles entender eso sin romperles el corazón? ¿En qué momento me dejé convencer por alguien –la abuela, mi mamá– de que esa remerita al hilo era una buena idea y de que era una pieza especial porque estaba hecha a mano y nadie podía tener una igual? ¿Por qué extraña razón mi abuela y mi mamá creían que yo quería –de hecho– llevar una prenda única, destacarme, sobresalir? ¿Por qué no me compraban esa prenda de la vidriera y basta? Mi abuela hacía entonces siempre una cosa odiosa que era entrar al negocio, pedir la prenda, mirarla, medirla con los dedos, preguntar cuánto salía, agradecer, salir del negocio y decir que esa prenda no valía eso que decían, que por cuatro o cinco o veinte veces menos compraba la tela en un negocio de telas y cosía una igual. O mejor incluso. Haber tenido la prenda tan cerca, tan a mano y tener que caer luego en el lento –lentísimo– proceso de la manufactura lo vivía como una pesadilla pero de algún modo el argumento de la abuela era tan contundente que no lo podía contradecir. Y, además, fundamental: no disponía yo de dinero, ni para la prenda lista ni para el corte en la sedería. Así que íbamos al negocio de tela, donde casi nunca estaba exactamente la misma tela pero sí una muy parecida, una casi igual, que mi abuela convertía en un idéntico que ya llevaba en sí el germen del engaño. A partir de ahí todo empezaba a estar leve- mente corrido, levemente parecido a sí mismo y en esa seguidilla, ese agolpamiento de casis, la prenda original terminaba convirtiéndose en otra, con todas las intenciones de la prenda industrial pero no siéndolo.

Lo último que recuerdo de Dolores y su familia tensa es que pocos días antes del final del veraneo, con la desilusión del cumpleaños encima, Clarita está en penitencia y no le permiten meterse al mar porque –y esta es información que filtra Sebastián– le habría chupado el culo a una Barbie. Y habiendo sido descubierta en esa acción deleznable, la niña era castigada con abstinencia de mar.

De los Baéz nos despedimos a los abrazos y con intercambio de

direcciones. Lo último que a mi amiga me une es que en mi cumpleaños de otoño, cuando rubrico las tarjetitas de invitación, una lleva el nombre de Dolores Báez. Pero esa tarjeta nunca abandona mi domicilio, y se convierte así en epitafio de lo que para mí había comenzado como romance.

Hoy en día para siempre son diez años, ¿no? O siete.

Pienso que para tener sentimientos fuertes por alguien hay que haberlo decidido previamente, que no es algo que simplemente, sencillamente suceda, acaezca, así, como quien no quiere la cosa, sino todo lo contrario: que hay que haber decidido querer la cosa, la cosa esa. Y ese momento siempre está en algún lugar, en algún punto del tramo de la recta o de la curva, la línea, al fin, que se traza cuando se establece un vínculo entre dos personas. Después, desandando el camino, haciendo la retrospectiva de esa relación siempre es posible rastrear ese momento, reconstruir, reubicar el punto de inflexión en el que las cosas tomaron otro cauce. No era entonces sólo decir qué onda Rosa, creo que me gusta, sino que se trata más bien de la pregunta, del recorrido, bueno, me gusta Rosa, ¿tengo ganas de que me guste, tengo ganas de permitírmelo? ¿Tengo espacio para esto? Y si la respuesta fuera sí, dar un montón de pasos más que después, todos juntos y si uno no tuviera particularmente ganas de desmalezar, pueden llegar a calificarse de irremediables, como de que aquel encuentro fue –de hecho– irremediable. Pero de irremediable nada, que todo es una secuencia de unos cuantos y bueno dales o dale que vaes, hasta que entra a hacer lo suyo la costumbre y ahí ya cagaste la fruta, cuando te querés dar cuenta el olor de ese otro se volvió imprescindible y ahí sí ya no hay razón que resista y organice.

En este sentido del amor romántico y toda la pomada pienso también que, en el fondo, siempre se sabe qué es lo correcto o por lo menos lo adecuado, que uno siempre sabe y que sin embargo y casi siempre se decide tomar el camino más largo e intrincado para volver al punto del que se partió.

–Anoche soñé con vos, pa.

–Qué redundante. ¿Y qué hacía?

–Manejabas. Manejabas el Renault 18 break y nos llevabas a todos de vacaciones.

–¿Era el yo de ahora?

–No. Bah, más o menos. Pero no, más bien era una situación de antes, la de irnos todos juntos de vacaciones en el auto cuando éramos chicos.

–Conmigo al volante.

–Contigo al volante. Y yo iba en el baúl.

–Pero entonces no nos íbamos de vacaciones porque si no es imposible que te hubieras metido ahí adentro con la cantidad de porquerías que llevábamos.

–Bueno, es un sueño, la sensación era de que yo viajaba ahí atrás. Pero al mismo tiempo podía verte la cara, ibas de anteojos y estabas radiante, muy sonriente, viril en tu rol de conductor.

–A la flauta, ¿viril en mi rol de conductor? El encierro te pone poética.

–Qué bobo. ¿Dormiste bien?

–Genial. A las cinco y media me despertaron los hermanos Macana, ¿no los escuchaste?

–Por suerte no. Será del pedo que me puse con la media copa de champán que me convidaron.

–Ah, ¿cómo te fue con eso? ¡Feliz Navidad, Trapito!

–Feliz Navidad, Mario. No sé cómo me fue. Raro.

–¿Cómo raro?

–No sé, pa, charlamos y buena onda, pero no sé qué más decir, no pasó mucho.

–¿Y esta chica te gusta?

–¿La enfermera?

–Rosi, sí.

–No le digas Rosi, papá, así como si fuera tu mejor amiga.

–Ella se presenta así. Bueno, ¿te gusta o no te gusta?

–Ay, viejo, no te hagas tanto el padre copado que no sé cómo recibirlo.

–¿Qué padre copado, ridícula? Si no querés, no me cuentes.

–No sé si me gusta, Mario, no me gusta alguien que vi dos veces en mi vida. Es más, seguro que tiene novio.

–¿Cómo sabés?

–No, no sé, intuyo. Y no me gustan las chicas con novio.

–Mirá, cuando te ponés tan sentenciosa me decepcionás.

–Pará un poco. Decepción, ¿no será mucho?

–Digo que tan librepensante sos por momentos y de repente salís con esos razonamientos de uno más uno, eso es lo que digo.

–Bueno, qué sé yo. Lo único que puedo decir es que me inquieta. No sé si me parece linda, pero algo de ella me inquieta.

–¿Pudiste averiguar algo de su estado civil, algo de eso?

–No, eso no le pregunté, ¿cómo le voy a preguntar? Es muy bufarrón.

–¿Pero por lo menos te pareció que podía andar?

–¿Qué querés saber: si me parece que le pueden llegar a gustar las chicas?

–No sé las chicas. Vos.

–No sé. En principio me invitó, eso es a favor, pero después me presentó como una amiga, eso puede ser a favor o en contra, después me acompañó hasta acá, eso no significa nada en especial y después la invité a ir al cine un día y me dijo que sí.

–Ah, genial entonces.

–Bueno, de ahí a que se lleve a cabo.

–¿Trabajaba hoy?

–Sí, sigue de turno.

–Ah, entonces debe andar por acá. Ahí te dejé unas galletitas de agua si querés, el resto me lo comí todo. Me levanté con hambre. Esto

de cenar a las siete de la tarde como un bebé me mata.

–No, gracias, me voy a ir a tomar un café a la cafetería. Y de paso tomo un poco de aire.

–Y de paso circulás un poco…

–Basta, Mario. Que no se te convierta en monotema que me voy a poner fóbica. ¿Viene Juancho hoy?

–Eso dijo.

–Va a venir. ¿Y el mayor?

–¿Coquito?

–Ese.

–Cómo son. Dale una tregua a ese muchacho que no lo tiene nada fácil.

–¿Él nada fácil? ¿En qué sentido?

–Y, bueno, con todo ese mandato de ser el hombre de la familia. Y encima conmigo acá ahora en esta cuarentena que me pusieron, se lo debe tomar más a pecho todavía.

–¿Y después me decís a mí? Hablás de tus hijos como si fueran casos.

–Andá a tomar ese café y dejame de romper las bolas un rato, Trapo.

–Hecho. ¿Querés algo de afuera?

–No.

–¿Seguro?

–No, ahora no. Después en un rato te mando a traer la tónica.

–Dale.

Apoyo mi mano sobre la frente de papá y le doy un beso, beso mi propia mano para no poner la boca –llena de gérmenes como me han dicho– en contacto directo con la piel de mi papá. En lo que dure la enfermedad vamos a inventar muestras de cariño a tra- vés de tela, besos sobre prendas, roces, besos transferidos, con- tactos. De haber sabido, lo hubiese estrujado a arrumacos desde el primero de los últimos días.

Años después del malhumor y la decepción y el desencanto en el cumpleaños de Dolores Báez, y de no aprender la lección –hasta el día de hoy– de que hay ciertas cosas que mejor no sacarlas de con- texto para que sigan siendo o no dejen de ser nunca, y de acuerdo con estas mismas reglas, las de la inadecuación, mi abuela materna me confeccionaría el vestido para la fiesta de egresados de la primaria.

Hay que decir que a los once años no parecía yo de más de nueve, no había besado y estaba a años de distancia de hacerlo, apenas si había estado enamorada platónicamente de un muchacho nueve años mayor (en otro potencial romance que había terminado mal), y no mucho más que eso.

Esa vez había visto un vestido ideal en Juvenilia, sobre Belgrano, en el centro comercial de San Isidro. Era un solero azul oscuro con pintitas blancas, sin mangas y con unos botones en el frente. A partir de la cintura había más tela y el vestido tomaba vuelo. Un sueño, a la altura de una ocasión especial. Y entonces la secuencia de siempre: entrar, preguntar, mirar la tela, medir la prenda a ojímetro, ese ojímetro que lo arruinaba todo, preguntar por el precio, sentirse estafado, agradecer, salir, recorrer triunfante las cuadras hasta el negocio de telas. Deprimida, soy parte del derrotero. Sospecho, por experiencia, que una vez más las cosas no van a resultar como quisiera pero –una vez más– confío en las propiedades de la manufactura al mismo tiempo que lamento no tener un trabajo remunerado que me permita juzgar por mí misma cuánto vale qué. Conseguimos, sin embargo, y esto es un buen augurio, realmente la misma tela, esta vez sí que es la misma y no sólo idéntica, de algodón azul oscuro con puntitos blancos. La cosa pinta bien. La abuela

recorta un molde y, contenta, se compromete a coserlo. Me sueño en el baile haciendo flamear el vuelo del algodón por encima de unas medias blancas de fútbol hasta las rodillas. Eso y alpargatas; me excito imaginándome así.

Hasta que llega el día de la verdad: voy con mi madre a la casa de la abuela a probar el vestido que está casi listo. El vestido cuelga de una percha en la puerta del ropero de la habitación de labores de la abuela, la que tiene el espejo de cuerpo entero del lado de adentro del placard. A simple vista puedo apreciar y constatar que no tiene los botones y que en vez de sin mangas es de manguitas cortas. Bueno, dos decisiones fuertes, pienso, y un poco ya se me estruja el corazón. Me pruebo el vestido, mamá dice que siempre hay que ver las cosas puestas, que en la mano no se puede saber, como si los botones fueran a aparecer por vestirlo. Me miro en el espejo. Definitivamente no está mal, el molde es casi perfecto de hecho, con vuelo y todo, pero ni siquiera puedo llegar a darle forma a eso que me parece de tanto que tienen para decir esas dos mujeres por encima de mi cabeza. Y entonces de entre ese palabrerío aparecen dos aletitas blancas de una suerte de raso que quieren venir a hacer de cuello en el borde superior de mi vestido. Mientras sostengo el cuello sobre mi pecho la abuela dice que le parece demasiado triste un vestido todo azul oscuro para una nena y que ella le agregaría el cuello para levantarlo un poco, el cuello blanco que levantaría un poco las pintas haciéndoles juego. Que no lo cosió para ver qué me parecía a mí. Pero sucede que yo no tengo ni espacio mental para pensar qué pienso porque mi madre ya está totalmente de acuerdo con su propia madre en que hace falta levantar con algo porque si no es demasiado triste para una nena, todo azul. Y se produce el silencio y ambas me miran. No sé qué decir, ni siquiera sé qué pienso. La abuela dice que lo cose rápido para que pueda probarlo y que si no me gusta lo descose. Páfate, el daño está hecho. La abuela lo cose, la madre lo aprueba, me lo pongo, la madre vuelve a aprobarlo, más bien lo festeja y yo no sé qué pienso y desde esa indefinición –está claro– es imposible negarse. Que con el blanco es mucho más alegre y más propio de una nena. Total que el vestido queda así. A tono, vamos a Febo y compramos unos mocasines azul oscuro de nobuk o como se llame ese material, gamuza. Pruebo el conjunto frente al espejo de mi cuarto y recupero la alegría: no está nada mal después de todo. Me miro en el espejo y me sueño en la fiesta, seduciendo a Damián, siendo linda, simplemente agradando.

Y llega la noche del evento; se hace el acto de fin de curso. Actúo de guardapolvos imitando a alguno de los maestros, ya no recuerdo a quién. Los padres saludan, felicitan, los padres se van mientras anochece sobre el patio. Algunas madres se quedan en el gimnasio decorando el salón para la fiesta. Mientras tanto los chicos y chicas por separado copamos los baños con nuestros bolsos con el fin de cambiarnos para la noche. Como todas, me encierro en uno de los cubículos, estoy nerviosa. Es momento de poner a prueba el combiné. Me cambio, no me siento tan bien, algo me trae vaga pero maliciosamente el cumpleaños de Dolores y las niñas de ruedo vaporoso. Abro la puertita, el baño flamea de chicas y prendas. Y entonces me veo en el espejo, junto a las otras: las chicas van de mini y remerita, de medias largas de fútbol y alpargatas o zapatillas. Yo, de vestido con mangas y cuellito y mocasines de gamuza sin medias, es inmediato: me quiero morir. Las niñas charlan, entre ellas mis amigas, y ninguna dice nada de mi modelo. Concluyo que es por cariño, por educación, y ese silencio me hunde aun más. Finjo haber olvidado algo y vuelvo a encerrarme en el cubículo. Odio a mi madre y a mi abuela por la estúpida idea de levantar el vestido para la nena que ya no quiero más ser, qué malentendido tan grande. Encerrada, intento meter el cuello, las dos alitas de seda, del otro lado del escote, pero se me hace un bulto de tela. Me lo saco e investigo la costura, considero la posibilidad de retirar la sedita con una tijera pero lo descarto por complicado. Se me van las ganas de salir del baño y participar de la fiesta. Mis amigas me gritan y finjo estar bien, digo "vayan yendo, ahora voy". Finalmente salgo del baño y voy hacia el gimnasio en mi conjunto de cuello y mocasines. Me cruzo con algunos chicos, no me dicen nada ni bueno ni malo, no reparan en mí. El resto de la noche está perdida, nadie va a regalarme una flor de los arreglos florales que en algún momento desmantelan, nadie va a sacarme a bailar, nadie excepto Kevin, que es alguien, claro, es nada menos que mi eterno enamorado, el Harry Potter de antes de que existiera Harry Potter, el anteojitos alemán, casi el único más petiso y con más aspecto de niño que yo. Bailo con Kevin, que es mejor que nada. Y además porque lo quiero, y nos llevamos bien. Años después caí en la cuenta de que Kevin era de lo mejorcito que andaba dando vueltas por los salones pero eso, detrás de mi angustia de todas las cosas confundidas e impuestas, de otros eligiendo por uno, era en ese momento imposible de apreciar.

Son más de las nueve y no hay nadie en el parque. La confitería cerró anoche pero por suerte hoy los muchachos tan simpáticos de la cantina están meta trabajar. Eso de que no haya horarios inoportunos en el hospital me gusta mucho, me hace sentir justamente así, oportuna, siempre en el momento correcto y bien recibida. Considero sentarme en las mesitas al aire libre pero no me encuentro tan bacana hoy. Así que entro y pido uno de los cafés grandes en vaso térmico y uno de esos turgentes alfajores de maicena. Pido para llevar y el hombre diligente de la caja me alista la comanda. Siempre te hacen sentir que tu pedido es el más urgente. Caja acomoda el vaso térmico con el cortado y el alfajor en una bandejita plástica y le agrega unas galletas de invitación que tienen sobre la barra a granel para convidar a los clientes. Casi siempre hay mini pepas o unos aros dulces bastante desabridos, hoy por suerte es día de pepas. Agradezco, me siento muy cuidada por esta cuadrilla de hombres afables.

Voy con mi colación a sentarme en el banco de piedra circular debajo del pino que lleva los cáctus de copete. Está fresco a pesar del verano. Pongo la bolsita con mi desayuno en plástico a mi lado. Saco el café, lo destapo; hierve, lo soplo. Espero. Miro el par- que. En el medio del jardín domesticado el gato hijo está como al acecho. Es eso o se está refrescando la panza contra el pasto húmedo de la noche. Lo miro, es gracioso. Está inmóvil o por lo menos eso parece a esta distancia. Permanece así un par de minutos hasta que de repente, sin signo previo, sin ni un movimiento de augurio o anticipación, sale disparado como una flecha al seto donde se encuentra con su madre o su padre y ahora son dos los que salen disparados para el lado de la palmera y entran a correr en circunferencias donde ya no queda claro quién caza, quién huye, quién corre a quién. Hasta que el adulto se cansa, se detiene, chumba al hijo, una, dos veces, hasta que este entiende, y entonces se retira, vuelve al escondite del arbusto. El hijo queda desorientado unos instantes hasta que otra cosa lo distrae, una hoja, un insecto, la sombra, un olor.

Y entonces de repente recuerdo que el sueño de Mario conduciendo el Renault 18 montaña arriba no fue el único que tuve. Sí el primero pero no el único. Se me viene ahora que más sobre la mañana soñé que me cogía a una rubia y a través de esa pista el sueño se me representa en su totalidad, clarísimo y vivo. Era una rubia muy flaquita, casi rapada, flaca pero fibrosa y con ángulos. Yo me la cogía a ella, no sólo como forma de decir. La rubia estaba acostada en una

cama, en una habitación en penumbras, con la persiana entrecerrada y yo pensaba bueno, te quiero hacer de todo.

Entonces recuerdo particularmente los planos detalle de las tetas, y recuerdo prendérmeles, por mucho rato y de distintos modos. Recuerdo que no había urgencia en este encuentro, no había velocidad pero sí fruición y deseo de reventar. Y aun más vívidamente recuerdo el momento de acercarme a la concha con delicadeza, con la solemnidad del momento: acomodo las manos debajo del culo de la flaquita, pensando en el olor, tomándome el tiempo para hacer durar ese momento, acercándome entonces, percibiendo con la nariz primero, probando con la boca después, un labio, el otro. Después subir y montarme, poner mi concha sobre la de ella y ahí esa sensación de enteridad, en el encastre de esos dos vacíos que se convocan, el vacío del útero de una prolongado en el de la otra, esa continuidad del vacío que no es tal, que es interioridad, que cuenta intimidad. Y ahí sí en esa adherencia recuerdo subir y bajar, restregarme contra esa otra, en ese adentro que es de las dos, en el afuera vibrante.

También recuerdo haberme excitado mucho pero no recuerdo haber acabado. Pienso desde el banco de piedra mientras se enfría el café, que sin duda estuve, que llegué a estar tan excitada como en el sueño ahí en el camastro de la habitación de hospital y pienso también que –claro– no se acaba en sueños porque para eso sí que hace falta tocarse, ¿o no? Pienso en eso y me da un poco de gracia y otro tanto de vergüenza, preguntarme si mi padre me habrá visto retorciéndome o emitiendo sonidos o algo similar. Por otro lado, claro, me dan ganas de coger así o –por lo menos– de hacerme una paja pero eso no va a ser posible por un rato más.

Entiendo que pronto voy a tener que volver a coger. Y que no con Rosa. Pienso que si media copa de champán en plástico me dejó así, qué me espera. Pienso también que la rubia del sueño no tenía nada que ver con Rosa excepto por lo rubia y por mujer. Y por el deseo quizá también, el mío, deseo que descubro y recuerdo.

Salgo a la avenida a comprar la tónica, con la cabeza todavía caliente. No quiero volver a la habitación con el marulo así, quiero oxigenar un poco mi campo asociativo para reemprender a papá. Camino hasta la esquina, espero en el semáforo, desde el otro lado de la calle ya clavo la vista en mi heladera; la que contiene mis tónicas, las de papá. Juego a ver si quedan y cuántas. Cruzo absorta

intentando hacer foco en las bebidas. Entro, dejo caer un "hola" que no espera nada, y nada viene, pero hay algo que se interpone entre mi heladera y yo, una silueta. Hago foco, es una chica. Se da vuelta con su botín y me deja la puerta abierta, nos miramos por un segundo, sé inmediatamente que la conozco, pero ¿de dónde? Tomo la tónica, decido probar otra agua saborizada, un nuevo gusto, vamos a darle una chance a estas frutas con nombres en latín, me hago la que no, la que esa mirada no significó nada, la chica paga, yo me demoro en las heladeras para dejarla ir. Pero, ¿de dónde, de dónde? Y entonces cae, aparece, se di- buja el nombre, tan claramente, diáfano como esta mañana de verano, prístino: Pamela. Pame, Pamela, Pame, la amiga jipona de Jennifer, de Jenny y Vale Acevedo y Vale Klein; las amigas porteñas de Malena, amigas de la adolescencia tardía. Las primeras amigas porteñas extracurriculares. Las amigas porteñas de colegio privado Vale Klein y Jenny y las amigas de estas, porteñas de colegio público, el colmo de la cancherez en el mundo, del desempeño en la ciudad y con varones, Vale Acevedo y Pame la bella, la hermosa, turgente, la más canchera de todas.

Malena se había reencontrado con Jennifer en algún evento de los respectivos padres profesionales al que habría acudido Jenny con su amiga Pame y ambas le habían caído a Malena de lo más bien e intercambiaron teléfonos y quedaron en salir algún fin de semana. Jenny tenía y manejaba un 147 con estéreo en el que casi siempre (el siempre de las dos veces, claro) se escuchaba un compilado de los hits de su viaje de egresadas en casete. Recuerdo particularmente la canción del tiburón uh ahí está, uh ahí está, uh se la llevó el tiburón, el tiburón, no pare, sigue sigue, no pare, sigue sigue, canción que se acompañaba con una coreografía que Jenny, Pame, Vale Acevedo y Vale Klein seguían con los brazos, Jenny en la medida de lo posible, claro, cuando la tarea de conducción se lo permitía. Me pregunto ahora, desde el estallido de recuerdos que el portal Pame me inaugura, cómo es posible que nos metiéramos de a seis en el 147 y ahí nomás acude el recuerdo de clavar mi pequeño culo huesudo sobre el regazo de Male, porque me tocaba ir montada debido a mi tamaño, y un poco a la falta de trayectoria en el grupo también. Jenny al volante, Pame, claro, de acompañante y las dos Vales con nosotras, atrás. Mirá vos, Pamela, cuántos años sin verte. Ya no parecía hippie, aunque tampoco la miré tanto. Era la más mala onda Pamela, la que tenía novio o andaba con un chico, un chico muy lindo, Adrián. Pame usaba aros largos y collares y pollera con calza o medias debajo y polainas y botitas de gamuza o zapatillas de lona negras. Pame tenía unas tetas enor- mes y era petisa y tenía cara linda, un combinado

imbatible por donde se lo mirara. Pame era morocha de rulos y piel muy blanca y hablaba poco y tenía mala onda en general y actuaba superada y todo eso, tanto junto como por separado, a los chicos les gustaba mucho. Una vez ese 147 nos llevó a Plaza Serrano cuando todavía se llamaba Plaza Serrano y no tenía rejas y los únicos bares que había eran Crónico, Malasartes, El Taller y Tazz. Jenny y sus amigas dejaron que Male y yo las acompañáramos en su salida nocturna por la Capital. Me recuerdo como una huesudita asustada. Las chicas conocían chicos en la Plaza Serrano, aparte de Adrián. Y si no estaban los que ya conocían, algunos siempre se arrimaban, a preguntar, a charlar. A mí la situación me aterrorizaba y excitaba por igual. A mí nadie se me acercaba a hablar; me sentía –y probablemente luciera como– la hermanita menor de alguna, o la primita del interior. De alguna manera era ambas cosas. Nadie ni siquiera posaba la vista en mí y las chicas tampoco me dirigían la palabra, como máximo era incluida en el ustedes cuando le hablaban a Malena. La invitada personal de ellas –y no había ningún malentendido al respecto– era Malena. Yo, por mi parte, era una suerte de anexo, un apéndice, un detalle de color. Malena era más segura y sabía cómo desempeñarse en esa situación. Pame y Adrián le sacaban charla y cada tanto algún chico le hacía alguna pregunta. Yo participaba de estas conversaciones como oyente pero sin mirar, es decir mirando al piso o a la distancia, fingiéndome concentrada o ausente, en otro lugar. En principio, si nadie me hablaba ni hacía ningún comentario directo acerca de mí, podía pasar la noche desapercibida, bajo la tutela de Malena, asistiendo a la diversión de los demás y eso estaba bastante bien. Ni siquiera me gustaba el alcohol o no sabía tomarlo, sólo era un medio para emborracharme hasta la inconciencia y eso no sucedía casi nunca. Pero mucho peor era si de repente algún pibe sí tenía el desatino de reparar en mí y se acercaba a hablarme o le preguntaba por mí a alguna de las chicas que no sabían mucho más que mi nombre y que era amiga de Malena. Entonces se me acercaban a preguntarme cosas, como qué edad tenés y a qué colegio vas y qué música escuchás, preguntas que odiaba responder, sobre todo la de la música. Y respondía a un volumen tan bajo que era desalentador para cualquiera excepto para Ferni –de Fernet y no de Fernando–, que insistió e insistió en más de un evento hasta que me sacó un par de besos, borracha, en una fiesta. Lo suficientemente borracha y atontada como para ni siquiera sentir esos besos ni recordarlos, con la boca anestesiada, como para sortear el dolor.

Pamela, Jenny, Vale y Vale, las primeras amigas porteñas, de besos alcoholizados y coreografías en el auto, de polainas y gritos y amigos de plaza, de chicos que te vienen a hablar para besarte o simplemente para terminar intentándolo. No tengas miedo, no te voy a hacer nada. Nada que vos no quieras. Sólo quiero charlar un ra- tito. Y la rutina terminaba con el pedido de ese beso que habían prometido no esperar ni pedir y por lo general lo lograba el más insistente, el que había dado con la más borracha o el que lo hacía de sopetón. Las chicas de la Capital eran más desinhibidas, eso también nos legaron, porque en el pequeño círculo privado nos habían enseñado a fuego que una dama siempre tiene que decir que no, aun cuando se muera de ganas y que el caballero, entonces, ha de insistir. Y las damas negarse hasta que el caballero entendiera que se trataba de una formalidad y había que tomar por arrebato, cosa que –por buena o mala suerte– no sucedía casi nunca.

A Javito, por ejemplo, me le debo haber negado durante ochenta y cinco noches seguidas, tardes y noches, aunque más que nada noches.

Empezamos siendo amigos, o eso creía yo. Javito tenía la piel infinitamente blanca, no traslúcida sino blanca, y era lampiño por completo. Javito llevaba el pelo rubio ceniza largo y con raya al medio, atado con una colita de toalla. Tenía los ojos un poco separados; era terco y sensible y un poco –bastante– el chico malo. A mí me decía Piojo o el Piojo. Javito era el chico malo que no estudiaba y tocaba la batería y era bruto y no sabía hacer la tarea de inglés y pedía ayuda con eso y vivía en una casa enorme con jardín con hermana, madre y abuela; una casa enorme y lúgubre con un sótano al que se accedía por un montacargas. Y en el jardín delantero autos, autos antiguos de colección del padre fallecido, a la intemperie. Javito y yo pasábamos recreos eternos juntos. Después, de repente, nos peleábamos por alguna razón y no hablábamos durante semanas, ni nos mirábamos, nos evitábamos, realmente podíamos sostener ese silencio a lo largo de meses, viéndonos todos los días. Esa dureza, esa inflexibilidad me car- comía; me carcomía ver cómo seguía saludando afectuosamente a mis amigas en mi cara, con un abrazo las saludaba a veces, y a mí la indiferencia. Eso podía perforarme el corazón, pero había que resistir. Después, en algún momento, alguien intercedía y entonces alguno de los dos se acercaba y hablábamos y el vínculo se recomponía y vuelta a hablar sin parar y

a querernos y a sacarnos chispas y a tener al Javito el Piojo a un centímetro de la cara las no- ches de sábado si no otras y yo que no que no y que no deseando –en realidad– que él osara de una buena vez. Andábamos mucho por la calle también con el Javito de noche, andábamos por ahí. Javito tenía bici y tenía rollers y sabía andarlos muy bien. Javito quiso enseñarme a usarlos y me dejó los suyos durante todo un verano y yo los andaba, en el patio, en la calle, en el patio para practicar las piruetas. Eran unos roller negros, que me quedaban cuatro talles grandes y estaban pintarrajeados con Liquid Paper. Javito, a veces, de repente, me pasaba muy cerquita en la parada del colectivo, mientras esperábamos el 707 y me decía "te amo, Piojo" al oído y yo le decía "no es verdad" y él decía que sí. Esos "te amo" espontáneos susurrados al oído con aire caliente en la vía pública real- mente me llegaban, hacían algo conmigo. Pero después ni él ni yo podíamos hacer nada con la situación, eso estaba clarísimo.

La historia termina, finalmente, en la fiesta de egresados en La City, el boliche en cinco esquinas. Esa noche estoy borracha como una cuba, cómo si no. Esa noche me emborracho con vino blanco en la cena primero, echándomelo en el vestido desde las comisuras (con la fortuna de que mi –una vez más– ridículo vestido lo disimule en su profusión de brillos de una tela similar a la virulana) y luego en el auto de la profesora de vóley, la profesora que nos lleva en su Fiat 147 hasta el boliche a nosotras, sus alumnas predilectas. En ese auto vamos empinando otra botella de vino blanco o alguna cosa parecida, ¿un espumante quizá? Que hace posible que después, después de haber estado girando por el boliche sin rumbo, a los abrazos, sin bailar, sin hacer nada concreto en general, hablando a los gritos al oído de alguien quizá, de muchos, que venga Tico y me diga, y me pregunte borracho también, "¿y, Piojo, cuándo le vas a dar bola a Javito?" y yo le responda que ahora y que Tico incrédulo me diga "¿ahora?" y yo repita "ahora" y él me pida que me quede ahí, "quedate acá, Piojo", me dice, "no te muevas de acá" y yo busque apoyo contra una columna para no moverme de ese acá porque me he tomado muy en serio ese ahora, y que reaparezca Tico arrastrando a Javito de la camisa, la camisa blanca reluciente aunque algo arrugada ya, la camisa blanca que se puso para la ocasión, no la de besarse, claro, porque ese es un imprevisto, sino la de la fiesta y que entonces sí nos besemos de una buena, de una buenísima vez, contra esa columna, bajo alguna dicroica, durante horas, y que el resto de la camada, uno por uno casi, desfilen para ver.

(Ahora) Ya no me interesa sólo besar. Apenas si me interesa sólo hablar. De ciertas cosas. O hablar en general. Pienso mucho en este asunto de las relaciones de pareja. ¿Qué onda con eso, qué con eso? No entiendo. O sí entiendo que este ámbito está mucho más opinado y contaminado que otros. A mí, mi tono bajo, mi versión volando bajo, me favorece. ¿A quién no? Pobre el vínculo de pareja –que no necesariamente coincide con el amoroso–, tan car- gado que está. Lo más difícil es descubrir, desentrañar, qué de eso le sienta bien a uno, qué está a la medida de uno, y si no crear esa medida, inventarla, la (esa) propia medida. Una chica masculina, un hombre femenino, siempre me conmovió mucho la paleta de todas esas posibilidades, todos los grados entre esos dos opuestos complementarios, lo masculino, lo femenino. En algún momento quise ser hombre para salir con hombres a los que les gustaran los hombres, así que se trataba de los hombres con cierta femineidad; después estaba bien ser mujer y salir con mujeres a las que –a su vez– les gustaran las mujeres, y después también poder permitirse estar con o gustar de cierto tipo de hombres a los que les gustan cierto tipo de mujeres o toda esa vuelta. En algún momento de todo ese recorrido pensé que era necesario definirme, saber qué exactamente; pensaba en el concepto de identidad. Me preguntaba ¿seré esto o aquello? ¿Seré lesbiana o bisexual? ¿Seré una heterosexual reprimida, una lesbiana reprimida? ¿Una heterosexual curiosa que se hace la lesbiana? ¿Una lesbiana negadora que tiene miedo de definirse o aceptarse como lesbiana y entonces sigue saliendo con hombres y hace como que le gustan? ¿Pero y si le gustaran de verdad esos hombres eso significaría que las mujeres ya no? ¿Se anulan? Y la presexualidad, ¿existe? La gente suele decir que no se puede todo, que no te puede gustar todo. Yo misma me he encontrado diciendo cosas como "¿pero cómo, esa chica no era lesbiana?" o "¿pero ese chico no salía con chicos?" y así. Y cada vez que me encontraba soltando una frase de ese tipo volvía a lamentarme por la necedad, que creía haber sorteado ya. Yo qué sé, eso es más bien lo que respondo ahora, yo qué sé. ¿Y por qué iba a saber? ¿Para qué, para quién? ¿Saber qué? Ahora prefiero mantenerme entre al margen y atenta a las personas, gente que me gusta, que me llama la atención, a veces son hombres, otras es una mujer, quiero que ya no sea un tema de conversación, no quiero quedar fijada, no quiero ni necesito saber. Lourdes del catolicismo más duro se pasó a la militancia lésbica y está bien, me parece que es de verdad algo necesario la visibilidad. Pero yo no puedo evitar identificarme con los que no pueden saber. La perfección no es

posible más que en el instante.

–Vértigo para adentro, hacia adentro: vértigo interior. La cosa es que volaba, pero a diferencia de otras veces, de otros vuelos, volaba a gran altura y casi no tenía que bracear; no, de hecho no braceaba, más bien era un planeo impulsado por alguna corriente de viento, ¿no? Sostenido por el viento. Volaba a altura de rasca- cielos; no, mentira, en la primera parte no eran rascacielos sino edificios, pero no demasiado altos, de ocho pisos tal vez, pisos con balcones a la altura de la copa de los árboles, de los plátanos. Primero planeaba sobre una familia tipo: madre joven, padre joven, bebé, todos con linda energía, y el dato más importante era que todos iban vestidos de cien por ciento algodón. Después planeaba sobre una pareja de ancianos japoneses; él, el hombre, estaba sentado sobre una fuente de agua, sobre el chorro de una fuente, y desde ahí me miraba pasar y reía muy fuerte, llamaba a la mujer que salía corriendo a la calle a verme pasar y reía también, de algún modo la sensación era que me daban su bendición. Y ahí viene la última parada, ahora sí a altura de rascacielos. Vuelo tan alto que ya no hay árboles. Entro por una ventana, interrumpo mi vuelo. En esa ventanita hay niños, creo que una nena y un varón. Se sorprenden, no demasiado, me dejan pasar. Adentro me topo con la madre, una mujer tensa de pelo rubio y largo. Ella sí está sorprendida de verme ahí y no de la mejor manera. Me increpa, me insulta, me teme: teme que esté ahí para hacerles algo a sus hijos. Los niños, que me habían recibido muy bien, ahora no saben si temerme. Ella les está marcando el camino. Yo no me defiendo ni intento explicar nada. Retrocedo sobre mis pasos, salgo por la ven- tana y me tiro. Pero como fui expulsada no planeo ni levanto vuelo sino que caigo como peso muerto, presa de la gravedad. Pero al llegar al suelo, en lugar de impactar contra el piso y reventar, lo hundo, lo perforo y atravieso como si fuera papel. Cayendo de espaldas en ese otro lado, ahí ya no hay gravedad y la caída se suspende, junto con el mundo de color del que ahora sólo quedan retazos, jirones, hasta que ni eso. No tengo miedo, sé de qué se trata eso, es de donde vengo, es sólo una circunstancia más. Estoy en el sistema operativo. Y para volver a activar el otro, para con- jurar el mundo a color, tengo que tomar a otros de los brazos, otras personas, no sé quiénes son, están en el DOS como yo, nos tomamos de los brazos como en la primera línea de una manifestación y nos ponemos en marcha, lo más parecido a caminar en un mundo sin gravedad, avanzamos. Ese movimiento con- junto reanuda el troquelado, lo rearma, el color vuelve y el papel se reconstituye y vuelve a ser.

–Lindo.

–Intenso. Sí, no sé. Pa, ¿viste que al pino en la punta le crecieron cactus? ¿De dónde vinieron? No entiendo. ¿Vino una semilla de cactus volando? ¿Cómo fueron a parar ahí? Y aparte, ¿el cactus es parásito? ¿Hay cactus-orquídeas?

–No tengo idea, hija, no lo sé.

–Pero lo ves, ¿no?

–Sí, claro, cómo no lo voy a ver. Esta vista me la sé de memoria. Y sin embargo algo siempre cambia.

Poner el cuerpo, ¿a qué se refiere la gente cuando dice que alguien puso el cuerpo o que hay que poner el cuerpo? Me pregunto más bien cuándo no se pone el cuerpo o cuándo se lo depone.

El día que tuve que ir a buscar la medicación a la obra social; el día que hube de recorrer esas cuadras para ir a esa obra social a recoger la medicación, ¿por qué no me acompañó ninguno de mis hermanos? Probablemente ninguno pudiera en ese momento, y para ser sinceros no imaginé que acabaría siendo un momento tan significativo. Pensé que se trataría de un trámite, de algo que había que hacer. Y es cierto que en un punto se trataba de un trámite y de algo que había que hacer, que tenía que, que debía ser hecho. Pero seguramente no pensé que caminar esas cuadras, después de haber hecho todo lo posible por convencer a la empleada de la obra social para que bajara al sótano a fijarse si era seguro que no le habían quedado algunas cajas más del Mylotarg, tan raro, tan innovador, "pasa que esto es algo nuevo", me decía la farmacéutica pelirroja y pecosa de la obra social mientras miraba el monitor de su PC de plástico blanco ennegrecido por el uso y hacía que no con la cabeza, "no, pasa que esto es muy nuevo", insistía, y yo que ah, que qué pena porque me lo habían mandado a buscar para mi papá que de verdad lo necesita mucho y la chica que no con la cabeza, pero que igual se iba a ir a fijar; sin duda no había pensado que esas cuadras de regreso tendrían ese halo de trascendencia. Juani y Coco y las obras sociales y la puta que los parió, pienso mientras espero que vuelva la farmacéutica del sótano, negando con la cabeza, y demore el tratamiento de Mario un poco más. Se me representa entonces la frase "es una cuestión de vida y muerte", ¿o era "es una cuestión de vida o muerte" la frase? No sé cuál de las dos, pero las dos se me representan y me parecen apropiadas, vida y muerte, vida o muerte. Me imagino diciéndole a la empleada "es una cuestión de vida o muerte", para persuadirla, pero imagino también que me retrucaría

con un “como todo acá” o, peor, “ni que lo digas, con este Mylotarg, veneno ponzoñoso que me estás encargando, no hace ni falta que me lo expliques”. Pienso también, entonces, en lo institucionalizado de todo y en lo raro que es, para el sentido común, estar jugando acá, así, a la compraventa, con barra de atención al público y PC percudida mediante, “sí, qué tal, buen día, qué le puedo ofrecer”, y lo que en realidad pasa es que es un antídoto, en el mejor de los casos un antídoto, lo que se está mercantilizando, una suerte de pócima, carísima pócima, cuya composición ni mi padre ni yo vamos realmente a querer conocer.

Entonces recibo un llamado de Malena, siempre oportuna, que quiere saber por dónde ando porque está cerca del hospital y pensó que quizás nos podíamos cruzar, y yo que estoy cerca del hospital y que tengo ganas de verla y que me pase a buscar por ahí. Vuelve la pecosa pero, para mi sorpresa, no mueve la cabeza de derecha a izquierda sino que trae con gesto adusto una multitud de cajitas del veneno; no sonríe, eso la vuelve todavía más heroica, impertérrita. Sólo dice “quedaban algunas”, mientras acomoda las cajitas sobre el mostrador e ingresa algún dato haciendo traquetear el teclado de la computadora modelo ’95. Miro las cajitas de Mylotarg. No sabía que el veneno venía así. Claro, son dosis que después disuelven en el hospital para ponerlas en esas mielcitas gigantes que se hicieron famosas en las películas. A través de ellas a mi padre le transfundieron suero, plasma, sangre, químicos, Mylotarg. El plasma se extrae del cuerpo con tremenda violencia. A Juani y Coco les extrajeron plasma, a mí ni me preguntaron, apenas si me dejaron donar sangre y no sin advertirme que tenía que comer más porque estaba muy flaca. Para extraer el plasma te entuban a una doble máquina que filtra la sangre, se queda con el plasma y devuelve el resto al organismo; es una suerte de transfusión circular que lleva como tres horas. Yo no llegué a verlo, claro, pero me contaron y mis dos hermanos se mostraron bastante traumatizados después del evento. El plasma es casi amarillo y viscoso, como la grasa; al plasma sí lo pude ver, adentro de una de las mielcitas conectadas a papá, pendiendo de su árbol de Navidad de químicos, la coctelera. El plasma, a veces y bastante frecuentemente, genera una reacción alérgica y el paciente sufre convulsiones, chiripiorca llamó Mario a esa suerte de Touret colapsado, con todas las terminales nerviosas activadas al mismo tiempo, convirtiendo al cuerpo en una máquina fuera de control. La chiripiorca no pude verla por suerte, fue Mario el que me contó. Y Rosa un poco también, porque estaba de guardia y lo asistió en uno de sus episodios. A través de la anécdota me di cuenta sin embargo de que Mario, más

allá de la gracia del término, lo de la chiripiorca, realmente se había asustado con su cuerpo fuera de control. Como para no.

Veo aparecer a Malena detrás del vidrio. Qué alivio, es la imagen de la alegría y la salud en este contexto. Pienso que es una suerte que haya venido porque no me habría atrevido a llamarla; bah, no, atrevido no, más bien no se me habría ocurrido llamarla, así que estaba bien que apareciera, así, como quien no quiere la cosa o como quien la quiere un montón. Salgo a la calle con mi bolsa gigante llena de Mylotarg y me prendo al cuello de mi amiga mientras digo "boluda", con la u muy larga. Nos quedamos abrazadas un ratito, molestando a los transeúntes apurados en estos días festivos, con nuestra pose de cariño. Algo se me mueve en ese abrazo, siento cómo la compuerta cede, creo que podría empezar a llorar ahora si la compuerta cediera apenas unos centímetros más; la actitud de mi amiga me desarma un poco ahora y también me da dimensión, contextualiza el encuentro. Malena me ofrece cargar la bolsa pero no quiero, siento que soy yo la que tiene que atravesar la jungla, el bosque, el desierto o la tundra de espinas con el antídoto en mis manos, para que haga efecto, el Santo Grial colmado de agua bendita; soy yo el mensajero que habrá que matar o exonerar según cómo resulte la empresa, la faena; si fracasa o resulta exitosa. No es algo que se pueda delegar. Siento que todo el brazo izquierdo del que pende la bolsa plástica me vibra, con más potencia conforme se va acercando a la mano. Caminamos por la calle ajetreada de fin de año, Malena me lleva del otro brazo, vamos enganchadas. Hay miles de pesos en esa mano vibrante, eso no lo sé en ese momento, eso me lo van a confirmar después. De todos modos lo que hace vibrar esa bolsa plástica y esa mano ahora les hace sombra a esos miles. No me da miedo que me la quiten, porque parece una encomienda de bombitas de luz. Más bien no puedo creer que los demás no se den cuenta de que es un tesoro eso que cargo ahí esa tarde de fin de año, que pende de mi brazo izquierdo, de su terminación. "Es una cuestión de vida y muerte, de vida o muerte" se me reaparece; esta bolsa ahora lo es. Esta bolsa contiene la salvación, o no. Esta bolsa con- tiene el destino de Mario, de papá. Él, en su momento, dio de sí, hizo lo necesario para que la vida, esta, la mía, fuera posible, y ahora es mi turno, soy yo la que llevo en mi siniestra una potencial curación. Esa tarde, esas cuadras, la escisión es doble: por un lado están escindidos mi izquierda (botín) de mi derecha (amiga). Y la otra escisión es la de ese conjunto que formamos las dos del brazo, del fondo. Nosotras dos flotando, sobreimpresas en ese fondo, de otro color, de otro género, otro tenor; un fondo fuera de tono, que no viene al caso.

–¿Y cómo está tu viejo?

–Si lo ves, bien. Pero parece que está pésimo.

–¿Cómo pésimo?

–Sí. El otro día, dos días después de Navidad, me agarraron los dos de hematología, yo me estaba comiendo un pedazo de tarta ahí en la habitación de Mario y viene la médica esta y me saca con alguna excusa. Yo dejo la tarta y al final del pasillo nos está esperando el otro médico con cara de ojete, bah, cara de ojete tiene siempre pero sumale la de circunstancia, más tipo "tengo que finiquitar esto porque tengo otras ochocientas cosas más importantes que hacer" y ahí agarran y me dicen que lo del viejo va para atrás, que la quimioterapia no le hizo un carajo de efecto y que si no vamos por más, se muere seguro.

–¿Vos me estás jodiendo, te dijeron eso?

–Bueno, no me lo dijeron así directamente, me firuletearon un poco más, imaginate, pero en sí fue eso lo que me dijeron, sí. Ah, y apareció lo del cincuenta y cincuenta con este medicamento.

–No lo puedo creer.

–¿Y yo? Así que ahí nomás llamé a mis hermanos y les dije que se vinieran ya para el hospital a hacerme el aguante y a ver qué hacíamos, porque eso es algo que hay que autorizar, ¿viste? Esto. Son unos medicamentos medio conejillo de Indias.

–Boluda, me dejás helada, la última vez que lo vi estaba como en un spa.

–Ni me lo digas, y sigue igual. Eso es lo más increíble, te juro, es enloquecedor: unos desconocidos agarran y te dicen "este tipo está muy mal, tiene una enfermedad terminal" y vos lo mirás y decís "pero si es mi papá en bata" y no lo podés creer.

–Absolutamente virtual.

–Es eso, no lo podés creer, y eso es lo enloquecedor. Y después lo que le empezás a ver aparecer en el cuerpo, los achaques, son en realidad producto del tratamiento, no de la enfermedad en sí misma, ¿entendés? Es una locura.

–Una locura, yo no lo puedo creer, ¿cómo no me avisaste?

–No sé, fue anteayer esto, o al otro día, no sé, ya ni me acuerdo de los días pero no pude, no hice a tiempo y además creo que me parece tan terrible que ni quería hablar de eso.

–Boluda.

–¿Vos cómo andás?

–Ay, qué sé yo, ¿qué importa?

–No, sí, de verdad, quiero saber, si no esto se vuelve enajenante, ya bastante lo es.

–Y, acá, con mi nueva vida.

–Ah, ¿cómo va eso?

–Y a veces bien y a veces mal. Pero mejor que hace unos meses, eso seguro. Por momentos siento que volví a la adolescencia, por esto de vivir con gente otra vez, y por otros me siento como una señora que ya está de vuelta, un monje, que ya no espera nada más del amor.

–¿Un monje vos? Ay, por favor.

–¡Te lo juro! Ya no voy a coger más, voy a volver a ser virgen.

–¿En serio? Uh, avisame si te funciona.

–¿Y por casa cómo andamos? ¿De garchar ni hablar, no?

–Como garchar, no, ni hablar. Pero me gusta alguien.

–¡No!

–Bah, gusta… Me llama la atención.

–Sí, sí, sí, es la compensación natural: yo me paso al celibato y vos vas a empezar a coger, es una cuestión de equilibrio.

–Qué pelotuda que sos.

–¿Y quién es la o el afortunado?

–La.

–Ajá.

–Se llama Rosa.

–Ok.

–Y trabaja en el hospital.

–Qué hija de puta, te enamoraste de una enfermera de tu viejo.

–No me enamoré y no es una enfermera de mi viejo, son enfermeras de turno, van cambiando. Aparte ahora ya no es más porque lo cambiaron de sección. Ahora lo pusieron enfrente a una puerta que dice “Trasplantes”, ¿qué te parece? Suerte que él no lo vio por- que lo entraron en silla de ruedas y por ahora no volvió a salir.

–Pará un poco con la acidez y contame de Rosa… ¿Gay?

–Sospecho que no, capaz que paqui incluso.

–Pará, boluda, ¿por qué?

–No sé, de Corrientes, enfermera…

–¿Qué tiene de Corrientes, enfermera? Los mismos datos me dan re torta también.

–Es que por un lado puede re ser y por otro no sé.

–Como vos. Oíme, ¿y te da bola?

–No sé.

–Ay, por dios, me matás. Creo que andás necesitando que te haga un coucheo.

–Un coucheo de la vida, decís.

–Sí, eso. Ahora que soy célibe y vi derrumbarse mi última oportunidad de triunfar en el modelo de la pareja heterosexual puesta a convivir, me siento capacitada como para couchearte integralmente. ¿Por dónde querés empezar?

–Por ningún lado.

–Necesito verla para darte mi opinión.

–Ahora vemos si nos la cruzamos. Igual, dejame que te cuente y me decís qué pensás.

–Excelente.

–Pero primero acompañame a dejar el tesoro en el hospital, que si

lo extravío mi papá pierde el cincuenta por ciento que le quedaba.

–Forra.

Cuestión que el otro día estoy desayunando en el parque del hospital, bah, desayunando, tomando un café mientras le hacen el cuarto al viejo. La noche anterior fue toda esta secuencia que termina con la invitación al paso a ver una película. Bueno, no va que estoy ahí en el jardín pensando en cualquier cosa, mirando a los gatos del hospital que siempre ofrecen algún showcito. En eso la veo a Rosa salir del otro pabellón medio rápido, apurada, acomodándose el peinado, achatándose el pelo con las manos. La veo y me agarran nervios, pienso qué hacer, si hacerme la que no la vi o al contrario, entrar en su camino o por lo menos campo de visión. Pero mientras dudo, corre detrás de ella otro pibe, un chabón, de ambo verde, que no vi nunca o en el que no reparé quizá; la corre y la agarra del brazo y la hace detenerse. Me doy cuenta de que estoy viendo algo que no debería pero bueno, yo estaba ahí primero y además es un lugar público. Igual ellos están lejos y demasiado concentrados en lo suyo. Y aparte, como trabajadores de planta, no se interesan mucho por nosotros, los visitantes. Somos los ocasionales, parte del paisaje, en todo sentido. Rosa para y hablan un poco, ella está nerviosa, mira el piso mientras habla, hace que no con la cabeza. Ahora se calla y el que habla es él. Se nota que le está explicando algo, él a ella, o que más bien le está dando explicaciones, que no es lo mismo. Hay algo pusilánime en él, o más bien en su modo de disculparse. Estoy lejos pero no lo suficiente como para creerle. Yo, desde donde estoy, no le creo nada, y todo hace pensar que Rosa tampoco porque sigue con la cabeza gacha y negante. Él le busca la mirada con la cabeza, poniéndola a la altura de la cara de ella pero ella se la esquiva, se la niega, se ladea. Finalmente él parece cansarse u ofenderse o por lo menos darse por vencido y vuelve por el caminito por el que salió, hacia el pabellón, dejando caer la puerta, que da un golpe al cerrarse. Rosa queda ahí, petrificada. Yo también estoy que no me muevo, escondida detrás del vaso térmico, preguntándome si, como el gato, debería impulsarme hasta ella y hacerme visible. Pero hay algo más allá de la situación voyeurista que me paraliza, y es recién en ese momento que me doy cuenta de qué es: Rosa no lleva ambo sino que tiene puesta su ropa, ropa de calle, de civil. De civil, qué horror, así decían en el colegio cuando podíamos ir sin el uniforme, se decía que podíamos ir de civil, como si se tratara de una guerra, o por lo menos

de otro disfraz. Y ahí caigo en la cuenta de que es la pri- mera vez que veo a Rosa de ella misma. No sé muy bien qué pienso primero. Lo que tiene puesto es un solero, un solero de tela sintética con motivos geométricos que le queda rarísimo y le marca el culo, otra vez, de un modo inquietante. En los pies lleva unas sandalias con muy poquito taco y una cartera con un saquito colgando. El solero es en colores cálidos; naranja, amarillo, rojito, algo de violeta también, en algún rombo. Se le ven los brazos, ex- puestos, la parte de los músculos, tiene grande esa parte, fornida, pero eso recién lo veo cuando estoy más cerca. Antes de llegar junto a ella, todavía veo que busca su celular en la cartera, con nerviosismo, lo encuentra y empieza a escribir, de pie en el mismo lugar. Reduzco mi desayuno a la bolsita y cruzo el jardín por el pasto para llegar hasta allá más rápido, como el gato niño, sí. No me ve venir, no quiero asustarla, así que le chisto a unos metros, me hago la que vengo oronda, muy tranquila. También aprovecho para hacerme la intuitiva. Le digo "buen día, Rosa, ¿andás bien?". Ella se sorprende mucho, desde que reaccionó al chistido que no se le va la cara de azoro, así que le digo también "uy, perdón, te asusté". Ahí ella me dice que no mientras guarda el celular en el bolso; sospecho que no terminó de escribir el mensaje pero no es asunto mío y me dice que no pero que estaba pensando en otra cosa. Le vuelvo a preguntar si está bien y ella insiste con el sí. Entonces le pregunto si se va de paseo al mismo tiempo que ella me pregunta cómo está mi papá. Ambas preguntas se pisan pero se hacen audibles. Me apuro a responder que bien, que durmió bien y que está de buen humor, "bah, como siempre", le digo, y ella se ríe. La hago reír y recién entonces se relaja y a mí haberla hecho reír me da una alegría tremenda, descubro. Me dice que no, que de paseo no va pero que tiene libre hasta la tarde y que quería ver si conseguía unas cosas. Ahí me pregunta, pero es más una afirmación que una pregunta: "Vos acá todavía", me dice. Asiento como una boba y a ella le suena el celular. Me pide disculpas, lo saca de la cartera, lo mira, le cambia la cara, rechaza la llamada, vuelve a meter el celular en la cartera, con bronca. Y entonces, superpuesto al movimiento, me pregunta si la quiero acompañar. Miro en dirección a la ventana de mi papá, pienso unos segundos, me digo que no es mi hijo, ni siquiera un niño, y que yo ya no lo soy tampoco como para andar avisando cada cosa. Le digo que bueno, que sí, que así de paso camino un poco, agrego, como para justificar.

Salimos por la puerta de Juncal; ella emprende, yo la sigo. La sigo a una distancia prudencial, casi como si no camináramos juntas. Nadie me dijo nada, nadie me hizo esa sugerencia pero por alguna razón

asumo que no debe ser tan normal ver salir a alguien de planta con la hija de un paciente y me mantengo a unos metros de ella, como para que ni el guardia que la saluda en la puerta nos pueda asociar. Se ve que algo de esto debe ser apropiado también porque Rosa camina derecho sin mirar para atrás, a unos metros de distancia, y recién doblando en la esquina de Pueyrredón, unos metros más adelante, vuelve a reparar en mí. En esa media cuadra que recorremos a distancia prudencial oigo que le vuelve a sonar el celular, que lo saca de la cartera, que lo mira, que esta vez lo apaga y lo tira adentro de la cartera, con desdén. Entonces ralenta el paso y me pregunta si quiero que me lleve a una parte de la biblioteca que le gusta, me pregunta también si sé que le dicen "el hongo", le respondo que creo haberlo escuchado alguna vez y que dale, que hace mucho que no paso por ahí. Caminamos esas cuadras hablando poco, Rosa me pregunta por mi familia, le cuento de mis hermanos, me pregunta con delicadeza si hay una mamá, le explico lo de la separación e intento pintarle, en pocas palabras, el retrato de mi madre; que mi padre siempre fue de algún modo el nexo familiar. Y que después de la separación prácticamente no compartí con mi madre mucho más que alguna fiesta o un cumpleaños, que ella era una profesional muy ocupada y exigente que en definitiva y por lo que habían demostrado los hechos no se había copado tanto con la maternidad, y no porque tener una profesión y ser madre fuera incompatible en sí sino porque esta profesional en particular no se había copado nada con maternar. Así que eso. Y que ni siquiera ahora de adulta había podido establecer un vínculo con ella, que somos muy distintas, que mi madre era una suerte de robot que, por ejemplo, todavía no había venido a visitar a papá. Rosa se explaya un poco entonces en lo difícil que es para las familias afrontar y atravesar estas situaciones, que se ve de todo en el hospital, que cada uno reacciona como puede y que es muy difícil juzgar, que ella en un punto entiende un poco el instinto de supervivencia del que no quiere vincularse con un enfermo, del que no lo puede ver; que no es tan raro lo que le cuento de mi madre, que no haya aparecido por el hospital, que sólo a eso se refiere, que lo demás es otra cosa y que no quiere opinar. Que la hago extrañar a su mamá y a sus hermanos con lo que le cuento, que no ve la hora de ir a visitarlos.

Entramos a la biblioteca por el lado de Las Heras, el del jardín, lo atravesamos, subimos por la rampa de la derecha, pasamos por delante de la puerta de acceso, damos la vuelta al cuerpo del edificio y vamos a dar del otro lado. Nunca había estado en esta parte de la explanada, no le conocía este perfil. Rosa dice que le gusta venir de

este lado porque nunca hay nadie.

–O sea que siempre hay nadie.

–¿Cómo?

–Decís que nunca hay nadie, doble negación; si nunca hay nadie es que siempre hay alguien, pero en realidad lo que querés decir es que no suele haber gente, así que deberías haber dicho que nunca hay gente, ¿o no?

–No sé, puede ser.

–Entonces sería nunca hay alguien, ¿pero es más feo así, no?

–Horrible. Nunca hay nadie es mucho más lindo, me quedo con ese.

–Yo también.

–Cómo te gusta jugar. Lo que tampoco viene mucho por acá es el jardinero…

–No, ¿no? Tampoco nadie nunca. Pero quedan bien esos pastos largos… ¿o no?

–Sí, a mí me gusta. Parece abandonado en medio de la ciudad.

Y ahí miramos, miramos las cosas: el hongo que es la biblioteca, la fachada de los edificios para el lado de Las Heras, el puerto hacia el fondo para el lado opuesto, ¿el norte, el noreste?, las lámparas globo de la explanada, el desnivel, el abismo hacia el lado de Austria, la barranca de Austria, la grandeza de los árboles sobre Austria y este gomero, cuya copa da acá, a esta explanada, en la que estamos

nosotras, nosotras que ahora miramos todo esto, nosotras, que podemos mirar.

–Hoy a la mañana se me ocurrió una frase. Bah, un chiste en realidad. Nunca invento chistes, pero hoy se me ocurrió uno.

–A ver…

–No sé si es un chiste, en realidad es como una frase hecha.

–¿Cómo es?

–Sería como para decirlo en una comparación.

–¡Dale!

–Bueno, es como si dijeras de alguien… Decís: "Este tiene más cara de orto que pariente en terapia intensiva". O no, esperá, era "que pariente en sala de espera de terapia intensiva".

–Uh.

–No es muy bueno, ¿no?

–Y, es un poco duro.

–Sí, no sé, se me vino eso, perdón, no es muy gracioso.

–Igual sí, un poco gracioso es.

Y tiene entonces un arrebato: corre su culo apenas, rápido, se me acerca y me abraza fuerte. Desprevenida, me resigno al abrazo después de asustarme por lo inesperado del movimiento, pero sobre

todo de la intención, y me quedo ahí tiesa, atenazada entre los brazos de Rosita. Rosa huele un poco a sudor, pero muy poquito y agradable y otro poco a perfume combinado con ese sudor y otro poco a sustancias de hospital; un poco huele a sala de es- pera, hay que decir. Y si bien habría dado mucho por este abrazo unos días atrás, ahora no hay nada que pueda hacer: mi chiste y lo inesperado del abrazo, entre algunas cosas más que no sé si detecto, me paralizan por completo.

–¿No estás muy cómoda, no?

–No, no tanto. Pero Rosa no cede y está bien.

–Es lógico.

–¿Qué es lógico?

–Que no puedas recibirlo.

–¿Por qué es lógico?

–¿Querés que te suelte?

–No.

–Pero estás tensa.

–Sí, pero no me sueltes. Quizá me relaje.

–¿Puedo hablarte desde acá?

–Sí, claro.

–Ahora no sé qué decirte.

–A mí se me ocurre algo.

Mis brazos quedaron cruzados a la altura de las costillas, en la misma posición en la que me sorprendió el abrazo. Mi cabeza está levemente inclinada hacia adelante y mi espalda encerrada. Me rodean los brazos de Rosa; uno, el derecho, envuelve la parte superior de mis brazos mientras que el izquierdo cubre mi espalda. Sobre una parte de la curva que forma mi espalda reposa la cabeza de Rosa, y es desde ahí que habla y oye. Cuando habla, la vibración de su voz me llega directamente a través de la espalda, entra antes el movimiento, la vibración, que el sonido de la voz.

–Hace un rato en el hall de espera de Trasplantes estaba mirando la televisión y pasaron una publicidad de H2O, muy de verano. ¿Viste que ponen el volumen bajito? Creo que no está en silencio, porque si te sentás debajo algo escuchás, pero está bajísimo. Bueno, y yo tenía la vista fija en el televisor y no podía parar de mirar y pasaron una publicidad de H2O, muy del mundo de los vivos. O sea, imaginate que si estás en posición de elegir entre una H2O u otra agua saborizada o finamente gasificada, si podés elegir el tenor del gas, es porque todo está tan absolutamente resuelto en tu vida o porque estás muerto, muerto en vida, no sé si entendés lo que digo, bah, ni sé si yo entiendo lo que quiero decir, pero algo raro se me armó con todos esos estadios o posibilidades, la convivencia de todos esos nosotros: los que estaban ahí, en la pantalla, vendiendo ese producto, los que estarían en un quiosco decidiéndose por una u otra gasificación, nosotros, ahí, mirando la tele, testigos del momento transicional de alguien cercano y ellos, del otro lado de la puerta, del otro lado de la pared que sostiene el televisor en esa suerte de limbo químico, peleándola; pensé en todos nosotros y en qué era más vida que qué. ¿No estoy más relajada, no?

–No mucho. ¿Te suelto?

–Dale. Perdón.

Nos quedamos un rato más en silencio, mientras se levanta una ventisca agradable. Rosa me dice que no le queda tanto tiempo y que tiene que ir a hacer un trámite, que debería ir yendo; me ofrezco a acompañarla, volvemos por donde vinimos, para el lado de Las Heras. Un poco más adelante, sobre Pueyrredón, Rosa para en un quiosco y entra a comprar una Coca. Yo la espero en la vereda, más cerca del cordón. Rosa sale abriendo la Coca, toma un trago, se le ponen los ojos rojos del gas, me ofrece, tomo un trago, se la devuelvo, me mira. Empezamos a caminar, en silencio, pero antes de llegar a la esquina, de repente, de la nada para mí, arremete sin más.

–¿Vos tenés novio?

–No.

–¿Y te gusto un poco, no?

–Eh… Bueno, sí. ¿Tan obvia soy?

–No, pero me di cuenta. A mí no me gustan las mujeres pero si me gustaran te daría una chance.

–¿Ah, sí? ¿A qué viene esto?

–¿Por qué? No es nada personal, sólo que no me gustan las mujeres.

–Eso es personal. Yo no soy las mujeres, soy Andrea. Igual no te preocupes, no te voy a abordar.

–No, no me preocupo. Me caés bien.

–Vos también me caías bien, hasta recién.

–¡Ay, qué mala! ¿Por qué me decís así?

–Porque me hiciste una movida fea, me hiciste confesar primero y después te defendiste. A mí tampoco me gustan las mujeres. Me gustan algunas mujeres y algunos hombres. Y vos me gustabas hasta que te pusiste a la defensiva.

–Ay, no me digas así…

–No te tiene que molestar, si ni siquiera me conocés.

–Por eso.

–Che, Rosa, perdón, pero me parece que me voy a volver yo.

–Ay, no, por favor no seas mala, no te quise ofender.

–No, no estoy ofendida, pero se me fueron las ganas de pasear.

–Ay, no, por favor, perdoname, no estoy bien.

Rosa se frena de repente, se me pone adelante y me apretuja. Su intención debe ser la de abrazarme pero el movimiento es brusco y torpe y voy a parar, sin habérmelo propuesto, al pecho en vestido de mi compañera. Estoy enojada, o por lo menos dolida. Qué manía esta la de abrazar. La situación no había tomado para nada el rumbo que hubiera querido. No por el abrazo –claro, al contrario, no me hubiese imaginado encontrarme en los brazos de la rubia tan pronto otra vez–, pero no habría querido que fuese de ese modo, un abrazo de disculpa, de consuelo. Así y todo el olor de la piel de Rosa es bueno, huele a verano ahora, algo de la tela sintética sobre la piel también, ese roce, el olor de ese roce, algo de todo eso está bien. Mientras me estruja me dice “perdón perdón perdón, tengo un día fatal, perdón” y yo le digo que no me pida perdón, y ella que hasta que no la perdone no me

suelta.

–No tengo nada que perdonarte, apenas nos conocemos.

–Entonces podemos estar así todo el día, porque si no me perdonás no te voy a soltar.

Hay que decir que como castigo me parece uno bastante afrontable. Le digo que bueno.

–¿Bueno qué, que me perdonás o que nos quedamos así?

–Que nos quedamos así.

–Ah, qué viva que sos.

–Ah, ¿viste? Vos misma te metiste en este brete. Ahora tenés a la torta horrible apoyada sobre tus tetas.

Rosa me suelta violentamente.

–Ay, qué bruta que sos, vos sí que sabés cómo herir.

–¿Yo?

–Sí. –No me des vuelta la situación, ahora lo único que falta es que tenga que pedirte disculpas yo a vos.

–¿Por qué me decís así?

–No, por nada. Chau, Rosa, me vuelvo al hospital, perdón. Yo tampoco tengo un buen día, nos vemos por ahí. Charlamos tranquilas

en otro momento, ahora como que ya está trabado todo.

–Bueno, dale.

Y mientras me alejo con ese nudo en la garganta, Rosa todavía alcanza a gritarme "perdoname". Me doy vuelta una vez más y muy a mi pesar la imagen me desarma: veo a Rosita de pie en medio de la vereda, con las piernas demasiado separadas, en una posición que desmiente tanto el solero como los taquitos, una arquera de hockey faraónica, colosal. Me doy cuenta también en esos segundos, en esa mirada, de que ella realmente lo lamenta, y eso me frunce un poco más el nudo, me lo ajusta. Percibo también que hay algo que desentona, veo que es el saquito de Rosa que fue a parar al piso. Sin dudar ni detenerme se lo señalo, a la distancia; Rosa mira, lo ve, lo recoge y después ya no veo más porque vuelvo a mirar hacia adelante para seguir con mi camino y contener las lágrimas en las que el nudo procura disolverse. Qué estúpida, qué estúpida, qué estúpida, qué humillación, cómo pude pensar si- quiera por un segundo que podía tratarse de algo, qué idiota, cómo respondí que sí al "¿te gusto?" tan espontáneamente. ¿No aprendí nada? Paso por un basurero y tiro adentro lo que queda de mi desayuno y el tacho se ve que no tiene fondo porque los restos siguen de largo y van a parar a la vereda, ¿qué tal? Mejor me vuelvo rápido al silencio y el fuera del tiempo del hospital, que el mundo de este lado se ha vuelto muy hostil.

Ese sábado no la veo más, supongo que tiene franco. Lloro un rato en el jardín y espero a que se me pase para ir a ver a mi papá. El viejo duerme casi todo el día, está muy cansado. A mí me viene bien porque no tengo ganas de hablar. Miramos la televisión. A la tarde paso por casa a cambiarme y pienso en salir un rato a dar una vuelta o a tomar algo. Llamo a Malena para ver qué hace pero ya tiene plan y se me van las ganas de salir. Pienso en ver una película y digo bueno, si voy a ver una película, para eso vuelvo al hospital y la veo con el viejo. Me llevo la computadora. Entro al hospital sin miedo porque sé que no va a estar Rosa. Pero cuando llego a la habitación de Mario, que ya terminó de cenar, me dice "adiviná quién anduvo por acá" y a mí se me frunce el estómago. Me dice que vino de vestido y que preguntó si yo volvía y que él le dijo que no sabía y que ella se fue. Y agrega "esa". "Esa", me dice mi papá. Todo una confusión enorme, me digo. Vuelvo a aclararle que no me gusta y él me dice "estaba

muy linda sin el ambo. Y de verdad parecía con ganas de verte, bah, hasta te diría que se puso triste cuando le dije que no sabía si volvías".

Cambio de tema con que traje Time Indefinite, que todavía no vi y que parece un buen plan para el hospital y para compartir. Acerco una silla a la cama de papá, ponemos la computadora sobre la mesa rodante de comer, lo ayudo a sentarse un poco más erguido y se larga la proyección. Primero nos reímos, con toda la primera parte, la de la reunión familiar y el anuncio del casamiento. Estoy entusiasmada y quiero que a mi papá le encante, que se entusiasme igual que yo, no lo noto demasiado excitado, lo miro de reojo y veo que los ojos se le cierran, que se queda dormido. Pienso que bueno, que no es poco quedarse dormido en una situación así, que debería sentirme halagada por poder velar su sueño, el sueño de mi papá. La película avanza y, como toda pieza sobre la vida, esta también empieza a inclinar su balanza hacia el lado de la muerte. De repente el padre del protagonista-narrador muere y no puedo creer que sea otra película acerca de la muerte del padre y me maldigo por lo estúpido o apropiado de mi elección, lo estúpidamente apropiado. A partir de ahí, un compendio: la amiga que perdió a su marido en el incendio de su casa que prendió fuego él mismo, consigo adentro; esa misma mujer que pasea la caja de cartón que contiene las cenizas del suicida, ella llora y reniega; la imagen de una foto de un cáncer de mama abominable que dura, dura y dura. Mientras el cáncer, que es como una constelación de tubos, de texturas, una porquería, en fin, quieta, quieta y quieta en su atrocidad, para impactar, miro a papá casi todo el tiempo, no vaya a ser cosa que justo se le ocurra despertar. Pero por suerte respira acompasadamente, como desde otro lugar. En eso siento unos golpecitos en la puerta. Me seco las lágrimas porque no quiero que la enfermera de turno me vea así. Pero no entra nadie y vuelvo a escuchar los nudillos. Me levanto y voy a la puerta. Abro y ahí está Rosa, de cuerpo entero, que se sorprende y entusiasma al verme, mientras dice "qué suerte". Y dice que se siente mal por lo que pasó y que ya está mucho mejor, no por lo que pasó, pero que tuvo una mañana muy difícil y que se siente terriblemente mal por lo que me dijo. Ya no va de solero, se puso ropa más de noche, un saquito, un jean. Le pregunto qué hace en el hospital todavía y ella que vive acá y que vino a cambiarse y que además me quería agarrar a mí porque se había quedado muy mal. Le digo que yo estoy bien, que estoy viendo una película con mi papá. Miramos para adentro las dos y vemos a Mario dormir iluminado por los colores de la película. "Qué dulce es", dice Rosa y lo pega con que me quiere invitar al cine.

Le digo “pero estoy mirando una película con mi papá” y ella me mira con cara de si me querés decir que no, decime que no directamente, y tiene razón. Me pregunto si es por orgullo que ahora me estoy negando y concluyo que un poco puede ser. Otro poco no tengo nada que hacer y no me parece mal plan. Le digo que bueno pero que la película la elijo yo y a ella le parece bien. Me dice entonces que nos encontremos en cinco minutos en la puerta de Juncal, la misma por la que salimos hoy y le digo que dale, que ahora salgo y ella se va. Me acerco a la cama, apago la computadora, beso a mi papá a través de la sábana, él se mueve sin despertar, le digo que vuelvo en un rato. Salgo, como toda visita, por Pueyrredón, y pego la vuelta. Rosa tarda un rato más en salir por el portón y cuando lo hace otra vez está un poco rara, inquieta, distinta a la de la puerta de la habitación. Le pregunto si pasó algo y me dice que no pero que hay un tarado de Ambulancias que le está rompiendo las bolas. Le pregunto si es el mismo de la mañana y me mira raro y me dice “y vos cómo sabés”. Le explico entonces que yo también estaba en el parque y que la vi de lejos, nada del otro mundo. Tarda unos segundos en asimilar la información y dice que sí, que es ese, que es un tarado y que cambiemos de tema porque ni vale la pena hablar de él. Se recompone y me pregunta adónde vamos. Le propongo ir al Atlas Santa Fe, que queda cerca y no es shopping, para evitar esa cola gusano que da claustrofobia y porque además dan la película que quiero ver. Me dice que ese cine no lo conoce pero que por ella está bien y que qué vamos a ver. Le digo que es la última de Lynch y me dice que no sabe quién es; le pregunto si vio la serie de ¿quién mató a Laura Palmer? y me dice que sí y le digo que es ese, que es el mismo director y a ella le parece bien. “Ah, qué bueno”, dice. Le cuento que igual esta es un poco distinta, me pregunta si es de miedo también, le digo que sí y que de bastante miedo pero que no llega a ser de terror, o que sí, pero no en el sentido tradicional del terror, de ver sangre y partes internas del cuerpo, que de eso no es, que eso no lo tolero yo. Ella me dice entonces que a ella sí que le gusta el terror, que no le da miedo, que más bien le causa gracia y yo le digo que mejor, que esta película igual es algo así como el erotismo del miedo, si el terror fuera el porno. Rosa se ríe mientras dice “¡a mí me gusta el porno, el cliché de la enfermera!”, y nos reímos.

–Contame de dónde sos.

–De Corrientes capital.

–Sí, eso sabía.

–Eso.

–¿Eso nada más?

–¿Qué querés que te cuente?

–Cómo es, particularidades…

–A ver, ¿qué te puedo contar? No tiene nada de especial, no es muy grande, hay casas bajas, hace mucho calor, mucha humedad todo el tiempo, tiene la costanera que es lindo, el río, ¿viste? Hay playa y tenés el puente, que eso capaz que es lo más lindo de ver, el puente ese, cuando se pone el sol, o siempre, el puente ese creo que es lo que más me gusta.

–¿Cuál es el río?

–El Paraná.

–Claro, llega hasta allá arriba…

–Sí y más también.

–Es un lindo río ese.

–¿Conocés?

–No, Corrientes no conozco pero fui a Santa Fe una vez, y a Paraná. Y a Rosario.

–Ah, claro. Es lindo Rosario.

–Sí. Y qué loco porque acá es como si no estuviéramos sobre el río y sin embargo estamos rodeados de agua, casi es como una punta Buenos Aires.

–Ay, sí, yo al principio no me acostumbraba nada; bah, como que todavía no me acostumbré pero al principio peor, como que me asfixiaba, porque yo me crié con la presencia del río, ¿viste? No había un solo día que no lo veía. Bah, capaz que algún día debe haber

habido, pero una semana no. Y cuando primero me vine para acá como que me sentía tierra adentro todo el tiempo y eso me daba la sensación de no poder respirar, de asfixia. Y un día le dije a una compañera y nos fuimos para la costanera un domingo, nos hicimos la excursión, pero nos fuimos para la Costanera Sur y fue caminar y caminar hasta llegar hasta lo que creíamos que iba a ser la orilla, porque estaba el paseo y las glorietas y nada, había un canal de agua podrida que ni se movía y del otro lado yuyos y juncos. Te juro que me entraron unas ganas de llorar.

–Claro, porque ahí viene la reserva, hay que atravesar la reserva para llegar a río abierto.

–Sí y no es lo mismo porque ahí el río después parece mar, no es lo mismo, es otra sensación. Ay, me hiciste recordar ese momento, no sabés lo triste que andaba en esa época, se me cerraba el pecho, acá en el hotel, en el hospital, qué tonta, cada dos por tres le digo hotel, y en la ciudad en sí, me agarraba una tristeza, un ahogo te digo.

–Como Heidi con los pancitos.

–¿Cómo?

–¿No veías Heidi el dibujito animado, la versión japonesa?

–Ah, sí, pero no me acuerdo mucho, ¿qué pasaba con los pancitos?

–No, en realidad no era lo de los pancitos. Lo que pasa es que ella se había criado con el abuelo en la montaña, ¿viste? Saliendo con Pedro a las praderas todos los días, descalza en verano subía a la montaña y de repente en un momento se la llevan a vivir a la ciudad, a Salzburgo o Viena, no sé cuál era, por una decisión de adultos, algo que la excede, algo que deciden por ella, para que se eduque, creo, para que no sea una salvaje y ella, claro, se ahoga en la ciudad, como vos. Entonces se para sobre la ventana y mira las montañas, que se ven allá a lo lejos, y las añora, es tristísimo.

–¿Y qué es lo de los panes?

–Ah, no, porque la abuela de Pedro no tiene dientes y entonces sólo puede comer pancitos y como Heidi la extraña mucho y son pobres y sólo piensa en volver, cada noche se lleva un pancito de la cena en su delantal y los mete en el armario, para llevárselos a la abuelita cuando vuelva a la montaña.

–Qué triste.

–Es demoledor, sí. ¿Y tu familia está en Corrientes?

–Sí, todos.

–Ah, ¿no se vino ninguno?

–No, la que me sigue no quiere irse y los otros son muy chicos todavía, yo soy la primera. Y yo porque me aceptaron acá, si no capaz que ni venía… Aunque sí, creo que me las habría arreglado para venir igual.

–¿Y viven todos en la misma casa?

–Mi mamá y mis hermanitos sí. Después mi viejo tiene su casa. Están separados ellos. Mi papá vive con su novia.

–Pero en Corrientes también.

–Sí, un poco más afuera pero ahí nomás, sí.

–¿Y no tenés novio, entonces?

–No.

–¿Y quién era el pibe del conflicto de hoy?

–¿Qué pibe del conflicto? Ah, el de la mañana. Iván.

–¿Iván se llama?

–Sí. Nadie, es un tarado.

–¿Te acosa?

–¿Él? ¡Ojalá! ¡A él hay que acosarlo para que te hable…!

–Ah, no, porque hoy parecía como que lo esquivabas.

–¿Parecía eso? Qué suerte… No, eso es porque ya no puedo más, porque quiere que seamos amigos o que lo trate bien, no sé, yo no quiero saber más nada con él, yo le di todo, yo no quiero ser su amiga; bah, no podría.

–¿Pero vos lo dejaste?

–No. Bah, yo tomé el impulso pero el que no me agarraba era él.

–¿Cómo que no te agarraba?

–No, digo, que él no quería estar conmigo, y hacía todo para que yo me diera cuenta, pero yo no me quería dar por enterada.

–Qué feo.

–Sí, qué sé yo, un tiempo no fue feo. Un tiempo fue hermoso. Por eso me enamoré también, pero después empezó a fantasmear y yo no quise darme cuenta, y cada vez más y cada vez más hasta que ya casi era nada, una fotocopia, y yo me seguía conformando.

–Estabas enamorada.

–Sí, no sé, a esa altura ya estaba más ciega o necia que enamorada. ¿Uno puede enamorarse solo, quiero decir, sin correspondencia?

–No sé, en teoría diría que no, pero después pasa todo el tiempo. Más que la correspondencia, diría incluso. Por ahí hay correspondencia en un momento y después se suspende pero uno de los dos queda enganchado, eso sería lo que te pasó a vos, digamos.

–Sí, no sé. Yo por mí seguiría enamorada, de hecho creo que siempre lo voy a estar un poco porque es un pibe increíble. No sé si para novio pero es increíble.

–Ah, sí, ¿por qué tanto?

–No sé si puedo explicarte, es como de otro mundo. Eso es lo bueno y lo malo. Tan de otro mundo que al final te deja sola.

–¿Desconsiderado?

–No podría decir eso. Por momentos sentía que sí, pero al mismo tiempo no porque es muy cariñoso a su modo… Es todo lo más alejado del sentido común que puedas imaginarte.

–Ah. ¿Y eso no es bueno?

–No sé, depende para quién. A mí me aniquiló. No pude más. Bah, o él no quiso conmigo otra cosa. Un poco de todo eso junto, supongo.
–Creo que entiendo… no sé.

–Igual hubo otra cosa más, pero no importa.

–¿No me querés contar?

–Otro día.

–Bueno. A mí ya se me pasó. Así que podés estar tranquila.

–¿Qué se te pasó?

–La cosa con vos.

–¿Tan rápido? Me hacés sentir mal.

–No, tonta, no es por algo que no tengas, es lo que estamos diciendo mismo. Es raro que algo así empiece a fluir si no es recíproco.

–Bueno, algo recíproco es, te invité al cine.

–Sí, pero no te gusto, no te gustan las chicas, o no te gusto yo por lo menos, eso seguro, eso lo siento.

–Te juro que si me gustaran las mujeres te elegiría.

–¿Me elegirías? Qué tierna. Bueno, pero no hace falta, está bien así para mí, mejor, más relajado.

–Sos bastante personaje vos.

–¿Personaje? Qué horror.

¿Cómo se hace, por ejemplo, para soportar eso que llaman amor, el de la pareja? La única vez que me entregué a eso de verdad, sin pasado ni especulación, fue la primera porque, claro, no sabía de qué se trataba. Y ya entonces la presencia, la proximidad de ese otro me hacía tanto daño, por mucho o por muy poco; si me abismaba en ese otro arrobada por el encuentro enseguida sentía ese aguijón, el de entender que de todos modos se trata de dos cuerpos y nunca de uno solo y que el pasado de ese otro cuerpo nunca se va a poder poseer incluso si sí se pudiera compartir hasta ese grado el presente. Así que dolor, y del punzante y entonces a partir de ahí ya nunca intentar ese tipo de unión sino más bien la compañía, estar en cercanía de alguien,

en proximidad, pero ya nunca poder pretender ser uno y el mismo. Y eso, dolor. Porque ni bien vuelve a aparecer alguien con el que algo o mucho se pone en juego, la puntada está ahí aguardando: ganas de empujar por el precipicio a aquel que de golpe se presenta como imprescindible en una vida que no lo necesitaba hasta entonces, y cuya misión de ahí en adelante no va a ser otra que la de asolar. ¿Así opera el amor?

–¿Y vos qué pensás hacer?

–¿En qué sentido?

–De tu vida, Trapo, ¿en qué sentido va a ser?

–Ah, ¿vamos a tener ese tipo de charla?

–Ninguna charla, es una pregunta muy concreta.

–Bueno, a esa pregunta tan concreta te digo que no pienso nada. Me preguntás qué pienso hacer, te digo que no estoy pensando.

–Che, no empiecen.

–No, pero esta pendeja tiene muy mal humor. Tenés un carácter de mierda, boluda.

–Fijate que casi que te lo dedico, así que sentite afortunado. Tenés el don de sacar lo peor de mí.

–Te estoy hablando bien, Trapo, mirá lo que estás haciendo, durmiendo con el viejo en la habitación de hospital, cuando nos dijeron que hay que tener cuidado con el contagio. Tenés una casa. ¿Hace cuánto que no vas a tu casa, en qué andás?

–Lo estoy cuidando.

–¿A papá? Si nos dijeron que no hay que estarle encima, respirarle cerca, ¿cuidando qué? Sólo a vos te cuidás. Aprovechás esta situación para no hacerte cargo de cosas de las que te tenés que hacer cargo y te escondés atrás de papá.

–No puedo creer el momento que estás eligiendo para hablar de esto, no te pongo una trompada porque debés estar igual de nervioso que nosotros.

–Sí, che, ¿se calman los dos? ¿De verdad se quieren cagar a trompadas acá en el jardín del hospital? Mátense si quieren pero otro día. Hoy le hacemos el aguante al viejo.

–Sí, perdón. Perdón a los dos. Sólo quiero agregar, y con esto ya me callo, que siento que estás trabada y que no uses esto como excusa para esconderte detrás. Eso, nada más.

–¿Trabada? ¿Pero de qué me habla este tipo?

–¿Qué dijimos, loco? ¿La cortan?

–Tra-ba-da. Soy la única que está acá todos los días.

–Justamente.

–Basta, Mariano, cortala, chabón.

–Vos sos mi hermano grande, vos me tenés que cuidar.

–Es lo que estoy haciendo.

–¿Ah, sí?

–Sí, Trapo, estás melancólica, te tenés que mover.

–Me cansaron, los veo después, me voy para la habitación.

–No, vamos, yo también voy, no tengo más ganas de hablar con este tipo.

Corro a Juani por el pasillito entre los setos, dejamos atrás a Coco esperando la cuenta mientras mira cosas en su celular, cosas muy importantes seguramente. Corro a mi hermano y me le prendo del brazo.

Esa tarde hay un momento de comunión; Coco ya hizo su descargo, marcó terreno, ofició de macho alfa, y ahora vuelve a tratarme con cariño. Todos estamos casi contentos con que Mario sobrelleve bien la molotov que le arrojaron. Mientras le pasaban todos esos líquidos por el cuerpo nosotros estuvimos ahí, los tres, sin novios, sin agregados, repartidos en los sillones que ahora son bordó pero igual de incómodos, haciendo chistes, charlando. La televisión es un personaje más, está constantemente encendida, casi siempre en un canal de comida. Papá fija mucho la atención en esos programas, mira la comida, asiente. No sé si le dice que sí a esa comida que preparan o a qué le dice que sí, pero se cuelga mucho con esas imágenes. Tal vez sea sólo eso que se mueve. Coco cuenta historias de Denisita, papá lo escucha y sonríe, yo sostengo que a lo que le sonríe es al Gourmet, pero da igual. Yo cada tanto dormito, todo este jaleo me da sueño, siempre me da sueño lo que me angustia, como que apago la luz, o se me apaga sola, algo del gen depresivo ha de ser. Me recuesto con la cabeza sobre las piernas de Juan, y él me hace cosas en la cabeza con des- gano, porque le pedí. Cada tanto alguno felicita a Mario por lo bien que toleró el tratamiento, cada tanto entra algún médico o alguna enfermera a ver cómo anda el señor; le toman la presión, la temperatura, lo felicitan. Mario también dormita, se lo ve muy cansado, se recupera del bombardeo. En un momento necesita ir al baño. Coco lo ayuda a caminar, él no quiere pero lo necesita, se deja ayudar. Ahora Mario ya sólo anda en bata, la cosa del piyama fue cediendo, le fueron sacando cada vez más de él, lo fueron expropiando. Flaquito, como un anciano, se apoya en el brazo de Coco para caminar. Yo miro desde mi posición de regazo pero no quiero ver, hago como que no miro, no quiero que papá me vea verlo así, que le cuesta caminar. Con Juani no decimos nada, o sí, él le pregunta a Coco o a papá si pueden, si puede, dice "¿podés?". Pero nadie responde porque parecen estar pudiendo y Juani no se mueve y su mano tampoco, no me acaricia, está atento a ese desplazamiento de papá. Mariano lo ayuda a sentarse en el inodoro y vuelve a la habitación. Cerrando la puerta del baño detrás de sí busca la mirada de Juan. Yo lo miro también, veo que pone cara de dificultad. De dificultad mezclada con duda, cara de uy o de uh. Y de uf también. Ese único gesto me destruye, me hace mal, daño, horror; me incorporo. Si siguiera acostada, ese nudo en la gar- ganta acabaría por atragantarme. Me incorporo y miro por la ven- tana, hago un esfuerzo tremendo para no llorar, miro las ramas altas del paraíso de este patio, no sé qué hacer. Ninguno habla, no quiero mirarlos, percibo que Coco sigue de pie y Juan tampoco se mueve. Es un

instante de suspensión eterna, tampoco hay sonidos en el baño. Nadie sabe qué hacer. Estamos esperando, todos estamos esperando algo, no sabemos qué. Entonces Juan hace un gesto con su mano, no interrumpe el silencio pero sí la inmovilidad, miro, le señala la puerta a Coco, como incitándolo a ver si papá está bien y Coco levanta la voz y pregunta, a través de la puerta, "estás bien" y se escucha un "sí" graznado. Coco mira a Juan con cara de dejémoslo tranquilo y se va a sentar a la silla del otro lado de la cama. Seguimos sin hablar. En la tele una boluda hace tortitas de arroz con una compotera, les dice timbales, por suerte el volumen es casi inaudible, trato de interesarme por el timbal para mandar la angustia para adentro, para abajo, por nada del mundo querría llorar. Se escucha el agua que corre en el baño, de la mochila, pero después no se oye nada más, papá no se está moviendo. Juan y Mariano vuelven a mirarse, ponen cara de no saber qué hacer. Es el padre, ¿cuánto más van a entrarle al baño, cuánto más van a preguntar? Tomo la posta y grito desde mi posición, haciéndome la casual, la informal, "¿necesitás algo, pa?".

Pero no hay respuestas y entonces los chicos se paran pero siguen sin saber qué hacer. Coco va hasta la puerta, toca con los nudillos, no oye nada, nos mira, lo miramos, entorna la puerta y mete la cabeza, poco la abre, como, dentro de todo, preservando la intimidad. Manda el cuerpo detrás de la cabeza, desaparece en el baño, nosotros esperamos atentos, en silencio. Boba pone unas hojas verdes sobre los timbales, un pezón de verdes sobre las tetas de arroz. La cámara sube y boba sonríe, orgullosa de sus tetas. Oímos las voces de Coco y papá, nos miramos con Juan, le toco el hombro levemente para que vaya a ayudar, él se para y abre la puerta del baño también, del todo la abre ahora y les hace camino a Papá y a Coco, que vienen del brazo con la torre de suero. Papá no luce nada bien. Entre sus hijos varones lo acomodan en la cama, lo arropan, ponen el suero en su lugar. Papá no me mira, se acuesta con dolor, todo le duele, se ve, hasta respirar, y mira la tele, como aquello que lo conecta con algo. Lo miro como si no fuera algo ni real ni familiar, lo miro porque no me ve mirarlo y evito mirar a mis hermanos, ver el dolor en los ojos de ellos me haría vomitar un llanto o comida y eso tengo que evitar. Me concentro en el cuadro de ese hombre blanco, amarillo, en la cama, un hombre nuevo, uno desconocido. Me concentro en él y en mandar para abajo el llanto, para atrás. Mirándolo entiendo que se parece a alguien Mario ahora así sudado y con el pelo aplastado contra el cráneo. Mario entrecierra los ojos, de dolor, de irse, algo está definitivamente muy mal. Mario así en la cama de repente se ha convertido en su mamá. Es mi abuela Mario, su mamá. El descubrimiento me

descompone, agarro mi mochila rápido, balbuceo un “ahora vengo”, salgo, leo “Trasplantes” en la puerta de enfrente, cierro la nuestra detrás de mí sin ruido, salgo por el pasillo, no tomo el ascensor, bajo por la escalera y así como bajo salgo a la calle, por atrás, por la salida de Ecuador, como si fuera apurada, como si tuviera algo que hacer. Pero no lloro, nada lloro, para nada, no me siento, estoy gelificada, artrósica, me desplazo en el fondo del mar, pero acá cuesta moverse y, sobre todo, res- pirar. Llego a Las Heras, agarro Austria y bajo a la sombra de la Biblioteca Nacional. No camino, me deslizo, pero con dificultad o con peso, como si pesara toneladas, pero estas, en vez de mandarme barranca abajo, hicieran casi imposible avanzar. De repente mi nariz de rinoceronte bufante en las profundidades del mar

siente un olor dulce, a bosque, a miel; emerjo a la superficie, es el aroma lo que me trae, ese olor: alguien se fuma un cañazo, conjetura el rino y ahí adelante, sobre una parecita un muchacho, el dueño del caño, al que me estoy acercando, que no es otro que el novio de Rosa, el ex, el ambulancias, mira tú qué casualidad. Me detengo, me mira, no se asusta, mira el porro, le da una pitada y reteniendo el humo todavía me lo ofrece. “¿Querés”, me dice. No contesto, tomo el porro, tiro el bolso al piso, calo hondo, se lo de- vuelvo, me siento en la pared, exhalo las flores, toso, el pibe se ríe, me dice “es fuerte”, toso y lloro de tos, poquito nomás, me río también, el pibe lo apaga, se guarda la tuca en una cajita de fósforos que mete en el bolsillo de su pantalón, y se recuesta para atrás, sobre el pastito detrás de la pared. Tomo mi mochila, me la pongo de almohada y lo imito, me recuesto junto a él.

–Mi viejo ya no puede hacer caca solo.

–Uh. ¿Venís del Rivadavia?

–No, del Alemán.

–Yo trabajo ahí.

–Ya sé

Iván vive en un monoambiente interno con sólo una pequeña ventana cuyo vidrio está recubierto por una película que lo hace esmerilado, porque da a otra ventana de otro departamento y sin ese difusor no tendría intimidad. Por momentos la abre, sobre todo cuando fuma, pero entonces apaga la luz para no ser visto. Es X la letra del departamento de Iván. Pareciera que lo que ahora es su casa en algún momento fue la dependencia de servicio de los departamentos más grandes, los de la ochava. Y que en algún otro momento lo subdividieron y pusieron a circular estos monoámbitos que están al límite de lo habitable. Lo primero que siento al entrar es una desolación absoluta. De hecho, me llevo la mano al corazón y le digo que esta es la cocina más rota que vi en mi vida. Me atrevo a hacerlo porque lo roto no tiene para nada que ver con la falta de recursos sino más bien la de amor, a las cosas, a algo. La cocina de Iván no tiene un bajomesada ni una repisa ni un mueble ni una heladera, sólo una pileta y una mesada de azulejos que parece de lavadero. Probablemente haya sido el lavadero del departamento más grande, ahora triste e infelizmente convertido en cocina. Del techo pende una bombita que no enciende y la basura está esparcida, obra esto sí de Quicho, el perro de Iván. Quicho nos salta a las piernas, Iván lo reta por lo de la basura mientras empuja los restos con el canto de la zapatilla para ¿mejorar? el as- pecto general de su cocina. Con una mano todavía en el pecho y la otra acariciando el hocico de Quicho me voy para la otra parte de la casa que es todo, que es la casa. No está tan mal, tampoco es un dechado de calidez pero tiene pocas cosas, agradables en su austeridad. En el monoambiente de Iván sólo hay una cama, es decir, un colchón, sin sábanas, un televisor, películas, un mueble del que asoman algunas remeras, y no mucho más. Iván le juega al perro un poco, le pega unos golpes de cariño en el hocico, me ofrece la cama para que me siente. Es gracioso porque hace un gesto muy social ofreciéndome ese asiento, como si todo lo demás no desencajara. Me siento en un costadito y me hago la que miro los lomos de las películas mientras Iván se arranca las zapatillas, y, para mi sorpresa, los pantalones también. Iván se queda en slip y se tira a la cama. No hace tanto calor en este interior pero yo acepto, me hago la que no se deja sorprender, acaricio al perro que me viene a buscar. Iván no habla, yo tampoco. Él toma algo de su mesa de luz y enseguida empiezo a sentir el olor a porro. Me ofrece la pipa, la acepto, él abre la ventana y apaga la luz. Yo calo. Es decir que de golpe estoy en esta habitación a oscuras, con este hombre en calzoncillos, con una locura ascendente, no sabiendo qué pensar. Me aprovecho de la situación de que no nos conozcamos, en el sentido de

que él tampoco puede saber cuán poco frecuente es esto para mí. Él saca una de las almohadas de atrás de su espalda y me la ofrece. Las almohadas sí tienen fundas, a diferencia del colchón. Iván pide disculpas por las sábanas, dice que las mandó al lavadero. O que no, que todavía no las mandó pero que las tiene que llevar. Que mañana las lleva. Si se despierta antes de que cierre el lavadero. Que no hizo a tiempo. Acomoda la almohada que extrajo de su espalda al lado suyo, contra la pared, y la palmea, como invitándome a acompañarlo. Me ofrece que me siente a su lado, palmea la almohada y me señala la ventana mientras vuelve a calar. Entiendo que me sugiere que miremos juntos para afuera, ¿al vecino? Accedo. Mientras me acerco me dice "¿no te querés sacar?", señalándose las piernas, y le digo que por ahora no y él dice "a mí no me molesta" y eso me desconcierta aun más. ¿Qué significa que no le moleste? Más vale que no le va a molestar, ¿qué pueden tener de ofensivo mis piernas o yo misma en bombacha sobre su cama pelada? Y le digo que por ahí después, en un rato. Iván casi ya parece haber olvidado la oferta mientras deja la pipa sobre la mesa de luz. Alcanzo la posición de la espalda contra la pared y veo que, aparte del contrafrente, de la ventana del otro vecino que ahora tiene la persiana baja, se ve un triangulito de cielo en el ángulo superior derecho y concluyo para mí que debe ser eso lo que me ha invitado a compartir. O a lo mejor ni siquiera tuviera que ver con la ventana sino con la posición y el ademán de la ventana tenía que ver con el humo, con explicarme que el humo saldría por ahí.

–¿Cómo era tu nombre, entonces?

–Andrea, Iván.

–Andrea. ¿Ese es nombre de hombre también, no?

–Sí, pero acá no. En Italia puede ser.

–¿Conocés Italia?

–No, ¿vos?

–No. Andrea.

–Sí.

–¿No me la querés chupar un poquito?

–¿La pija?

–Sí.

–Hace mucho que no chupo una pija.

–No importa, mejor.

Le miro el slip de algodón a Iván y me muero de la vergüenza, no sé ni por dónde empezar. ¿Se la agarro? Veo a través de la tela que ya la tiene un poco dura, poso mi mano encima, como arrinconando un pajarito, con mucho cuidado. Él pone su mano sobre la mía y me la aprieta, contra su pija, ahí la siento. Con su mano conduce la mía y se baja el slip, la veo aparecer. Juego un poco entonces con su verga, voy recordando otros pitos, la muevo, la aprieto, la agito. Iván respira fuerte, me pide que se la bese. "Linda, besámela", me dice. Entonces retrocedo en la cama, me doy vuelta y acerco la cara a su pito, sin soltarlo. Lo huelo un poco primero, no tanto por precaución o acto volitivo sino más bien porque es imposible no percibir el olor a esa distancia. Huele a algo, pero no está mal; huele a uso, a que estuvo todo el día o más dando vueltas, por la calle, en contacto con ropa, yendo al baño y esas cosas pero no mal de sucio. Este olor a uso es tolerable y hasta agradable, es olor personal. Le doy unos besos primero, no sé por qué hago eso, quizá porque me quedó el "besámela" dando vueltas, así que se la beso literalmente un poco al principio hasta que saco la lengua y la empiezo a lamer, de a poquito, y siento que le gusta. Y algo de la refracción de ese deseo o alguna otra cosa hace que a mí me excite todo, de repente, también. Iván pone la mano sobre mi pelo, me acaricia y acompaña el movimiento y cada tanto desliza un "qué lindo". Voy probando de a poco y así del lamer voy confiando hasta que la envuelvo toda con mi boca y me empiezo a mover. Y ahí como que un poco recuerdo, o mucho. Pero no es un recordar mental, todo lo contrario, es mi cuerpo el que recuerda, es la boca. Por un lado entonces juego a que la pija toque la pared del paladar, la parte de arriba, que haga tope ahí, recuerdo de este modo físico que eso me gustaba. Y por otro lado está el tema de los labios, del contorno, del entrar y salir, de ir manejando esa presión, la del adentro y del afuera. Recuerdo también, ahora sí como pensamiento, que una vez un chico tuvo que decirme que tuviera cuidado porque de algún modo ponía mis dientes en juego, que andaban por ahí y que eso le daba miedo. A mí entonces me dio vergüenza y puse mucha atención durante un tiempo, supongo que algo de eso me debe haber puesto un poco más tensa como para fijarme en otras cosas, o la mejor de las variantes, que es la de no prestar ninguna atención sino dejarse ir. Me entusiasmo con el pito de Iván en la boca y con este reencuentro de partes, un pito en una boca, una lengua alrededor de piel arrugada, conociéndose, dando y obteniendo placer.

Al rato Iván me agarra del cuello y me levanta, me mira a la cara,

a los ojos y me dice que va a acabar, que qué lindo y que va a acabar y acompaña los últimos espasmos de la pija con su mano hasta que la hace saltar y recibe la leche en la mano y la panza también. Y para mi sorpresa, como casi todo hasta ahora, en ese momento me besa, acerca mi cara a la suya con la zurda y me besa, me mete la lengua y me besa, apasionado, como en una cita al revés. Yo, como con todo en este día, respondo, me dejo hacer. Antes de dormirse, me saca la remera y se acuesta sobre mis tetas, a descansar ya, como un niño, o un bebé y yo, acariciándole el pelo con cariño, me quedo dormida también.

Que nada de vos me dé asco, ¿será suficiente? Y en todo caso, ¿suficiente para qué?

Al cabo que ni quiero tener novio ahora. Ni sé cómo sería. Pienso en esas cosas que comparten las parejas y me da escozor. No sé qué es esta reacción alérgica que se me configuró. De algún modo es como si hubiera vuelto a cuando tenía quince años y un novio me parecía un lujo, uno innecesario. ¿Tengo, realmente, tiempo suficiente como para permitirme un novio? Ese tiempo que le dedico a él, ¿no debería estar empleándolo en actividades menos ociosas como, por ejemplo, estudiar?

A los catorce años le corté a mi primer novio oficial porque me quitaba tiempo para estudiar. Iba al colegio doble escolaridad, terminaba las clases a las 16:10, esperaba el 707, llegaba a la casa familiar a las 17, merendaba, miraba un rato de televisión, estudiaba, me duchaba, cenaba, me iba a dormir. Eso cuando no tenía inglés o francés o teatro. No, definitivamente no había tiempo para novios. Una cuestión de inversión. Tener novio siempre me dio culpa, la culpa del hedonismo, cómo le vas a dedicar tiempo a eso habiendo tanto para hacer. A veces pienso que formar una pareja es un modo de anular o minimizar el tema de la sexualidad y el amor; como a los futbolistas, que los hacen casarse para desactivar esa pulsión, para tenerlos amansados: la pareja se forma para poder dejar de pensar en eso. Cuando la gente forma pareja ya no necesita comunicarse y eso los pone automáticamente más torpes, más impedidos, respecto de todo el resto pero en consecuencia de la pareja misma, claro, también. Ahí es donde entra a funcionar eso de cómo es que uno se acerca a alguien por cosas que le gustan de ese alguien, las mismas que después intenta serrucharle sin pausa para desprender, desaforar al otro de sí mismo. Y una vez que lo consigue, si es que lo hace, claro ahí le pierde el respeto al desposeído. Y ahí vamos otra vez con la contradicción: no formo pareja porque me parece un lujo

innecesario, pero de ese modo lo único que hago es darle más espacio no pudiendo dejar de pensar o tratar de entender de qué se trata todo eso de compartir las cosas con alguien.

Al día siguiente despierto de un sueño profundo, no tengo idea de la hora, perdí la noción del tiempo. La casa de Iván pareciera estar fuera de él, y la luz difusa que entra por el esmerilado sólo da sensación de detención. Pero esta no es una detención de estancamiento, para nada, contra todo pronóstico. Me despierto alegre, de buen humor. No tengo ni que llegar a incorporarme para saberlo, incluso antes de abrir los ojos ya lo sé. Tengo una buena sensación en el corazón. Dormí bien, profundo, no sé dónde estuve, en algún lugar muy lejos adentro mío, algún lugar con símil naturaleza y desnudez y sensación épica. Y sin embargo no me cuesta nada saber dónde estoy porque mucho de mi bienestar debe tener que ver con la proximidad de Iván, que por alguna razón y con todo su desapego a cuestas me hace sentir bien. Tenerlo cerca se siente bien, dormirle al lado también. Además me viene ahora que durante la noche se me acomodó en algún momento, contra la espalda, o puso su mano sobre mi culo o yo la mía sobre la espalda de él, quiero decir que mantuvimos referencia uno del otro casi todo el tiempo, en la cama, y eso vale más que sábanas de algodón. Me doy cuenta también de que Iván respira de un modo apacible, que duerme de un modo apacible, pude sentirlo durante la noche y ahora lo puedo ver. Me incorporo para hacerlo, muy despacito, y compruebo que hay algo más que se mueve entre nosotros. Ahí está Quicho, con todo su cuerpo, entre Iván y yo. Quicho me mira entredormido y aprovecha mi movimiento para reacomodarse, lo hace contra Iván. Definitivamente son de mucha hermosura los dos. Me levanto y voy a buscar mi celular para ver la hora. Son casi las doce. No sé qué hacer. No tengo ninguna obligación hoy mismo ni por el resto del verano, que yo sepa, excepto papá. Nada más ni nada menos. No quiero despertar a Iván, se los ve tan bien. Voy a la cocina para comprobar lo que ya creía, que no hay nada, pero sin embargo algo hay. En el único mueble desvencijado de la cocina, que tampoco tiene la mar de repisas, sólo dos o tres, con vasos y platos. La parte izquierda del armario no tiene maderas separadoras y las pocas cosas que hay reposan sobre el fondo del mueble: y ahí hay un paquete de yerba empe- zado. Esto son buenas noticias. Hago un paneo y compruebo que también hay un termo, un mate y una bombilla. Hay un anafe, no, dos, y hay electricidad. Y hay una pava arriba de uno de los anafes. ¿Qué más puedo pedir? Sólo intento no respirar mucho o hacerlo por la boca para que el olor de la basura de Quicho no me

des- agrade. Pongo agua. Me pregunto hace cuánto no me alegraba tanto dar con todos los elementos para preparar un mate, como un Rasti del placer. Haber dado con todo y esperar que el agua bulla me provee una felicidad impensada, inusual. Vuelvo a la habitación y me pongo la remera; no hace frío, pero por las dudas.

Después de todo no nos conocemos nada con Iván. Recorro el cuarto con la mirada, veo algunos libros en el banco que tiene las películas, busco algo para entretenerme, pero entonces recuerdo que traigo encima La hija del optimista, valga la redundancia. Tengo un plan excelente para el próximo rato: tirarme en la cama junto a Quicho e Iván, tomar mate y leer, en el silencio de esta habitación. Me pregunto entonces si pronto volveré a estar en con- tacto con gente en movimiento o si de lo que se va a tratar mi vida de ahora en más es estar cerca de hombres que duermen. Me río para adentro, pienso que lo voy a tener que comentar con Malena, todo esto, claro, después del alarde que estuve haciendo con el celibato, cuando le cuente que no sólo rompí mi voto de castidad sino que encima lo hice con una pija y en la boca, voy a terminar de perder lo poco de credibilidad que me quedaba.

–¿No te contó Rosa?

–No, tampoco la conozco tanto. Bah, no la conozco nada. Fuimos al cine nada más.

–¿Cogieron?

–No. Fuimos al cine.

–¿Te habló de mí?

–No mucho. Me dijo que le rompías las bolas nada más.

–No es cierto.

–No.

–¿De verdad no te contó nada?

–Si te digo que no, ¿qué me tendría que haber contado?

–¿No te dijo nada del accidente?

–¿Qué accidente?

–No te dijo nada.

–No, pibe, ¿cuántas veces te lo tengo que decir?

–Bueno, piba, no me hables así.

–¿Qué accidente, de qué hablas?

–Un palo que nos pusimos por mi culpa.

–¿Hace mucho?

–Y, va a hacer un poco más de dos años ahora, fue como en noviembre del otro año.

–No, no sabía nada, ¿qué pasó?

–Chocamos y manejaba yo.

–¿Con la ambulancia?

–No, con un auto, en Corrientes, estábamos visitando.

–¿A la familia de Rosa?

–Sí.

–¿Te accidentaste con ellos?

–No, con Rosa sola.

–Qué espanto, ¿qué pasó?

–Hice una maniobra rara en la ruta, di una vuelta en U para retomar, venía un camión que no vi y nos llevó puestos.

–Qué horror… ¿Y no les pasó nada?

–A mí no, pero ella se hizo mierda.

–Pero cómo, no entiendo, a Rosa no se le nota nada.

–Ahora. Pero te diría que hasta hace una semana todavía rengueaba. Me parece muy raro que no te haya dicho nada.

–Uy, bueno, no creo que le resulte fácil, ¿pero qué le pasó a ella?

–Salió volando. Veníamos de una estación de servicio y todavía no se había puesto el cinturón. Tuve que ir a buscarla, a ver dónde estaba. Cuando me repuse del shock del golpe miré el auto y es- taba solo, no entendía nada. Dudé por un momento, pensé que había salido solo a la ruta. Me bajé, me di cuenta de que podía caminar, di unas vueltas, salía humo del motor, no entendía nada, caminé, vi un bulto por los pastos y vomité en el acto, porque ahí me di cuenta de que no venía solo y de que Rosa no estaba.

–Ay, por dios, qué espanto lo que me estás contando.

–Yo no entendía, tardé en ir hasta el bulto, no quería ni acercarme, tenía miedo de que estuviera muerta, la empecé a llamar de lejos y de repente la vi, para mí estaba a kilómetros del auto, no entendía cómo había podido ir a parar tan lejos. Me acerqué con un cagazo tremendo, imaginate. La veo que no se mueve, está boca arriba y tiene los ojos abiertos. No veo mucha sangre en principio y eso me da alivio, me agacho al lado de ella y me doy cuenta de que respira. Le digo "Rosa ¿estás bien?". Ella me pregunta qué pasó y le digo que chocamos. Me vuelve a preguntar qué pasó y le digo que fue un camión y que no lo vi, le digo que no lo vi venir. Entonces quiere saber si está bien, eso me pregunta, "¿estoy bien?", y yo le digo que sí, que la veo bien pero que intente no moverse y me dice "no puedo". ¿No podés qué?, le pregunto yo, y ella dice que moverse. "No puedo moverme", me dice. Después, bueno, nos vinieron a buscar con la ambulancia, se la llevaron, yo quería acompañarla pero tuve que quedarme con la policía porque me sentía bien, tuve que ir a declarar, porque manejaba yo y fui el que salió del accidente caminando.

–¿Y qué pasó entonces?

–Rosa estuvo muy complicada. Se hirió la columna vertebral y estuvo mucho tiempo sin poder caminar. Primero le pusieron una especie de aparato frankenstein alrededor de la cabeza para fijar la columna, es una de las cosas más impresionantes que vi en mi vida. Te atornillan unos clavos al cráneo con un aro de hierro, como para que no puedas mover la cabeza ni un milímetro y la columna se reacomode.

–Ay, por dios.

–Sí, es muy horrible de ver.

–¿Cuánto tiempo tuvo eso?

–Unos meses, creo. Y después tuvo que estar en silla de ruedas unos cuantos más hasta que pudo volver a caminar. Se recuperó increíblemente rápido y bien para lo que le pasó.

–No puedo creer esto que me estás contando… Y perdoname que te pregunte, pero, ¿no te demandaron o algo?

–No, fue muy tenso la verdad, pero fue un accidente. Igual nunca volvió a ser lo mismo después de eso.

–¿La relación con Rosa?

–Sí, también, la relación con Rosa, con su familia, estuve con ella todo lo que duró la recuperación pero fue una pesadilla, la verdad. Ella nunca me echó la culpa de nada, de palabra, pero algo de eso estaba en el aire todo el tiempo.

–Me parece un espanto la situación, la de los dos, no sé cuál me parece peor.

–No sé. Pero cuando terminó de recuperarse nos separamos.

–Uau. ¿Ella te dejó?

–No sé, caía de maduro entre los dos.

–Pero encima siguen viéndose.

–Sí. Eso es un poco duro, pero a los dos nos gusta nuestro laburo acá, ¿qué vamos a hacer? Intentamos cruzarnos lo menos posible.

–Es rara Rosa, no le saco la ficha, pero ahora con esto que me contás entiendo un poco más.

–No creo que sea rara, es parca nomás, va de a poco.

–Igual que vos.

–¡Igual que vos! Bajaste al sótano como primera medida…

–Qué guarro que sos.

–¿Qué tengo de guarro? ¿Bajamos a desayunar o garchamos primero?

–Tengo hambre. Pero también tengo ganas de coger.

–Qué suerte, porque ya se me paró.

–No lo puedo creer.

–Mirá, tocame.

–Dura.

–¿Querés que te la meta?

–¿Así nomás?

Iván me mete la pija por al costadito de la bombacha. Hacía mucho que no hacía eso, coger con la bombacha puesta. Entra y es cierto que ya estoy húmeda. Se me ocurre que habiendo tantas cosas y tantas químicas y tiempos posibles es una bendición que a

él se le pare y a mí se me moje. Entonces Iván entra y sale y, en lo que voy pensando que estamos cogiendo sin forro y que a lo mejor no sea una tan buena idea pero al mismo tiempo estoy disfrutando de sentirlo y pienso en aguantar un rato más, siento algo raro de- bajo de mi cabeza, algo inesperado en mi almohada ocasional. Abro los ojos, miro de soslayo y compruebo que lo que sostiene mi cabeza debajo del coito no es otra cosa que el lomo de Quicho. Me hace mucha gracia este hallazgo y Quicho parece reposar lo más tranquilo mientras su dueño bombea, así que por qué me voy a preocupar. Pienso, también, que es lo más cerca que estuve de un trío y aprovecho para preguntarle a Iván si no le parece que debería ponerse un forro y él me dice que no tiene. Apunto a decepcionarme pero él me dice “bonita, un poquito más, no te voy a embarazar” y yo le digo “sí, ya sé”, aunque no sepa un carajo y mucho menos esto y entonces me pide que me dé vuelta mientras ya está acompañando el movimiento con sus manos y me levanto sobre las rodillas, el levanta mi vientre con su mano izquierda, vuelve a despejar la bombacha y me la mete desde atrás, por alguna extraña razón el cambio de

posición nos distrae de la ausencia de forro y yo me dejo llevar. Quicho no parece incomodarse por el peso que se le ha quitado de encima y sigue echado en su porción del colchón. Iván se sigue moviendo, ahora detrás de mí, me agarra el culo, fuerte, como de aferrar. Tomo su mano derecha y se la llevo a mi clítoris y algo de eso parece gustarle porque dice "qué lindo, qué lindo" más rápido, más suspirado y se mueve con más velocidad, me pregunto si es ocasión de volver a comentarle que tal vez sea buen momento de retirarse y en eso que me desconcentro él empieza a acabar y saca la pija y me acaba un poco sobre la espalda y otro todo en su mano. Me agarra de la cintura mientras se está acostando y me hace cucharita, bajo algunas onomatopeyas de placer satisfecho. Así de abrazados estamos cuando Quicho se incorpora para ir a tirarse al piso, al pie de la cama, dando por cerrada la sesión.

La primera vez que vi a Wolf fue a la salida de una matiné.

Wolf era casi el único chico del colegio que no era un chico sino un hombre. Las madres empezaron a decir de él que tenía mucho sex appeal después de las representaciones de la comedia musical, o se referían a él como el macho de América. Ambos epítetos me resultaban igual de desagradables, pero sin duda algo de eso resonaba en mi cuerpo, aunque para mí entonces se tratara de amor de verdad, del más puro, uno de los más enérgicos de toda la secundaria, si no el más.

Mariano había empezado a ir a la matiné. Coco y sus amigos iban sobre todo a bailar a boliches en provincia, pero cada tanto también en Capital. La mayoría de las veces lo hacían en colectivo, en grupo, empilchados y perfumados, de colonia, gel y camisa a cuadros. Cada tanto algún padre se apiadaba o atemorizaba y los pasaba a buscar a la salida; algunos iban a cenar y después se ofrecían a pasar a buscar a los chicos. Chicos a lo que no les gustaba tanto que los pasaran a buscar, pero era difícil negarse a esa comodidad.

Ese sábado Mario nos había cargado al Juanchi y a mí en el Renault 18, nos había llevado a comer a un carrito de la Costanera Norte, mirando el río y los pescadores, unos noctámbulos, comiendo carne al pan, gaseosa, y conversando. Seguramente ya estuviéramos cansados a esa hora, pero le hacíamos el aguante a papá y aparte nos gustaba andar en auto por la ciudad de noche sin nada más que mirar por la ventanilla. Juanchi, claro, iba de copiloto; yo en el asiento de atrás, melancólica, hundida en la gomaespuma y con la trucha contra el vidrio, atenta al movimiento de la ciudad. Después del carrito entramos a la urbanización misma y esperamos a Coco a la salida de

la City, en silencio y escuchando la radio. Esa noche Coco tardaba en llegar, Mario se impacientaba y balbuceaba cosas como “dónde se metió este pelotudo”. Ni Juan ni yo respondíamos pero jugábamos, sí, a ver quién lo divisaba primero en el éxodo de jóvenes. Esa vez es Juan el que lo descubre primero y dice “ahí está”, y viene Mariano cruzando la calle con dos chicos más. Así como vienen, embalados, abren la puerta y se encajan uno atrás de otro en el asiento trasero, junto a mí. Yo me adelanto, casi metiéndome en el hueco entre el asiento del conductor y la puerta, dejando una ínfima porción de culo sobre el asiento. Los chicos traen olores nuevos, bastante a cigarrillo, a sudor, pero un poco a resto de perfume también. Yo no estoy preparada para la ocasión, el look de entrecasa choripanero no me ayuda para nada, no esperaba ser vista por nadie más que los varones de mi familia. Coco desde el otro lado del asiento me dice “correte, Trapito”, yo me enciendo de vergüenza y papá intercede con que me deje en paz. Entonces el Coco propone ir él adelante y que Juan vaya al baúl y Mario dice que si quieren viajar gratis se callen y se aprieten, dice “apriétense”. Al chico que oprime mi cadera derecha lo llaman Wolf. No me atrevo a mirar hacia el costado, alcanza con sentir la presión sobre mi muslo como para querer desaparecer. Con la cara casi pegada a la de papá, es como si sólo hubiera dejado mi espalda en el asiento tra- sero con la falaz pero efectiva máxima de si yo no los veo ellos no me ven, la estrategia del avestruz. Los chicos conversan, están excitados, se hacen comentarios en código y Wolf de acá, Wolf de allá. Doy por sentado que Wolf es su apellido o la versión en inglés de lobo porque, aun sin verlos, percibo ya que hay algo distinto en él: este Wolf tiene voz de hombre. Y huele bien, a todas esas cosas mezcladas, a uso, Wolf tose, seguro que fuma, eso en mi colegio era rebeldía. Fumar. Tabaco. Cualquier otra cosa ya era directamente drogadicción. Al día siguiente, al interrogar a mi hermano con disimulo, descubro que Wolf llevaba el poco heroico nombre de Jorge Mandry, y que su inquietante apodo se lo debía a una serie de asociaciones que eran, sí, un poco más heroicas, aunque no por eso menos arbitrarias: le decían Wolf por Wolfgang Ama- deus Mozart, porque la gracia mayor de Jorge consistía en escupir sangre, así, como atracción, y alguno había visto en alguna película que Mozart había muerto de tuberculosis escupiendo sangre en pañuelos y entonces esa era la asociación, bastante sofisticada por cierto para lo poco sofisticado de estos muchachos. Aunque no tan sofisticado; años después descubriría que Wolfgang Ama- deus no escupía sangre ni había estado tísico, sino que había muerto de envenenamiento o alguna extraña cosa en sus tripas. Y otro poco también le decían

Wolfi, o esa había sido la evolución y el acabado del sentido, porque Jorge había decidido, desde su temprana masculinidad, integrar las huestes de la comedia musical del secundario, desempeñandose –mal– en el canto y en la danza –peor–. Pero entonces Wolf era Wolf y era viril y yo, trabajando y trabajando y a pesar de mi edad, obtendría mi propio botín de sangre adentro de una hoja de carpeta, de un papel.

Antes de eso, aquella noche en el Renault 18, mientras detrás de las caderas oprimidas aparecía ese otro terror, algo del orden del deseo o del amor, y tras el palabrerío de mi hermano y su otro amigo, el que no era Wolf, la radio reproducía la canción "Vientos de cambio", el hit de Scorpions, que empezaba con unos silbidos.

Lejos de la caída del muro, para mí musicalizaba el surgimiento de mi amor por Jorge, Wolf. Mario conducía al grupo de jóvenes y niños por la ciudad en sentido norte, y en el auto sonaba Scorpions. Pegada a la puerta del auto, con el peso y la presión de un hombre sobre mi diestra, me dejo llevar. En los próximos días estaría atenta cerca del grabador, con un casete virgen pronto, para apretar el botón de rec junto con el de play cuando alguno de los locutores de la FM Hit anunciara la inminente "Vientos de cam- bio" o los famosos silbiditos preludiaran la canción. Así fue y con- seguí registrarla no pudiendo eludir la intervención de la voz de uno de esos locutores sobre el último tramo de la melodía. Pero ahí estaba, tenía mi botín y ahora podía pensar en el encuentro con la porción izquierda del cuerpo de Jorge, recordarlo, emularlo, todas las veces que quisiera. Más allá de mi timidez o debido a ella, se me había puesto el Lobo entre ceja y ceja y, aun sin proponérmelo del todo, no pararía hasta llamar su atención. Una vez más, el ambiguo derrotero de la voluntad; ¿es acaso algo de lo que se hace o de lo que se deja de hacer? ¿Uno consigue que algo suceda emprendiendo acciones que lo conduzcan hacia la meta, o deseando y atrayendo la meta hacia sí? En ese caso, ¿es la voluntad un positivo, un relieve, o una huella, una grieta? ¿Es lo que se va a buscar o lo que se recibe, lo que se aguarda, con genuina paciencia? Se podría decir que entre ambas versiones de la voluntad estuvo el acercamiento a mi objetivo, el Wolf.

La primera instancia fue la comedia musical. Audiciono, sometiéndome a las pruebas de vocalización junto al piano, danza en un grupo de chicas, un cuerpo de baile que iba perdiendo integrantes conforme pifiaban la coreografía; la interpretación de una escena con texto, y el juego de la improvisación con la pelota en ronda: el que recibía el balón tenía que tirar un texto, una línea, improvisada en el momento. Y por último, el juego de la confianza:

ser una suerte de gallinita ciega en el centro de un círculo y dejarse caer de espaldas, con los ojos cerrados, esperando ser atajado por un compañero, desconocidos casi todos, cual Topi sin pesa, porque si no había manos que atajaran de seguro uno no recuperaba la posición vertical por sí mismo, menos afortunado que aquellos muñequitos con pesas en el vientre.

Y evidentemente mi rendimiento había estado por encima de la media porque unas semanas después di con mi nombre manuscrito sobre las cartulinas de admisión en la cartelera de entrada. Allí estaban, entre muchos otros, los nombres de Andrea Covarrubias y Jorge Mandry, menos cerca que en el Renault 18 pero vinculados en un trabajo conjunto por todo el año lectivo. El primer paso estaba dado.

La obra que ensayaríamos se llamaba Tres vidas. Las dos veinteañeras que llevaban adelante la dirección del musical no se conformaban con poner en escena una pieza ya estrenada, de comprobado éxito, del estilo de Cats, Cabaret o cualquier otro Broadway, cosa que se estilaba en los colegios privados de la zona; no, ellas ambicionaban más. Ellas escribían comedias musicales ad hoc, lo hicieron a lo largo de por lo menos cinco años. Tres vidas, a mi entender, fue la más osada y la más feliz. Tres vidas era abstracta, conceptual. Era una obra de temática iniciática pero con cierto surrealismo o realidad mental. El mundo, la humanidad, en este universo, estaba dividida en tres grandes grupos: los líderes, los idealistas y la masa. Los dos primeros eran encabezados por líderes y el tercero, claro, no tenía líder porque de eso se trataba. Entonces la obra seguía las peripecias de un muchacho sencillo, que integraba la masa, y que sin embargo no se sentía del todo a gusto en ella porque quería o esperaba algo más. Entonces su melancolía lo llevaba a deambular y, a diferencia de los de la masa posta, que iban todos de blanco, este muchacho curioso que se desprendía de ella por sus inquietudes llevaba, arriba de la bambula blanca, un chaleco distintor. A mí me había tocado en suerte ser una de las chicas idealistas; íbamos de enterito amarillo con una insignia de un rombo verde flúo. Nuestro líder era otro chico de quinto año, que hacía de loco, porque el líder idealista acababa brotado y envuelto en una camisa de fuerza. La bomba Wolf, por supuesto, era el líder de los líderes y se pasaba la totalidad de la obra en cuero exhibiendo su pecho masculino con pelo ya. El destino de Wolf era trágico también, sin embargo: él acababa sus días con una mujer que no lo quería, que

lo maltrataba, barriendo por debajo de sus pies, las latas de cerveza trituradas que lo rodeaban. Todo esto se contaba en una suerte de clip del futuro, un poco en el estilo de Cuento de Navidad, donde se vislumbraba el devenir de cada uno de ellos, el futuro que se habían forjado al actuar. Y el futuro o el presente del bonachón de chaleco era un casamiento, en blancos y negros, con una muchacha que lo bienquiere; ese habría sido el final de su recorrido individualista, dar con la mujer amada y casarse con ella bajo una lluvia de arroz promovida por sus amigos, de ese modo había eludido el despotismo de los líderes, la falta de razón de los idealistas pero, sobre todo, a la masa y su coerción. Al final todos juntos entonábamos una canción cuyo estribillo rezaba "la vida es un camino, no hay por qué temer" e íbamos, todo el elenco, vestidos de ancianos en tonos marrones, ya en nuestro propio futuro, habiéndonos convertido en la mejor versión de nosotros mismos, como Ebenezer después de la visita a los fantasmas, y les cantábamos eso a los familiares en el gimnasio, en un grand finale a proscenio. Contando esta historia y menos sagaz que Mr. Scrooge y el muchacho de chaleco, me la pasé enamorada del líder de los líderes, el Lobo Jorge. Y puse en funcionamiento un plan de seducción lento, a largo plazo y de saldo positivo. Parte de ese plan fue disponerme, sistemáticamente, en posiciones en el espacio que le permitieran a Jorge verme sin saber que estaba siendo convocado a eso mismo; hice un trabajo minucioso de semanas al cabo de las cuales él creía haberme descubierto entre el gentío, sin saber nunca que había sido presa de una paciente red de ángulos y perspectivas en las que –oh, casualidad– me encontraba siempre en su campo de visión, como sin habérmelo propuesto. Me hacía la linda para Jorge a la distancia; la que justo siempre estaba pensando en algo, la atenta, la soñadora, la para sí, la que no necesita nada más, cuando en realidad estaba proyectando todo lo que podía emitir hacia su mirada y él. Toda esa transmisión de energía, sumada a ser la hermanita de su amigo Coco, fue dando sus frutos. Si bien arranqué siendo el Trapo o la Coquita, todos apodos que me alejaban a patadas del objeto de deseo, poco a poco mis rayos láser de atracción fueron surtiendo efecto y el Lobo comenzó a acercárseme más y más y ya no a tocarme la cabeza en plan mascota ni a hacerme chistes acerca de mi hermano sino a preguntarme cosas de persona, como si efectivamente fuera una, una persona con el beneficio de existir más allá del vínculo de sangre con mi hermano. Jorge empezó a interesarse por mí, por lo que me gustaba hacer, la música que escuchaba, quiénes eran mis amigas, qué hacía los fines de semana. En esos breves lapsos de charlas roba- das a los momentos muertos de los

ensayos se me hinchaba el corazón de tal manera que no podía creer que no fuera evidente para todos. Podía entender que Wolf mismo no lo notara porque, una vez más, ponía mucha energía en eso, en que no se notara, pero estaba convencida de que era algo que caía de maduro para cualquiera que estuviera viéndonos de afuera. No había contado para nada con que el afuera podía ver ese acercamiento como ridículo, o aun peor, tierno, y por esa razón fueran condescendientes al respecto. Me tomaba ese amor muy en serio y sin duda fue el eje de ese 1992. Con mi buzote de Hendy y mi tesón conseguí, sin embargo, que una tarde Jorge no sólo me acompañara a la parada después de un ensayo, que antes de subir al colectivo me invitara un helado, sino que además después se subiera al 707 verde o rojo conmigo, que me acompañara hasta la casa familiar y que, no conforme con ya todo ese rato, intensidad y charla compartidas, pasara a la casa, merendara conmigo y se retirara conmigo a mi habitación, con la puerta abierta, eso sí. Mi padre no lo podía creer y me había chicaneado mucho con eso, con cómo era que había conseguido arrastrar al muchachote hasta mi habitación; me preguntaba acerca del artilugio, que le causaba al mismo tiempo sorpresa y admiración.

Yo, por mi parte, más allá de la estrategia que ya llevaba meses, no entendía qué le veían todos de tan raro si acá se trataba de amor verdadero y lo único que había hecho era conducir al muchachote a la verdad, a descubrirla, a quitarse el velo de los ojos, el de la diferencia de edad, el de los tontos prejuicios. Esa tarde del he- lado, la del clímax, en la que, después de todo ese itinerario, había musicalizado el encuentro en la habitación con la balada de Scorpions, que en secreto era mi canción con él, casi casi nos besamos. El Lobo estaba recostado sobre la parte de abajo de la cucheta, en la que dormía rodeada de mis peluches, y yo me le senté a los pies; me senté en el piso con los brazos y la cabeza sobre la cama, cerca de Wolf. Él, entonces, empezó a acariciarme las cejas, haciendo algún comentario al respecto, como que eran delgadas o que tenían una linda forma y yo estaba en éxtasis. El beso se avecinaba y yo pensaba que las cosas sencillamente estaban cayendo donde debían, que tanto esfuerzo sería recompensado nada más y nada menos que con la consumación del amor. Jorge acerca su cara, me dejo ir, cuando escuchamos pasos ascendentes que hacen crujir la escalera familiar. En ese momento Jorge se incorpora de un salto, choca su cabeza contra la parte de arriba de la cama y yo me yergo como por efecto dominó. En eso aparece Coco en la puerta, sorprendido, un poco indignado también, me sanciona, que qué mierda hago quemándole la gorra al amigo con

esa música de mierda, Wolf que me defiende y le dice que está buena, que no sea malo, que a él le gusta, pero al mismo tiempo que me defiende se para y sigue a su amigo hacia su habitación, sin dedicarme una mirada más. Y como tantas cosas, ese beso interrumpido que no llegó a darse, en lugar de ser el comienzo de algo, de un romance, había sido el clímax.

Después, no mucho más: un llamado telefónico en el que Wolf lamentaba que no viviéramos en una isla desierta para poder ser novios más allá de la diferencia de edad; una foto de Wolf, un retrato, un primer plano de él en un pasillo del colegio, bajo la luz de tarde, sexual y contemplativo, con una dedicatoria en birome al dorso mediante la cual se comprometía a hacerse mi novio cuan- do yo cumpliera quince años; y la promesa de una bandana con un motivo de rosas, que se convertiría unos días después en la prueba del engaño cuando viera desfilar por los pasillos del colegio a Carolina, la de quinto, con la floreada bandana, a modo tanto de pulsera como de prueba de amor.

Quedo atrapada un rato detrás de la puerta de vidrio del hall de la casa de Iván hasta que vuelve un vecino de joggineta con una bolsa de compras y me escabullo. Por suerte los vecinos son menos desconfiados para dejar salir que para hacer pasar. En la calle ya vuelvo a sentirme libre y anónima: a este barrio no le pertenezco. Enfilo para el lado de Corrientes, no estoy tan lejos, el día está precioso, voy a caminar. Contemplo por un instante mandarme directo para el hospital pero necesito pasar por mi casa a bañarme y a regar el arbolito, que bastante sediento debe estar. ¿Qué es lo que acaba de pasar? ¿Acabo de coger y dormir con el ex de Rosa? ¿Me gusta Iván? Me gusta un poco, y otro poco ¿quién mierda es Iván? ¿Qué es esto que acaba de suceder? Considero mandarle un mensaje a Malena pero me digo que no, que si le mando este titular me va a llamar en el acto y no me siento con ganas de hablar, de contar. Quiero guardármelo para mí un rato más y caminar estas cuadras en silencio.

–¿Vos cómo andás, Nubecita?

–Bien.

–¿Bien?

–Bueno, no, dentro de todo, digo.

–¿Con Ángeles todo bien?

–No.

–¿No?

–No, pero no quiero hablar de eso ahora.

–¿En serio?

–Sí.

–Uy, pero tirame titulares.

–Ay, Trapo, qué pesada.

–Titulares, dale.

–Celos.

–¿De ella? ¿Otra vez?

–Otra vez. Bah, nunca para. Sólo que a veces se aplaca. Y sólo porque hago todo lo que ella quiere o dejo de hacer cosas que haría yo, o negocio. Pero a la primera que algo pasa, los celos vuelven y ahí están, intactos.

–No lo puedo creer, pensé que ya se le había pasado.

–No, para nada, sólo que no me dan ganas de hablar de eso todo el tiempo. Y aparte voy perdiendo el parámetro de lo que está bien y lo que no.

–Claro. Pero contame un día, Nube, yo quiero saber, aparte viste que opino bien, lo único que no puedo es tener una vida yo, aparentemente.

–No seas boba, está nervioso el Coco, le agarra la del hermano mayor responsable y sobreprotector, la del hombre de la casa.

–Sí, todo bien, ¿pero te parece la manera? Creo que no me hablaba así desde el '92.

–Y con todo esto del viejo se puso como loca Angie.

–¿En qué sentido loca? –Lo de los celos, no lo puede manejar.

–No entiendo, pero ¿celos de qué? ¿De que el viejo esté enfermo?

–No exactamente, pero sí de que eso sea mi prioridad ahora mismo.

–¿Me estás jodiendo?

–No, pero no es tan lineal. No es que me dice que está celosa de que el viejo esté enfermo y de que yo venga a verlo, no, claro, estaría loca si fuera así. Pero agarra y me trata mal, no me habla, se agarra berrinches por cualquier cosa y primero no entiendo y después deduzco que es eso, que se da cuenta de que de fondo yo estoy pensando en eso todo el tiempo y que estoy muy triste y se pone peor que yo y me trata mal.

–Che, Juanito, pero es una mierda lo que me estás contando, es horrible.

–Sí, ya sé, por eso no quería ni empezar, ni con los titulares, pero vos siempre con esa mierda de los titulares me hacés hablar.

–Bueno, bueno, estos fueron los titulares, en otro momento profundizamos, hoy a la tarde si querés, depende de cómo le haya ido al viejo, pero no la dejemos pasar que me parece importantísimo.

–Dale. ¿Y vos, titulares? ¿Andás en algo? Tenés cara de algo.

–¿Tengo?

–Sí.

–¿Cara de qué algo?

–De algo de amor.

–¿Qué es eso?

–No, en serio, Trapi, igual ya me estás respondiendo. ¿Quién es? Bah, o qué es.

–Qué suerte que tengo a mis hermanitos que siempre me hacen sentir tan bien.

–No, dale, boba, un poco de humor. ¿Chico o chica?

–Las dos cosas.

–Ah, bueh. Después somos nosotros los incisivos.

–No, pará, en realidad primero una chica, que creía que me gustaba pero que me condujo a un chico que todavía no sé si me gusta. Pero que despierta mi interés.

–¿Despierta tu interés?

–Ajá.

–¿Hablaron?

–No mucho. Pero garché.

–¿Con el pibe?

–Sí.

–Ah, bueno. Qué suerte que sólo despertó tu interés, entonces. ¿Cómo se llama?

–Iván.

–¿De dónde lo sacaste?

–De acá.

–¿De acá del hospital? Che, le voy a terminar dando la razón a Coco. ¿Enfermero?

–De Ambulancias. Ella es enfermera.

–¿Ella quién?

–La que me gustaba primero. La que me condujo a Iván. Ella es la ex de él.

–¿Torta?

–¿La mina? No.

–¿Es la ex de él? ¿Y no sabe?

–¿Qué?

–Que te lo estás cepillando.

–Todavía no. ¡No digas “cepillando”!

–¿Y te gusta? Adrián, digo.

–Iván, es.

–Lo que sea, ¿te gusta?

–Y yo qué sé. Me interesa, ya te dije.

–Hoy a la noche tomamos una birra y ampliamos.

–Si te deja la Gestapo.

–Pará, boluda, no me delires.

–No, perdón perdón, Nubecita, te amo, dame beso.

Quizás a lo que me refería con lo de lo presexual tenía más que ver con una cierta interlocución que con otra cosa: un novio/a, ¿no es lo más parecido a un interlocutor constante de la propia vida, otro que acredita que uno, en efecto, está vivo y que, por ende, tiene continuidad? Algo así como el que cuenta, el que ve, el que puede dar crédito, la gran árbol en el bosque: si no hay nadie ahí para escucharlo, el árbol, ¿hace o no hace ruido? Todos o la mayoría necesitamos que alguien nos oiga al caer, que diga qué ruido hicimos, para acreditar que hemos sido.

Pero entonces, en la infancia, ¿cuál es ese otro, ese interlocutor?

Hoy desperté preguntándome eso: ¿quién era ese otro en la infancia? ¿Mi madre, mi mejor amiga, el chico de turno que me gustaba, Nadia Comaneci? Creo que por momentos el fanatismo ocupa ese lugar del otro. Durante la adolescencia, cuando uno se obsesiona con algo, un actor, una banda, un escritor, lo que sea, ese referente, ¿no ocupa ese lugar del otro, ese deseo? Se sitúa en ese lugar del interlocutor. Pero ahí, ¿cómo funcionaría la hipótesis del entenado, si el otro no da cuenta de la existencia de quien lo admira? Más bien todo lo contrario, es el admirador el que garantiza la existencia de eso otro… ¿Qué es esa proyección del deseo en la mente, todos esos ratos dedicados a otro que no sabe que existimos? ¿Qué es? ¿Ocupa el lugar de qué, de aquello hacia lo que uno tiende o en lo que se quiere convertir? Y en ese mismo orden, muchas veces después en la adultez, ¿no se elige a la pareja por aquello que hace? ¿Como que se elige la vida que se quiere o querría tener más que a la persona, esa, específica? ¿O es, en efecto, todo mucho menos racional?

Llego a casa, no me cruzo a nadie en el edificio. Subo por las escaleras: acá, en el contrafrente, como siempre, reina el silencio. Abro la puerta, la casa está en penumbras y logró así, y por su edad, conservar algo de fresco. Hay olor a mí atrapado, cautivo, a mi detención, a mí detenida, capturada, son sólo estos los pocos momentos de gracia en los que me puedo oler. Está desordenado pero no tanto, da la idea de que cuando me fui la última vez pensé que iba a volver a las horas y al cabo que ni tanto, eso fue justo después de la Navidad. Voy hasta la ventana eludiendo sombras y levanto la persiana. Veo mi shorcito de dormir junto a la cama, está ahí desde que me cambié la última vez, lo dejé tendido, abandonado. Lo levanto con un movimiento rápido y me sorprendo al descubrir, debajo, lo que creo que son por lo menos cinco granos de arroz, gordos. Arroz integral, se diría. No entiendo este cruce de cosas: ¿qué hace arroz integral debajo de mi short junto a la cama? ¿Cuándo fue la última vez que me hice arroz y cómo fue a parar ahí junto a la cama? Alzo la vista, no entiendo. Y ahí descubro el horror: mi pequeña casa se ha convertido en un arrozal. ¿Qué mierda pasa? Miro y por donde paso el ojo: arroz. Me acerco a la porción de suelo sobre la que estaba el pantaloncito y aprecio que el arroz se mueve. Me agacho, pego mi cara al evento, el arroz se retuerce, compruebo: no, no es arroz. Alzo la vista, miro en derredor. Los arroces vibran, y entonces descubro un patrón: todos avanzan en una dirección, irradian desde la zona del horno –y la basura– hacia el resto de la casa. Mi cama se encuentra en el lado opuesto a la cocina de mi habitáculo y sin embargo

también se han aventurado hasta aquí. Esto no es arroz, estos son gusanos; quizá cientos de gusanos que han reptado todo el perímetro de mi habitación. En cualquier situación normal me descompondría con el hallazgo de uno solo de ellos en contacto con, por ejemplo, mi pantalón. Y sin embargo ahora la situación es tan desmedida, tan absurda que no la puedo ni leer. Voy hacia el ámbito cocina y ahí descubro que reptan de a decenas desde debajo del horno en dirección al resto del monoambiente y que lo hacen con bastante velocidad. No en- tiendo y quiero, necesito, claro, entender. ¿Qué hacen debajo del horno? ¿Qué buscan ahí? No hay olor a podrido en mi casa, pero esto en algún sitio se gestó. ¿En la basura? Sería lo más lógico, sin embargo no es de la basura que emergen. Continúo con la pesquisa, comienzo a desentrañar la lógica: salen de debajo del horno y van a buscar protección. Se han refugiado debajo de la alfombra, de los zapatos, de los muebles, de todo lo que tenga contacto con el piso, a salvo de aire y luz. Para convertirse… ¿en qué? Empiezo a atajar las manadas que asoman y, capturadas en un trapo, las mando, de a grupos, por la pileta de la cocina. No lo puedo creer. ¿Qué son? Y esto, ¿cómo pasó? ¿De dónde vino? Qué desidia, madre del cielo, qué horror. Anulando el pensamiento y tragando en seco, levanto todo, arremeto con el trapo, lleno el balde con lavandina, y le doy, a todo le doy. ¿Quién puede haberme mandado esta maldición? Pero sobre todo, ¿qué significa? Más allá de sacar la basura con más frecuencia en verano, ¿habrá algo que tenga que aprender? Decido no dejarme amilanar ni hundir por esta afrenta, decido tomarlo como acto de purificación y le doy le doy le doy a los gusanos con el trapo al agua por la pileta y se van, se van, acaso a sobrevivir en las alcantarillas, idea que no me disgusta tampoco en mi rol de potencial exterminadora, espero estar dándoles, por medio del agua, una segunda oportunidad, después de todo, ¿no cunde en el agua este mal, en la humedad? ¿No es ahí donde funda su reino animal?

Segunda parte/ Acá

Sobre la arena húmeda de la noche sigo pensando que el peor momento fue el de los sillones de cuero en el hospital.

Ni siquiera el de papá inmóvil con la sonrisa acomodada por los terapistas, sino el del sillón, minutos después de papá inmóvil. Ni siquiera el del té junto al hombre de la funeraria en el bar de mis amigos con la luz de noche, en el silencio de la madrugada, eligiendo cajones, manijas y flores detrás de hojas plastificadas en una carpeta, y el hombre entendiendo sobre la marcha, y volviendo el encuentro más expeditivo, que éramos de aquellos que sólo eligen por el precio: de cada producto el más barato. Ya que todo es espantoso y sólo lo vamos a quemar, danos lo más pino que tengas.

Ese tampoco fue el peor momento.

Tampoco lo fue el día anterior, el de la terapia intensiva, aunque compite bastante, le hace bastante sombra, ¿no fue ese peor? ¿No fue peor por esa esperanza que contenía, por ahí escondida, ese resplandor debajo de esa puerta que podía significar una cosa y su

contraria también? ¿No fue peor eso? ¿No fueron peores esas horas en la terapia, compartidas con toda esa otra gente tan mal, tan mal, tan mal, conjeturando qué les estaría pasando a ellos o a los de ellos allá adentro? ¿No fueron peores esas horas en esos bancos incómodos en esa sala de espera, con los dos televisores con el volumen apenas audible y sus publicidades de temporada de verano, que ofrecían planes para celulares, bebidas de gas liviano, cervezas y mar? ¿No eran esas imágenes dolorosas provenientes de una civilización extinta, hedonista y desfachatada, esa vida perra irrumpiendo en esta otra perra también, no hacían ese presente abismal? ¿No lo abismaban? ¿No fue mi hermano saliendo con la radiecita la peor de las noticias posibles? ¿No era esa pequeña radio ya lo único que unía a mi padre a la vida y no era la peor de las noticias verla en la mano de mi hermano al volver del purgatorio? ¿No fue el peor de los momentos malos aquel paseo en silencio con mis hermanos por la explanada de la Biblioteca Nacional, la nave del futuro, la ciudad linda con sus perspectivas mientras que en la terapia atrapado papá, librando la batalla contra sí mismo, la última quizá, mientras nosotros ahí en el sol de tarde bajo la presencia del hormigón, el hongo nuclear sin estallar, o en el gesto del estallido, perpetuado en ese ir hacia arriba y nosotros al pie con la conciencia en el cuerpo de papá ahí, a unos metros nomás, a cuadras, entre agonías, desconocidos, y batas blancas, murmurantes y diligentes; papá dializado, atrapado en sí, papá que le dice a Coco, su primogénito, el que le queda en fila si él se va, que le confiesa y recién después lo sabremos que así no, que así no quiere estar, con el respirar como dificultad, que así no se puede estar, para que minutos después pasen a conectarlo a todo, todo artificial, diálisis, respirador, papá atrapado en sí, lo que le queda de materia, asolado, atrapado, déjenlo ir, todas esas máquinas reproduciéndole la vida a papá, sólo porque lo puede pagar, haciendo como que la sangre le fluye todavía, como que todavía puede respirar, no fue eso peor? Probablemente y sobre todo para papá, librando la guerra contra sí mismo, perdiéndola, doblegado, derrotado, terminal; el cuerpo de papá como el campo de una batalla en la que él es todo, el que ataca, el que defiende y el campo en sí, el terreno en el que se dirime y se perpetra; se jacta y se sentencia, todo en papá.

Y sin embargo creo que el de los sillones fue peor.

Acá, mis hermanos y yo, en estos sillones, desvelados, allá los recepcionistas, afuera el hombre de botas de goma que manguerea la vereda, y en otro afuera más allá el funebrero por llegar. Un poco más adentro o bastante, disponen del cuerpo de papá, que ya hemos

visto, con la boca junta, Juani que habla, que dice que todavía no, que por qué no esperó a conocer a nuestros hijos, los que todavía no tenemos, él y yo, que por qué no esperó, ya no animan las máquinas a papá, ahora puede descansar. Y acá, de este lado de las cosas, los varones y yo que ahora sólo esperamos que nada suceda o los trámites, que finalmente son algo así como la vida eterna que nos trasciende porque eso sí que nunca deja de suceder. Esa espera en esos sillones mientras el hospital empieza a despertar, llega el turno nuevo, chicos y chicas en ambo y mochila, vienen de la calle, frescos, bañados, con auriculares, concentrados, de colectivos, de trenes, vienen a trabajar, con gente vienen a trabajar, pasan al lado nuestro, ni nos ven, somos parte de ese paisaje que ellos conocen tan bien. Ellos pasan, el hombre de botas asea la vereda por la que ellos pasan, se saludan con una inclinación de cabeza, con los recepcionistas también, es rutina esto, todo esto de rutina, incluso nuestro dolor.

Después en el auto, por alguna de esas calles, ¿era la misma Austria?, yendo para el Bajo; Coco nos lleva, y atrás, sobre el río que no vemos, que nunca se ve, amanece, sale el sol. En ese semáforo, antes de meternos a Libertador, esa pausa, con el sol por nacer, vuelve esa sensación de sólo el día más, el especial, en el que uno es aún testigo de su propia vida y la de los demás, mientras dure, el poder y la soledad de esa sensación, de esa convicción y allá, desde donde asoma ese sol, esa dirección, la de mi fu- turo inminente, el oriente, Uruguay, pero eso no lo sé aún, por suerte, en ese momento, y eso hace de ese día sólo otro día más, ese, el día en el que murió mi papá.

Ahora, en la arena húmeda, esperamos algo para tirar las cenizas al mar.

Supuestamente es este un momento de recogimiento, de despedida, de meditación, pero por lo menos yo no puedo con- centrarme y en el aire hay más una sensación de fin de semana en la costa que de último adiós. Coco, como mayor, ha quedado a cargo de llevar a cabo la tarea; no es que lo hayamos hablado tan claramente, pero decantó solo. Entonces en algún momento se decide que es el instante apropiado, que ha llegado, y ahí nos ponemos de pie, los varones y yo, sus mujeres se quedan, se ve que han decidido que este último paso, el de acercarnos al agua y entregar a papá al mar, sea algo así como

una cuestión de sangre. Sigo a mis hermanos por la arena fría, voy descalza, la arena raspa entre los dedos mis pies de ciudad. Encabezando va Coco con el bolso de la tarjeta de crédito. Llegamos a la orilla, donde todavía no moja el mar, no decimos nada, Coco abre el cierre. Yo no he visto la urna hasta ahora, porque no la fui a buscar, la vi direc- tamente envuelta en el plástico del bolso, de American Express, y ya bastante me había impresionado toda esa combinación, y no es ahora tampoco que voy a verla porque en la oscuridad no se llega a distinguir. Coco saca eso oscuro del bolso y en ese momento se nos detiene el corazón: exactamente al lado nuestro aparece una cabeza de caballo, como salido de la nada, bufando el cansancio de cargar a alguien por la playa. El susto nos hace dar un paso atrás, el caballo pasa, con sus crines a centímetros de nuestras caras, y detrás de él, más. Es una cabalgata nocturna de unos imbéciles por la playa que no tienen mejor idea que pasarnos por encima; el susto es sin embargo de todos, no nos habíamos percibido en la oscuridad y el bramido del mar obturó el sonido, así que para todos fue descubrirse frente a frente, con más costo para nosotros, creo, a pie y en la ilegalidad. Porque es eso lo que el susto también nos induce a pensar: ¿es esto legal? Si no, ¿por qué no lo hicimos de día? ¿Se puede arrojar ceniza de gente al mar? Vienen Angie y Valeria corriendo, quieren saber qué pasó. Ellas, desde su ángulo, habían previsto el encuentro con algunos segundos de anticipación, habrían querido evitarlo pero no habían lle- gado; Coco se puso nervioso, que sí, que no pasa nada, que qué va a pasar, que eran unos caballos nada más, que se vuelvan a sentar. Juani y yo no nos reponemos del susto tan fácil, aunque ninguno diga nada, pero es el silencio lo que cuenta. Entonces, de algún modo, volvemos a empezar. Coco tiene la urna en sus manos, Juan y yo nos ponemos uno a cada lado, avanzamos un poco más hacia el mar. Mariano le dice a Juan que abra la urna y agarre la tapa, que él va a arrojar las cenizas. Juan toma la tapa, Coco avanza un poco más, va calzado, se arquea, pareciera no querer mojarse los zapatos, se adelanta, todo rápido, como temeroso, termino de entender después, y sacude la caja sobre las olas, pero en lugar de producirse el milagro de la fusión de un elemento en el otro, o por lo menos el de la volatilidad, lo que cae de la urna es una suerte de pañal que hace un ruido seco contra el agua, para ser envuelto en- tero por una ola, y desaparecer. “¿Qué pasó, qué pasó?” Empieza a preguntar Juani; yo no entiendo nada, me persiste el susto de las crines, pero arriesgo “era una bolsa”, digo “estaba en una bolsa papá”. Entonces sí que Coco da un paso más, se mete en el agua hasta los tobillos con calzado y todo y empieza a intentar dar con la bolsa

para entonces sí poder liberar a papá. Juani repite que no lo puede creer; “no lo puedo creer”, dice una y otra vez, yo estoy paralizada, busco con la mirada pero no hay rastros del blanco de la bolsa, que ya estará camino al fondo del mar. Nos quedamos un rato más, entre escrutando las olas y mascullando el fracaso de la misión cenizas, y de repente, del susto será o qué, me empiezo a tentar, y me entra una risa irrefrenable y me río y me río mientras repito “¡era un pañal, era un pañal!”. Juani se pliega a mi risa y Coco farfulla, que no sea estúpida, me dice, que no es gracioso, y se vuelve arena arriba, y nosotros detrás.

Sus mujeres, que no vieron nada de esto último, nos esperan en un silencio solemne y Juan y yo nos calmamos cuando vemos que Mariano ha decidido por todos no compartir el paso de comedia con ellas. Nos sentamos en silencio y Valeria hace circular el whisky que trajo en su petaca para la ocasión y yo tengo que reprimir la risa que me sigue subiendo por la garganta cuando recuerdo el sonido del pañal de cenizas impactando contra la ola, y siendo engullido en el instante. Pobre papá.

–Yo voy con ustedes sólo hasta Montevideo, ¿me tiran ahí?

–Uh, pero no íbamos a entrar a Montevideo, no vamos por esa ruta.

–Coco.

–Bueno, vamos por esa ruta, total no nos cuesta nada.

–Genial, gracias.

–¿Y a qué mierda vas a Montevideo?

–A hacerme partir el corazón en pedazos.

–O el orto.

–El orto también, sí, por qué no, ya que estoy.

–No, dale, en serio, Trapo, ¿a qué vas?

–A visitar a unos amigos.

–¿A jipearla?

–Correcto.

–¿En serio?

–No. Voy a ver a unos amigos, te dije.

–¿Qué amigos? Nunca te conocí amigos de Montevideo.

–Son nuevos.

–¿Ah, sí? ¿Son muchos?

–No.

–¿Uno?

–Sí.

–Y no es un amigo.

–No.

–Entendido.

–¿Un novio?

–No. No creo.

–¿No creés?

–No. No es muy el estilo de novio.

–Es muy tu estilo más bien.

–¿Cuál es mi estilo?

–Ese. El de no saber.

–Ah, sí.

–¿Amor?

–No sé. Pero sí.

–¿Sí?

–Sí. Pero no del modo en el que estás preguntando, del amor romántico o de pareja, sino amor en sí, general, ontológico.

–¿Ontológico? ¿Y ese como sería?

–Esencial. O para ser menos abstracta: me hace pensar de un modo que no había pensado. Quiero decir, casi todo el tiempo no lo entiendo y casi todo el tiempo también está invirtiendo el sentido común y eso me hace ir a lugares de mi cabeza o del pensamiento y entonces también de la experiencia a los que no había ido nunca y decidí llamar a toda esta gama nueva e inexplicable de cosas, amor. Y además me gusta coger con él.

–Ah, ah, ah, ah, demasiado para mí, paremos ahí, tanto no pregunté, sos mi hermanita, no quiero saber.

–Bueno. ¿Me vas a llevar a Montevideo, entonces?

–¿Me lo vas a presentar?

–¿Qué parte de lo del sentido común no entendiste? No.

–Bueno, pero avisame justo antes de que se hagan uno con la música de las esferas, así paso a darte un beso.

–Ridículo. Te amo, Coquito.

–Pretenciosa, yo no. Vos tenés que ser siempre mía.

–Soy, soy, Coquito, por toda la eternidad. Pero ahora me tengo que embadurnar un poco.

–Y dale con las imágenes.

–¿Qué? No dije nada, es metafórico, Coc.

–Coc no me digas.

–Bueno, Coc Sáquer.

–Trola.

–Y a mucha honra.

Mi hermano dice que van a ir a picar algo al mercado de Montevideo y que me dejan por ahí. Pero cuando vamos entrando por la rambla tengo una intuición y le pido que me dejen ahí, que es más cerca de donde tengo que ir. Coco me dice que le diga adónde es que

voy exactamente, que me llevan ya que están; yo me resisto, que no hace falta, que mejor no. Logro convencerlos de que es por pudor que no quiero que me acerquen más y consigo así, final- mente, mi independencia. Me despido de todos con besos y abrazos, las puertas se cierran y ellos se van.

Bueno, genial. Ahora tengo menos que nada, tengo en negativo.

Tengo sólo zonas de dolor.

Respiro el aire del agua; acá todavía es río, aunque parezca mar.

Antes de que caiga el oscuro por completo debería poder dar con este muchacho para no tener que pasar la noche a la intemperie o, en su defecto, pagar. ¿Cómo lo encuentro? ¿Qué fue lo que me dijo este pibe? ¿Barrio Sur, Parque Rodó, Parque España? ¿Y ahora dónde mierda es que estoy? Sin suspenso ni movimientos heroicos, sino del modo poco poético en el que se realizan los grandes gestos hoy por hoy, extraigo mi pequeño teléfono celular del bolsillo y aprieto el nombre de Rosa. El teléfono, solo, llama a un número que, por supuesto, desconozco. Hace un enganche raro, por encima o debajo del río, supongo, y después entra a sonar. A los segundos, Rosa atiende.

–Rosi.

–Andrea, ¿qué hacés?

–Bien, ¿vos? ¿Podés hablar un segundo?

–Sí, me agarrás de pedo, decime.

–Escuchame, estoy en una situación, después te explico bien.

–No me asustes, ¿pasa algo?

–No, no. Bah, sí, pero nada grave, digo. Necesito que me hagas un favor.

–Decime.

–¿Vos sabés dónde es la casa de Iván en Uruguay?

–¿Qué? –La casa de la familia en Montevideo.

–Sí, sí, ya entendí, ¿qué pasa, Andrea? Me estás asustando.

–No pasa nada, después te explico, estoy en Uruguay, vine a hacer una cosa con mis hermanos. –Lo de tu viejo.

–Sí. Ah, te había dicho, cierto. Eso, sí. Bueno y ahora estoy en Montevideo y necesito verlo a Iván.

–Iván Iván, ¿mi Iván?

–Sí, Iván. –Ay, no entiendo nada, ¿para qué lo querés ver?

–Necesito verlo, es por una cosa importante, después te explico, por favor, no me preguntes más ahora, después te explico todo, tengo miedo de quedarme sin crédito, ¿me decís dónde vive?

–No lo sé exacto, yo no fui nunca, pero te lo averiguo. Dame unos minutos y te lo mando por mensaje.

–Gracias, Rosi, me estás salvando la vida.

–Vos me la estás cagando, boluda, ahora me dejás preocupada y con una curiosidad tremenda.

–Ya sé, perdoname. En un rato cargo crédito y te llamo. Gracias, linda, te debo una.

–Una no, me debés mil.

–Mil. Te quiero, chau.

–Chau.

Y si bien es una tarde de verano todavía, el otoño ya empieza a despuntar. Pronto, en la proximidad de árboles o verde podré oír ese pájaro o insecto del otoño, su canto inaugural. Pero eso todavía no y mucho menos en la proximidad del agua que sólo impone su rugido. Bien, tengo que esperar entonces, así que me dispongo a caminar, declive arriba voy. Dejando el río a mis espaldas se abre frente a mí la ciudad, con esa superposición de materiales, de estilos, de épocas. Paso por bares animados, de gente joven y bohemia, considero tomar algo en uno mientras espero, decido dejar eso para más tarde, quiero deambular. Más arriba hay un edificio que llama mi atención, me recuerda a algo. Pienso, busco, me acerco. Claro, el teatro Solís. El Solís está impecable, ahí está, el incendio del Solís. ¿No se había incendiado? ¿Y eso cuándo fue? Claro, ¿no era que se había quemado? Por dentro, supongo, ahora recuerdo haberlo visto por fuera, hace muchos años ya, un esqueleto, el esqueleto de un gigante, oscuro, sin vida, olvidado. Y ahí está ahora, resplandeciente, el teatro Solís, abierto, luminoso, funcionando. Cruzo de vereda, lo rodeo, me acerco por el frente, husmeo la programación. A mi lado pasa un grupo de hombres y mujeres, de distintas edades, de la mía la mayoría. Van de ropas de colores y hablan animados, uno de los hombres suelta un alarido, como imitando a un cantante de ópera, los demás lo festejan, pa- rece estar burlándose de alguien, dos empujan bicicletas. Me quedo mirándolos con impunidad, ellos no lo notan, van dueños de esa vereda, van desenvueltos. Empiezo a caminar detrás de ellos, a unos pasos, pero detrás. Cruzan la calle con envión, un colectivo se interpone entre ellos y yo; espero, cuando pasa veo

que el grupo se disuelve frente a un bar de aspecto europeo austero que da a la explanada en la que me encuentro todavía, la del Solís. Algunos se van por la peatonal que se abre frente a mí, uno de los de la bicicleta está atándola a un poste frente al café y otros están entrando, los veo entrando al bar. Dudo unos minutos, pienso qué hacer. Cruzo y paso por delante de la vidriera, veo a los coloridos de pie en el salón eligiendo mesa, tienen que ser actores, o bailarines, no cabe duda. Pero la timidez me vence y sigo de largo, voy para la plaza grande de gobierno que se abre ahí al lado. Esta plaza no me genera ninguna sensación en particular, excepto por el gran Artigas, este sí de escala desmedida. ¡Desmedida, completamente desmedida!, observo ahora. Me acerco, con un poco de estupor. ¿Por qué es tan grande? Me acerco, algo llama mi atención: Artigas puede no haberse dado cuenta pero en su montura ha anidado un hornero; Artigas lleva un hornero a cuestas a modo de alforja. Me detengo a observarlo. Es tan grande este Artigas que en su escala el nidito de hornero tiene el tamaño del taco de la bota del don; esto me da un poco del vértigo al revés, el de mirar cosas grandes desde abajo, como el casco de un transatlántico, o su ancla, megalofobia creo que es. A punto de marearme cierro los ojos y bajo la cabeza; disipado el mareo abro los ojos y me veo los pies. Todavía con esas botitas, mi dios, qué no habrán visto ya. Me gustaría poder compartir lo del hornero con alguien, miro a mi alrededor, hay algún que otro turista disperso apuntando su cámara contra la estatua, se ve linda a esta hora toda negra recortada contra el cielo del atardecer, pero, ¿ven el hornero? ¿Es eso lo que retratan? No lo sé. ¿Vivirá el pájaro, todavía, adentro, o será ya parte de la estatua el nido también? Decido seguir caminando por- que me envuelve una ventolera brava que imagino viene del mar. Del río. Del río mar. Enfilo como para la derecha pero en lugar de eso rodeo a Artigas y vuelvo para atrás. No lo tengo del todo decidido aún pero camino hacia el bar. Cruzo la puerta de piedra del final de la plaza cual umbral hacia algo que no sé qué será, tomo por un pedacito de peatonal, doblo por otra y ahí vuelve a estar el bar pero desde el otro lado. No pienso nada, no pienso, camino hacia la puerta, la empujo, estoy adentro, miro alrededor, los diviso, tengo suerte, hay una mesa pequeña cerca, hacia ella me encamino, desensillo, me siento, es un buen lugar. Ellos siguen hablando muy animados, son desenvueltos, histriónicos, están en casa, se nota. Se les acerca la camarera, joven como ellos, linda, los saluda con un beso, uno por uno, bromean, ¿quizás sea actriz también? E inmediatamente después, así como se aleja de la mesa de ellos, viene hacia mí, trazando un vínculo en el espacio que no tardaré en

desandar, recorrer en sentido inverso. Le pido una cerveza. Grande o chica, me pregunta; le digo grande, sin dudarlo. Ella sonríe después de decir muy bien, y mientras se aleja pienso que tal vez no haya sido tan buena idea lo de la cerveza grande. Miro la mesa de desinhibidos con impunidad, como si mirara la pantalla de un televisor. Uno de los chicos me advierte en algún momento e integra, incorpora mi presencia, mi mirada, es decir, sigue actuando, aun un poco más afectado, y cada tanto vuelve a mirarme como para corroborar que mi atención sigue ahí. Y sigue. No sé qué es lo que me hace comportarme con tanta impunidad ahora, ¿será la certeza, será esto de estar en otro país, la inmunidad, la invulnerabilidad que eso me otorga? Viene mi cerveza y me entra el mensaje de Rosa que estoy esperando:

es londres 1788 villa espaniola montevideo estas chiflada

Eureka. Si tuviera crédito sin duda le escribiría:

te amo. a la vuelta te cuento todo

Londres, Villa Española, cuánto país.

Munida de mi celular y envalentonada por las miradas chequeadoras de Remera Roja y el alcohol en sangre, recorro el arco de la camarera y me acerco a la mesa de los jóvenes. Rojo un poco como que se asusta, supongo que piensa que no pensó que su miroteo animaría a tanto; intento desactivarlo en el acto y me dirijo a una de las chicas de la mesa con la mirada mientras me presento:

–Hola, disculpen, soy argentina y necesito llegar a la casa de un amigo en esta dirección y no sé cómo llegar, quería saber si alguno de ustedes me podría ayudar.

Los uruguayos responden de lo más bien, la chica a la que interpelé con la mirada me pide el celular, lo mira, levanta la vista y se dirige a Rojo, oh casualité. “Va para Villa Española” es lo que le dice y a mí me aclara que él vive muy cerca de ahí. Me preguntan si soy de Buenos Aires, si estoy visitando, hasta cuándo me quedo y yo me saco la duda de si son actores y son. Me cuentan que son del elenco estable del teatro Solís y que salen de un ensayo de un Lope de Vega y otros de la obra de un iraní de no más de cuarenta. Les digo que trabajo en cine y ellos quieren saber, pero como no trabajé en ninguna producción que haya cruzado el río y le pongo tan poco énfasis a mi actividad pronto pierden el interés. Entonces estoy por retomar el tema de la dirección cuando Rubiecita se me adelanta y le

dice a Rojo "¿por qué no la alcanzás, bo, Pelu?", y antes de que él pueda negarse me pregunta si me da miedo que me lleven en bicicleta, porque está con la bici. Niego con la cabeza mientras miro a Rojo que me pregunta si quiero, me dice "¿querés?"; le pregunto si le molesta, me dice que no y agrega "te puedo llevar, pasa que me tengo que pelar ya". Sólo digo "mejor mejor", recupero mi celular, les digo muchas gracias a todos, vuelvo a mi mesa, pago la cerveza, le doy un último trago, apurado, cuando Rojo me pasa por al lado y dice "traela si querés". Dudo pero tratándose de mi conductor voluntario y voluntarista no quiero emprender la odisea desobedeciéndolo, así que agarro la botella por el cuello, saludo con la mano a la mesa de artistas que miran pícaros cómo su amigo se va con un botín y ellos me devuelven el saludo mientras Rulos me grita "¡cuidado con ese que anda sin registro!", y no me causa gracia pero sonrío igual.

Ya está. Ivancito, quieras o no, hacia allí voy. Vamos. Tu descendencia y yo, a bordo de un velocípedo charrúa. Rojo se presenta cuando termina de desatar su bici, me da la mano mientras dice "Mario, para servirle" y la casualidad me termina de confirmar que algo se encamina bien. Le digo mi nombre mientras le paso la botella, él da un trago largo, larguísimo, monta la bici, me señala el caño con el cuerpo y dice "arriba, chiquilina, que no muerdo". Acomodo la mochila sobre mi pecho, considero la botella, le doy un último besito, la abandono junto a la pared del bar y me acomodo en el caño. "Ahí vamos", dice mi nuevo Mario y nos ponemos en movimiento. Pega la vuelta a la calle del bar y del teatro, bordeamos la plaza con el Artigas, le echo una mirada de despedida al gigante inmóvil y me enfrento a la avenida que ahora remontamos. Mario me da seguridad. Será su nombre o su decisión al volante pero me siento a salvo entre sus brazos. Mario pedalea con contnuidad y respira bien, profundo, no le falta el aire nunca. Estoy muy cerca de la respiración de Mario, pero no me incomoda. Así como era de simpático antes de arrancar, con los latiguillos y la presentación, ahora calla, mejor así, se concentra en manejar, en acarrearme, y además nuestras caras están demasiado cerca como para hablar. Andamos bastante por esa avenida, varias, muchas cuadras. En un momento cambia la avenida y es como si se convirtiera en otra, y después en un bulevar. Y recién entonces mi chofer a sangre retoma la palabra.

–¿Ya conocés por acá?

–No, para nada.

–¿Y te vas a quedar mucho?

–No sé, depende.

–¿De qué, te puedo preguntar?

–Estoy yendo a ver a este muchacho con el que estuve un par de veces para decirle que estoy embarazada.

–¿De él?

–Sí.

–¿Es tu novio?

–No, no.

–¿Y lo querés?

–No sé, no lo conozco. Un poco sí. Es la primera vez que me embarazo.

–Te felicito, loca.

–Gracias, qué raro. Sos la primera persona a la que se lo digo.

–¿Cómo dijiste que te llamabas?

–Andrea.

–Andrea, te felicito. Pero si te vas a quedar un tiempo por acá, te aconsejo que te mudes a otro lado, que no vivas por acá.

–No, no creo que me quede… ¿Pero por qué me decís?

–No me parece un buen lugar para un chiquilín. O para una mujer como vos.

–¿Cómo una mujer como yo?

–Así, con abertura.

–¿Abertura?

–Apertura.

–No entiendo.

–Sensibilidad, que te das cuenta de las cosas.

–Ay, perdón, Mario, pero no estoy entendiendo mucho lo que me estás diciendo.

–Digo que no es un buen lugar, energéticamente hablando.

–Ah, ¿no? ¿Tiene mala vibra?

–No es eso. Bah, es eso también, pero pasan cosas.

–Ay, no me asustes.

–No, perdón, no es para asustarte, es para que estés atenta.

–¿Pero qué tipo de cosas decís? ¿Crímenes?

–No, bueno, alguna vez, pero no es eso, no. ¿Puedo confiar en vos?

–Sí, creo que sí, no sabría a quién contarle.

–No te pregunto por eso, por el chisme, te pregunto para ver si me vas a creer, o si vas a pensar que soy un loco.

–No, no pienso que seas un loco.

–Es el cilindro, sale de ahí.

–¿Qué es el cilindro?

Entonces Mario me dice “no mires para la izquierda ahora, mirá para adelante”, y yo le obedezco pero un escalofrío espeluznante me recorre la espalda. Pienso que la aclaración acerca de la locura no hizo otra cosa que oscurecer todo, por supuesto, como viene siendo la función de las aclaraciones que nadie pide y considero saltar de la bici o pedirle de bajar y que me indique el resto del camino, que ya no debe faltar tanto pero una fuerza magnética me envuelve, es como si una garra se posara sobre mi cuello y no me dejara ni moverme ni pensar por unos segundos, como si la orden de Mario se hubiese convertido en materia y me fijara la cabeza con energía. Todo se suspende por unos segundos, no sé cuántos son, pero el miedo se ha convertido en concentración y tiempo detenido. Sólo recuerdo de ese instante el sonido de la fricción del pantalón de Mario contra el canto de mi mochila, que nos acompañó todo el trayecto pero es recién entonces que se me hace tan presente, con el grillete de energía.

Avanzamos algunas cuadras más en silencio hasta que siento que mi cuello se desentumece y le digo:

–¿Sos mago vos?

–Mago no. Pero tú y ese bebé tuyo que tenés ahí no se acerquen al cilindro, ni cuando los llamen.

–¿Qué es el cilindro? ¿Quién nos va a llamar?

Pero Mario ya no responde y no me quiero volver a asustar. Unas cuadras más adelante se detiene en la esquina, me dice que esa es Londres, me bajo, lo miro, lo veo por primera vez desde el bar, tiene

hilos de sudor que le surcan los costados de la cara, no tiene cara de loco, no me da miedo, tiene la misma sonrisa con- fiable del Rojo del bar.

–Bueno, Mario.

–Nadie me dice Mario, me dicen Pelu, Peluca.

–Pero te llamás Mario.

–Sí.

–Bueno, no sé, Peluca, gracias… ¿No sé, te vuelvo a ver? ¿Dónde es?

–Ahí. Tenés que caminar a la derecha por esta unos metros.

–Bueno, muchísimas gracias, ojalá pueda retribuirte alguna vez.

–Sí. Y haceme caso, no te quedés con el chiquilín por acá.

–¿Con Iván?

–¿Tu hijo?

–Ah, no, no sé qué es todavía, estoy de un par de semanas recién.

–No se queden por acá.

–Bueno, pero no me digas más así que me asusta.

–No te asustes, pero tené cuidado. Chau, amiga, sos fuerte, cuidate.

–Bueno, gracias, chau.

–Chau.

Rojo sube a su bici y se aleja pedaleando. Me quedo unos segundos en la esquina mientras lo miro irse. Advierto en ese mismo momento que con el tema del aventón y la cerveza no me di cuenta de recargar el celular y me angustio. ¿Qué si no encuentro a Iván y me quedo varada acá en este suburbio montevideano, con el cilindro acechando e incomunicada? Me angustio, busco el celular en mi bolsillo, veo que tengo un mensaje nuevo que no es- cuché entrar y para mi sorpresa veo que se han cargado en mi cuenta cincuenta pesos para todo consumo. Me alegro y asusto en la misma medida… ¿Habrá sido Rosa? Seguro que sí. Le escribo el mensaje:

rosi fuiste vos? te quiero. cuando te cuente en la que estoy

Y empiezo a caminar Londres adentro, a ver con qué me encuentro.

Es una calle ancha de asfalto, con remaches de alquitrán que hacen curvas negras sobre el gris del cementado viejo. Hay, cada tantos metros, un poste de luz con su respectiva emisión mortecina, lejos allá arriba. Entre las casas, que son todas de planta baja, y el asfalto, hay una zanja, que en los accesos a los portones es cruzada por un puentecito de hormigón con un cilindro en el medio que permite la circulación del agua de la zanja, cuando hubiera. De esa zanja apabullan gritos de gatos bebé. Esta treta ya la conozco, son ranas pasándose de listas con su alarma de mamífero entrañable en apuros, esta ya me la sé. Y así y todo, aunque sepa, un poco algo se me estruja en el corazón con esos llantos, esas quejas, no hay con qué darle, y así de noche dan impresión. Camino por Londres, Londres abajo, busco el 1788. Algunas casas tienen rejas, aunque la mayoría no. Y en casi todas están encendidas las luces, en el interior. Llego al número que estoy bus- cando, la casa de Iván. Esta no tiene rejas, pero sí una parecita de ladrillo a la vista viejo, no llega a ser antiguo

sino sólo viejo. En una parte el murito se interrumpe y hay una puerta de hierro, pequeña, simbólica casi, pero cerrada lo mismo. La casa es un chalet, aunque de techo recto, es decir sin tejas ni dos aguas, como un cubo, chato arriba. Entre el murito y la casa hay un jardín, con arbustos y flores. Algunos no sé qué son, y menos así en la oscuridad, pero el más grande es un plumerillo, de esos de flores rojas que parecen pequeños plumeros. Es muy grande y está florecido. En esta casa también hay luz. Sobre el costado izquierdo hay un portón y un camino de garaje, como para poner un auto que ahora no está. Ahí sí que hay una reja y es entera, llega hasta arriba, hasta un alero que le han construido, calculo que años después que la casa, porque parece anexado, es de otro material y no tiene mucho que ver con el chalet. De ahí, de las ventanas del supuesto garaje, sale luz. Alguien en la casa de Iván hay. Paro. Ahora me da vergüenza todo. ¿Cómo empiezo? ¿Qué hago acá? ¿Quién es Iván? Iván Inchausti, doble i. El ambulanciero, monoambiente Iván, hola qué tal. Lo que sí, esta puertita de hierro no te la acciono ni en pedo porque debe hacer ruido de bisagra y no quiero que me sien- tan llegar. Pero entonces, ¿salto la parecita? ¿Cuánto más puedo demorar el estar acá, el anunciarlo, anunciarme? Pero cómo serán las cosas que ni necesario es porque en eso se abre la puerta del garaje, la del costado, es decir una hoja del portón, la del medio, no el portón entero y de él sale una vieja que muy despacito y con muchísima parsimonia, la del tiempo detenido, se desliza por la pared del chalet, rozando el ladrillo con su mano izquierda, pega la vuelta a la derecha tomando el camino que –parecita mediante– la conduce hasta mí. Aunque decir "pegar la vuelta" es un poco desmedido dada la velocidad de la faena; más que pegar habita esa vuelta como nadie. La anciana habita la vuelta y toma por el camino de piedrita empotrada que la lleva hasta mí. No va mirando para adelante, la curva de su espalda le deja la cara más bien dirigida hacia el suelo y un poco ladeada hacia su izquierda, como si se moviera confiando en su oído más que en cualquier otra cosa. Yo estoy petrificada y un poco también creo que no moverme me protege en una situación así, en la que estoy tan expuesta en una Londres desierta. La vieja le da al pestillo de la puertecita como si fuera parte de su cuerpo, la puerta chirría y se abre hacia adentro, hacia la anciana. Viejecita la sostiene en su mano izquierda y toda- vía sin mirarme y hablando como desde la crisma pregunta "¿quién anda ahí?". Pero no lo pregunta con miedo desde la cabeza sin cara sino como una frase formal que invita a hablar.

–Hola, buenas noches, señora, me llamo Andrea, yo soy amiga de Iván, lo andaba buscando a él. ¿Está?

–¿El Iván? No.

–¿Ah, no? Uy, qué pena. ¿Y no sabe cuándo vuelve?

–No. Yo soy su abuela.

–¡Ah, qué bien, hola! Yo soy Andrea.

–Sí.

Y la vieja se petrifica, sosteniendo la puerta. No entiendo, ¿salió a recibirme a mí? No tiene nada en sus manos, no salió a tirar la basura, por ejemplo, y sin embargo tampoco parece querer hacerme pasar. Los falsos gatitos chillando, dotando de drama nuestra suspensión. Entonces abuela se da vuelta sobre sus pasos, con toda la lentitud del mundo. Me quedo mirándola, recorre un par de metros, curva como va. De repente se detiene, sobre su hombro derecho emite un "póngale la tranca" y emprende el camino hacia la casa. Yo me doy por invitada. Atravieso el umbral, le pongo la tranca, y le sigo los pasos a la abuela, a una distancia prudencial que en este caso significa para mí detenerme cada tanto, casi no caminar. El jardín del frente huele salvaje, a ruda, pienso. Esto me trae el fondo de casa de mi propia abuela en provincia; es un buen augurio, no puede no ser.

"¿Es ruda?", le pregunto a la señora, que va a pocos pasos de distancia. "Amalia", me dice la señora y agrega "ruda, sí".

–La planté yo misma cuando se fue el Caballito para Buenos Aires.

–¿El Caballito?

–El Iván.

–Ah ¿le dicen Caballito? ¿Y por qué?

–Para que le dé suerte.

Me quedo pensando para que le dé suerte qué. ¿Que le digan Caballito o que le haya plantado la ruda? Pero Amalia ya no dice más nada y yo decido callar. El Caballo, el Caballito, mirá vos, el Iván.

Amalia, entonces, se desvía del sendero de cemento, pisa el pasto hacia su izquierda y señala algo ahí abajo, en la oscuridad. Le pregunto si necesita algo y me dice que arranque una ramita. Voy hasta el arbusto, arranco, y se libera un olor silvestre. Me llevo la ramita a la nariz: ruda. Amalia me tira la mano con la palma boca arriba, le apoyo la ramita. Mientras tanto mete la otra en el bolsillo de su delantal y saca un hilo, una lanita. Le da unas vueltas a la ruda con el hilo, todo con una lentitud que no se puede creer.

Me hipnotiza esa velocidad: hace todo tan lento que cada cosa, cada acción, parece tener un valor especial. Me cautiva esa acción dividida en todos sus microinstantes, como en una película: el día de Amalia sucede en fotos, una pegada detrás de la otra, y sin apuro. Cuando termina, me toma la mano, buscándomela con la suya al costado de mi cuerpo, nunca guiada por el sentido de la vista, se la facilito, me la toma, es mi derecha, la gira palma arriba con sus dedos rugosos y coloca la ramita que parece un bicho canasto, atrapada en hilo como quedó, sobre mi mano. Me dice que la guarde y que intente no exponerla mucho a la luz, supongo que para que conserve sus propiedades, pero no pregunto, sólo digo "bueno". Amalia entonces hace un movimiento con sus dos brazos, como dirigido hacia el arbusto o la oscuridad, un gesto entre de director de orquesta, de persona llamando la atención a otra a la distancia o de basta, un gesto de los dos brazos aventados y cruzándose en el aire. Miro en la dirección de su saludo y no veo nada más que arbustos y un poco me asusto, algo de lo insondable, pero al mismo tiempo todo de Amalia me da paz. Entonces gira sobre sus zapatitos y vuelve sobre el sendero, hasta la pared de ladrillo, de frente, la toca con la mano derecha y la sigue hasta la puerta del garaje, por la que salió. Yo la sigo a ella. Entramos por la puerta y adentro, en lugar de trastos viejos, o vacío o un auto hay lo que es una pequeña casa de un ambiente con cocinita y todo, cálida, con aromas, austera y llena de todo al mismo tiempo; una cama de una plaza cubierta por lo que parecieran ser capas de mantas o telas, lanas, pieles, mullido al fin, alfombra, una mesa, dos sillas, libros, todo viejo pero limpio y en buen estado: este es el refugio de esta señora, su casita en el árbol, así dan ganas de estar. "Qué lindo tiene acá", le digo, y ella, que se acercó a la cocina, me hace otro gesto con la mano, esta vez es la derecha, me avienta, traza un par de veces una línea en el aire entre el catre acolchonado y yo. Dudo, "dejo mis cosas", digo, rodeo la mesa y voy de ese lado del ambiente, a dejar mi bolso sobre la cama. Amalia no me sigue con la mirada, yo la relojeo, prendió el gas y está

manipulando unas ollas, una vajilla, algo. Y en lo que apoyo mi mochila sobre las lanas, el bolso se me resiste, parece cobrar vida, echa un chillido desgarrador. Jalo de la tira que todavía traigo en mi mano y a toda velocidad algo gris se echa cama abajo y desaparece entre unos muebles que están al fondo de la habitación.

Me quedo tiesa del susto y Amalia le dice a la olla "ahí está el Igor". Entonces se empieza a sentir olor a comida, algún estofado, algo dulzón. Dejo el bolso sobre la cama, ahora sí asegurándome de no importunar a ninguna criatura más y miro para el lado del acopio de muebles, por el que se fugó Igor. Es una suerte de instalación que se contradice un poco con el resto del ambiente, que casi carece de todo, es decir, en el que sólo se reconocen los objetos absolutamente imprescindibles para cada acción: sentarse, comer, dormir… Leer. Eso, los libros son casi lo único no funcional o necesario que se reconoce en la habitación. Y ahí, en ese ángulo del fondo, hay como una suerte de tolderío, pila de muebles o lo que sea cubierto por telas, ¿un teatrino, un altar? Un poco a cada una de esas cosas se parece. Ahora veo que algo se mueve en las alturas y descubro que ahí arriba, asomando por entre las telas, me escruta Igor, convertido en un títere desproporcionado, cuya gran cabeza de gato macho luce jibarizada en esta ocasión, en relación al cuerpajo de tela que le ha tocado en suerte. Igor, por su parte, no tiene idea del monstruo que componen la tela y él, y me mira desafiante, soberbio desde su atalaya, ignorando que su seriedad hace su disfraz aun más ridículo. Me empiezo a reír y la soberbia del gato se transforma en desconcierto; ladea la cabeza un poco, hace un sonido ronco, abandona la guardia y se acomoda a descansar en las alturas. Entonces miro con más detalle el cuerpo ocasional de telas, trato de entender: parecería haber un tótem de muebles o algo sólido en el centro, sobre el que reposa el animal. Pero no hay sólo muebles. Hay una parte de la tela que funciona más como cortina, suspendida de hecho de una soga tensora. Ahí atrás parecería ocultarse un pequeño hábitat, de no más de un metro cuadrado, ¿qué habrá ahí detrás? Me veo muy tentada a echar un vistazo pero en ese momento Amalia, desde la cocina, dice "después de comer", como respuesta a una pregunta que no formulé. Ni siquiera sabía que iríamos a comer, aunque el aroma fuera delator. Entiendo que voy a tener que dejarme llevar por esta señora que parecería saber bastante bien de qué va todo y de nada me sirve intentar imponer mi voluntad, cualquiera sea esta. Voy hacia el sector cocinita entonces y le pregunto a Amalia si la puedo ayudar con algo y me pide que ponga la mesa. No me da más indicaciones que esa pero sus repisas de cocina no tienen puerta y como no tiene objetos

superfluos no hay mucha duda acerca de lo que hay que poner: dos platos, cubiertos, dos vasos. "Huele muy rico", le digo, "¿qué es?". Ella me responde "guiso" y yo que huele muy bien. Amalia sirve los dos platos, se agacha junto a la cocina, levanta un tercer plato de lata, le sirve una porción a supongo Igor, las hace parejas y abundantes para el gato y para mí y a ella misma se sirve un cucharón de cortesía, prácticamente. Huele delicioso. Mientras me pone el plato delante y me deleito, le pregunto "¿y de qué es?" y ella me dice "de guiso". Bien, comprendido, me llamo a silencio, decido dejar de preguntar por preguntar. Hundo la cuchara y me llevo todo eso marrón a la boca. No podría decir de qué se trata y apenas consigo distinguir algo más que panceta y tal vez ¿cebolla? en ese mejunjor pero es el vientre materno, es como volver a una casa que nunca tuve, una madre que nunca sorbí. Amalia no probó bocado todavía, la miro tan quieta, con la cabeza dirigida hacia el plato pero su perfil atento a otra cosa, otra parte de la casa, y ahí lo siento a Igor venir, siento el impacto del salto en el suelo, el deslizarse y el sonido del plato metálico, percibo a Igor por el sonido de sus acciones, aun sin verlo nunca, empiezo a poder vislumbrar cómo es el mundo de Amalia. Y ese sonido metálico funciona como una campana porque entonces Amalia emprende su porción.

–Está muy rico, gracias. No sé cómo lo hizo pero está increíble.

–Estaba esperando al Caballo pero llegó usted. Está bien, está bien así, acá va a poder dormir.

–¿Yo?

–Sí. Tuvo que ir para Los Reartes pero mañana llega, el día después de mañana a más tardar.

–Ah, ¿no sabe cuándo vuelve en realidad?

–Sí. Mañana o el día después a más tardar.

–Ah, está bien. ¿Y dice que me puedo quedar acá, entonces?

–Sí.

–¿Acá acá de su lado? ¿La familia vive al lado? Digo, los padres de Iván… Esta es su casa, ¿no? La de al lado, digo.

–No, no, no.

–¿No?

–No, no. El Caballito se fue para Los Reartes para ver a la madre que está allá, la Almudena, mi hija. Hace años ya que se fue para allá.

–¿Con su marido, digo, el padre de Iván?

–No, no, no, ese tiene una nueva familia acá cerca.

–Ah, está bien.

–Sí.

–Pero entonces no vive acá… A mí me dieron esta dirección… ¿Y al lado quién vive, entonces?

–Una familia nueva, otra, alquilaron ellos.

–¿Y la dejaron a usted viviendo acá?

–Sí. Y al Caballo cuando me visita, que no le gusta ir a la casa del papá. Hay mucha gente ahí, no tiene buena relación.

–Pero si a usted le molesta, Amalia, me puedo ir para el centro, a quedarme en un hotel.

–No, no, no, acá se va a quedar a esperarlo al Iván, acá que va a estar protegida, acá se tiene que quedar.

–Sí, si a usted no le molesta yo me quedo acá.

–A mí no me puede molestar.

Ya no sé qué decir. Me concentro en mi plato y como, ni siquiera podría decir que me siento incómoda. Lo termino, Amalia me ofrece un poco más, le digo que con gusto, que no sé qué me pasa pero que estoy muy hambrienta, la señora se levanta a su tiempo y me sirve un poco más. Disfruto esa nueva porción como si fuera la primera. O más. Pero ya en los últimos bocados me empieza a entrar un sopor que casi no puedo controlar. Con gran esfuerzo termino la comida, no porque esté llena sino por el entumecimiento de los miembros, y no paro de bostezar. Y en lo que apoyo la cuchara sobre el plato en señal

de fin, Amalia me toma del brazo, me acompaña en el levantarme y me lleva hasta la cama de las pieles. No me resisto, no digo nada, no puedo, estoy des- articulada, soy sustancia gomosa en movimiento. Amalia aparta mi bolso de la cama, remueve las mantas y pieles con manos ágiles que conocen cada una de esas prendas; después de sacarme los zapatos, me hace entrar por un hueco que invita a un interior más algodonado, huele a salvaje, como a romero o algo así, parecido a la ruda pero no, ¿es salvia? Huele bien, me acomodo con lo que me queda de impulso motor, todo está muy suavecito y hogareño, siento unos pesos modificándose sobre la superficie de mi cuerpo, supongo que es Amalia redistribuyendo el abrigo, no sé qué hace pero se siente bien, siento algo más, un peso más fuerte, algo que me camina, ha de ser el Igor, no puedo moverme, tampoco lo intentaría, todo lo que se acomoda a mi alrededor es para hacerlo bien, hacer bien; eso que anda dedica un rato a topetearme los riñones, la zona lumbar del otro lado de las prendas y después de eso ya no sé nada más, esas patitas me mandan directo al más allá, a una zona de montes y valles y verde y humedad, de plantas exuberantes y casitas con ventanas en las laderas y senderos de piedra que ascienden, siempre hacia arriba, o son senderos finitos de tierra, de trazo gastado entre los pastos, por el andar, senderos entre piedra entonces, caminos roca arriba. Es en ese paisaje que me paso las próximas horas, suponiendo que fuera lineal, porque de no ser así, sin duda estuve de visita en algún lugar que conozco mejor que el que ahora habito. En esas laderas filmábamos una película, vete a saber quiénes, pero en un momento Mario el chico de la bici y yo teníamos que decidir una secuencia, no sé de quién era el film, pero él decía que convenía contarlo por detalles para que todo fuera más sugestivo y yo insistía en que el paisaje entero era fascinante y que era una picardía perdérselo y él estaba de acuerdo pero decía que en este momento le parecía más importante el paisaje emocional del personaje. En las mismas laderas o unas parecidas pero más tropicales y menos celtas, donde las piedras formaban ruinas, no hacía frío y había que abrirse camino entre la espesura, yo iba de blanco arriba, con un escote prominente, sintiéndome deseable, quizá levemente excitada también, y unos pasos atrás venía el Iván, con un niño en brazos, castaño, apenas más grande que un bebé pero, ¿nuestro? No lo sé. Y después re- cuerdo también balcones y palcos asomando de peñascos, en altura, todo dando un poco de vértigo, o bastante; desde abajo veo que ahí arriba se pasea gente, no es humana la dimensión de esos balcones, de la construcción, y eso no me sorprende pero sin embargo me da sensación de abismo hacia adentro, y tracciono para

arriba a la familia que ahora tengo con Iván. Después, en una especie de post sueño o falso despertar, estamos en el monoambiente que también tiene algo de hospital; en una cama comentamos lo bien y profundo que dormimos y le digo a Iván que a veces tengo la fantasía de que nos conecten a algo cuando estamos durmiendo así, para generar algún tipo de energía rentable, productiva, como la solar, que cuando duermo así siento que irradio, que irradiamos y que podríamos brindar esa energía para algo más, en el mundo de los despiertos, como una donación.

Despierto muy sudada a un ambiente de luz cálida y pareja. Sé, por la salvia o lo que sea, y los algodones, dónde estoy. Me siento en la cama, miro alrededor, estoy sola, no están ni Amalia ni Igor. La luz suavecita entra por tres ventanucos de puerta de garaje del lado opuesto al del frente, el que daría ¿a un fondo, un jardín? El lado para el que está el tótem de telas de Igor. Entra oblicua, de mañana avanzada. Ilumina el teatrito desde atrás y recorta unas sombras geométricas. No parece haber habido ninguna otra situación de cama a mi alrededor, me pregunto si Amalia se habrá ido a dormir a otra parte, ¿al lado quizá? Tras el cortinado no parecería haber lugar para un cuerpo tendido. ¿O habrá desistido de dormir para darme su lugar? Me entra una lija inconmensurable y me levanto a gestionarme algo para desayunar.

La puerta del garaje está sin llave. Salgo al alero, la luz está detenida y gris, copiosa. Los verdes del jardín de Amalia saturan, ahora veo todo bien. O distinto. La frondosidad de anoche luce ahora un poco más organizada. Recuerdo un librito que nos leía papá cuando éramos chicos, el de Rodolfo y la linterna, una suerte de Juan sin miedo después de la invención de la pila; Rodolfo que tenía miedo y salía a la noche y en lo oscuro veía cosas monstruosas que luego iluminaba con su linterna, exonerándolas de mal con su haz. Entonces un robot asesino resultaba ser una acumulación de trastos viejos, un dinosaurio maléfico era un conjunto de árboles y un zombie con sed de sangre con una cabeza entre sus manos resultaba ser su tío Augusto que le salía al encuentro con una bolsa de pan. Sin linterna pero de día soy Rodolfo desasnado en este jardín. Paso por la planta de ruda y recuerdo que dejé mi atadito benefactor en la mochila. Corto otra rama, una más pequeña, y la pongo en el bolsillo de mi cangurito no sin antes pasármela por la nariz. Vaya uno a saber. Camino hacia la calle, miro para el lado de Londres por el que vine: sobre el cielo veo un cerro negro y no entiendo, ¿estaré dormida aún? Es cierto que llegué de noche pero, ¿tiene montañas Montevideo? Aparte del monte que le da nombre, claro, y no es eso lo que estoy

viendo. ¿Qué es esa cadena montañosa sobre el horizonte? No acredito, hasta que sí: nubes, qué sobresalto. Realmente me tuvieron engañada por unos instantes, y fuera de lugar, fuera de mí. Sobre lo que creo que es el oeste, o el norte, hay una pared, una cadena rocallosa de nubes ne- gras, un paredón. Me pregunto si eso se viene para acá, pero necesito caminar. Mientras como la banana que tomé de Amalia para tapar el agujero un poco aunque sea, llego al bulevar en el que ayer me dejó Mario el ciclista: si no fuera porque transité más o menos esta distancia en más o menos esta dirección, hacia el lado contrario, claro está, no diría haber estado ahí. Orillo el bulevar en dirección a la cordillera de nubes; es un polo de atracción. En algún momento paso por un quiosco y me proveo de bizcochos y un jugo, una picardía, no tienen café. Considero volver a lo de Amalia, pero esas nubes me dan mucha curiosidad. Entonces cruzo el bulevar y me voy suburbio adentro por una calle que me da una buena sensación. Camino por esta calle conocida desconocida, vieja recobrada, y recuerdo que el hijo que tenía en sueños se llamaba Fermín. Era un bebé fornido que llevaba en brazos y pensaba que se llamaba Fermín pero Covarrubias, que le había dado el nombre yo. La sensación era de fortaleza y plenitud. No en el recuerdo, sino en el sueño, pero en el recuerdo algo de eso volvía también. Fermín Covarrubias. ¿Cómo irá a llamarse eso que se está cocinando ahora en mí? Sobre el fondo de la calle de Fermín se erige lo que parecería ser un paredón. ¿Qué es esta arquitectura improbable, esta construcción? Avanzo y sobre el plano que supongo pared se dibujan unas olas de color naranja, un motivo, en la parte inferior de la pared. Y por delante, palmeras, pero no en el motivo, sino en la realidad, plantadas, de planta real. Conforme me acerco, el muro se aleja y se abre un descampado entre aquello y yo. Lo que de lejos se veía como plano no es plano sino redondo, es una pared curva, como un tanque pero gigante, como un silo pero más, ¿qué será? Parece ser o haber sido algo recreativo o recreacional… ¿un estadio, un club? Avanzo por un camino, un senderito pavimentado que me lleva directo hacia él. Ya estoy a la altura de las palmeras: fueron plantadas adrede, todas en círculo, todas del mismo tamaño, la misma edad, todas en derredor. Miro a mi derecha: fénix. Creo recordar que a las palmeras genéricamente las llaman fénix, y pienso que algo hierático tienen, algo ancestral; algo de su tronco de escamas, una reminiscencia reptil. Me viene entonces también de la mano de estas fénix que en el sueño del bebé en un momento flotábamos en un taxi a la orilla del Paraná, era un taxi anfibio se ve, y que de la vegetación de la costa, que salía directamente del agua, como en imágenes que he visto del

Amazonas, se desprendían reptiles gigantes, pero cuadrúpedos, dinosaurios casi imperceptibles a primera vista, bestias ágiles, que trepaban árboles y se hundían en el agua por igual, yo los miraba con mi Fermín en brazos desde el taxi de agua, pero sin temor. Rodeo el muro entonces bajo el círculo de palmeras, por ahora ni un cartel ni nada que indique nada, ni siquiera una abertura, hasta que sí. Vaya uno a saber por qué ese hueco en el muro me dio ganas de franquearlo, quizás solo porque estaba ahí: una pared que se interrumpe en un momento, que deja de ser todo lo perfecta que es… ¿No estará ahí sólo para que la franquee? ¿Qué es ese hiato sino una invitación? Eso y las ganas de mear. Lo que falta de piedra en el muro oficia de escalera, de cúmulo de escombros que facilita la ascensión. Esto, pienso, en el cuento de Rodolfo el temeroso sin duda habría sido la boca de un gran dragón desdentando, ahora y de día aún lo es. Le trepo a los dientes al dragón y me asomo despacito, con respeto, y un poco de temor; una bocanada de aire viscoso me golpea, como anunciación. Trepo, subo, miro: es un espacio cilíndrico gigante, un estadio habrá sido; queda un remanente de butacas, un remanente de techo, hundido, caído hacia adentro, hay rastros de incendio, de ceniza, hollín, de postvida de lumpenaje también, de asolación. El interior de ese espacio se me prende al corazón, me lo envuelve en una capa de algo, adherente, paralizador, enfilo hacia uno de esos remedos de butacas, me apoyo, se vence, se despeña tribuna abajo, hace ruido de vacío, me acuerdo de la canción esa hermosa de Björk en la que la mina se imagina tirándose por el acantilado y reventando contra todo ahí en el fondo del abismo, dice que necesita hacer todo eso antes de que el otro, el amado, creo, despierte, para poder volver a estar a salvo a su lado, eso decía literalmente. La butaquita va a parar a algún fondo de garganta y del susto de todo ese abismar no va que vomito jugo, bizcocho y banana, todo en una sola emulsión, aun antes de que esa butaca haya terminado de impactar. Y aprovechando el impulso de expulsión, me agacho y meo también, marco este lugar. Cilíndrico. ¿Es a esto a lo que se referiría Mario Rojo, a una cancha abandonada? Más allá de la fi- sura, ¿qué puede tener esto de tan tremebundo? En eso bum, lo pedís lo tenés, la tormenta se desata sobre nuestras cabezas. Un primer trueno espantoso la anuncia pero casi al mismo tiempo que los primeros gotones entran a caer. Kabum. Corro escaleras abajo, cilindro adentro, le sigo el paso a la butaca voladora, la lluvia me inclina con su peso, presto atención a no resbalar y no tropezar con los escombros. Voy a parar a la panza del cilindro, miro en derredor, ¿dónde me podría refugiar? Atisbo a mi derecha una suerte de puerta, buraco, portal hacia el bajo tribuna que

se me ofrece como reparo. Rodeo el otro cilindro dentro del cilindro, una suerte de ombligo que le implotó al edificio y ahora es un círculo chamuscado y negro en el centro del campo, del predio, que a primera vista parece un agujero hacia el centro de la Tierra, uno de esos que se abren mágicamente en distintos lugares del mundo, bajo tierra, bajo océanos también, pero en una segunda mirada se ve que no es más que una gran estructura que ¿habría estado en el techo? Y ahora vino a parar aquí. La tormenta no cede y cruzo ese umbral. Adentro no se ve nada, está más oscuro que negro y me sale un frío al encuentro que no sentí jamás. Todo de ese predio me eyecta y sin embargo no puedo no avanzar. Doy un paso y me acuclillo al lado de la puerta, del lado de adentro, intentando no hacer contacto con nada. Decido que ni bien amaine un poco me mando a mudar. Intento habituar mis ojos al negro y poder empezar a ver, algún contorno aunque sea. Pero entonces un rayo cae e ilumina por menos de un segundo todo lo que hay: en lugar de columnas y vacío, de trastos, maderas o escombros, lo que se abre frente a mis ojos como un fulgor es un jardín sin fin. No entiendo, y me ha vuelto a comer la oscuridad. No sé qué hacer, la visión me paralizó. Decido quedarme en la misma posición hasta que otro relámpago me devuelva el jardín. Trato de reconstruir en mi mente, que ahora es lo único que tengo, qué fue lo que vi. En principio, el suelo estaba recubierto por pasto. Verde, jugoso, fresco. Y después: árboles y arbustos, hacia arriba, en profundidad, tropical. Pero, ¿había techo? ¿Estaba el jardín por debajo de la tribuna; habían, en efecto, crecido plantas ahí o es otra cosa lo que vi, una visión con cielo y todo? Pero ningún rayo vuelve y yo sigo sin ver. Empiezo a impacientarme y me carcome la curiosidad, así que muy despacito, usando mis manos de antenas con ojos cual cara- col, gateo hacia adelante. Voy muy de a poco, pasando las manos por abajo pero a la altura de mi cabeza también, no vaya a ser cosa. En principio lo que reconocen mis manos como suelo es cemento o algo parecido, no hay nada verde acá, cemento, arena, pedregullo, residuo. ¿Y el jardín? Pero entonces un relámpago vuelve a posar su luz sobre todo y vuelvo a ver frente a mí el espesor, la espesura, el bosque, la selva. ¡Ahí está! A nada de mí. Gateo rápido, como si la velocidad me permitiera asir eso que veo, que vi, antes de que pueda desaparecer y entonces, sí, por un segundo, siento el húmedo, el verde bajo mis palmas, mis rodillas después, aspiro el aroma de la tierra mojada, me acomete, soy feliz, una felicidad extática me invade.

Y entonces veo a mi papá.

Porque este lampo no se retira, y yo lo veo a él.

Pero mi padre no está solo.

Lo acompaña su mamá.

Mi padre y mi abuela, al pie de un árbol, conversan. No están sobre una mantita de picnic pero es casi como si la hubiera, algo en los cuerpos de ellos la repone. Su madre va de un vestido verde, de tela pesada, hecho a medida se diría, de sastre. Es un verde esmeralda apagado y brilla sin embargo. Mi padre va de pelo largo, por los hombros, se lo ve saludable y joven. Ambos están henchidos de vitalidad. Veo que mi abuela habla mientras con sus manos juega con un collar. Su hijo la escucha y sonríe, en algún momento balbucea algo, ella reniega, golpea con el pendiente del collar contra el brazo de mi padre, coqueta, a modo de amonestación. Imagino que él la está chicaneando y que ella se refiere a ese comentario como una chicana. Ni siquiera pienso en acercarme a saludar por más furia que me dé ver lo bien que la están pasando, o justamente por eso. Entiendo que, entre otras cosas, algo sorprendente de la imagen es verlos a ambos tan acicalados. Me los devuelve años antes de sus respectivas muertes, mi abuela hinchada y descolorida en el geriátrico, mi padre parecido a ella así. Acá, ahora, tienden a los cálidos y no retienen líquidos. Me dan bronca, me da bronca su nueva condición. Querría ir a increparlos, estoy llena de furia, siento esa ira subir en mí, me sube que exploto, también es ganas de llorar, pero entonces entiendo algo más, como si me hablaran sin necesidad de mirarme, entiendo algo más: se articula en mi mente que están muertos, que no es falta de voluntad. Como si pusieran esa frase en mi cabeza, ellos, con delicadeza, con amor, la colocan ahí, la dejan, la apoyan para mí, como un regalo, me dicen: “No te enojes, es que estamos muertos, no es falta de voluntad”.

Entonces un último relámpago lo enciende todo y ellos ya no están; queda el verde, queda la selva, pero ya ellos no.

¿Estoy muerta, me morí? ¿Fui yo lo que se despeñó y la butaca no? Desde esta entrevida me siento rancia comparada con la visión. Esos muertos eran bellos, lozanos, sin maldad. Un gran frío me circunda, ya no de humedad sino de vacío, de omisión. Escalofrío. No sé por cuánto quedo suspendida en esa nada, la de sin sonido y sin luz, soy adentro de mi cabeza, una gran cueva entre roca, donde el eco ha sido reemplazado por ondas prensiles que me rozan la piel expuesta a la ausencia de casi todo. La nada circundante entonces pasa a emitir

sonido de agua, no de lluvia, de agua en más cantidad, de río, del de querer olvidar. Esa corriente me devuelve a mí misma mientras se lleva consigo a los que ya no son más y el sonido, el regreso de la audición me devuelve al mundo de los que aún son con cuerpo.

Y entonces sí que lloro, pero sin drama, sin contraer. Lloro de alivio, de liberación. Esa garra que lo sujetaba suelta mi corazón y lo vuelve a poner en su sitio, o en otro, aun mejor. Una furia que ni siquiera sabía que tenía se disipa, se disuelve, cede; ignoraba que estuviera enojada con ellos, ignoraba que los culpara por… ¿morir? Morirse, desaparecer, ¿como si pudiera remediarse a fuerza de voluntad? Puede ser. Permanezco un rato más en el pasto, o lo que sea eso húmedo debajo de mí; me quedo quieta, apaciguada, auscultando en la penumbra lo que queda de lluvia. Ha cedido bastante el flujo y es ya casi un gotear. Con ese repiqueteo a metros sobre mi cabeza y los ojos abiertos o sin abrir, me despido sin gestos ni ceremonias, me despido como quien se vacía, no lamento, no pretendo, no intento nombrar: asisto a lo que queda de lluvia y de compasivo en mí, no quiero nada de eso; como el rocío que se pueda ir.

No sé cuánto después y con el corazón suelto giro sobre mí y salgo por la puerta por la que vine, ahora que ya dejó de llover. El predio mojado, encharcado me devuelve a ¿Fermín? Y a Iván. Me devuelve a la Amalia más inmediata; a Rosa y a lo por hacer. Vuelvo por donde vine, trepo por la rampa de tribuna, con escaleras primero y escombros después, vuelvo por donde vine. Amalia me debe estar esperando para comer.

La encuentro en cuatro patas entre las plantas, con guantes y un delantal. Remueve la tierra; un montadito de verdes extirpados me da la idea de que está desmalezando. Tira de ciertos yuyos con los guantes, sin velocidad, casi como si no se moviera, como si su mano en pinza sólo estuviera posada sobre el tallo verde, sosteniéndolo, pero alguna fuerza ha de estar ejerciendo, imperceptible, que hace que tarde o temprano el tallo ceda y exponga sus raíces al aire. Y ahí nomás va a parar al montoncito que supervisa Igor, un poco más eléctrico. Me acerco por atrás y no quiero asustarla, pero antes de que pueda decir “ya volví” con voz fuerte para que me sepa ahí, Igor ya acusó recibo de mi presencia y eso hace que ella interrumpa su acción. Amalia retrocede despacito, con la ayuda de sus brazos manda el peso de su torso al cuarto trasero, se endereza sobre las

rodillas y por último gira la cabeza para mirar. Me pregunta si anduve conociendo, le digo que sí, un poco, y que fui a dar al estadio que está ahí nomás, me dice que no puede ser. Le aclaro que estaba en ruinas y ella insiste en que no puede ser, que hace años que lo demolieron; le digo que este no estaba demolido, le hago la descripción. Amalia me corta en seco, que el cilindro se demolió. Era el cilindro nomás, entonces. Y no quiero seguir contradiciéndola, sobre todo porque ni siquiera estoy segura de que sea ese el lugar que visité, así que cierro con que no ha de ser eso entonces lo que vi pero que sí, que anduve de paseo. "Muy bien" es lo que dice Amalia ahora y, por el mismo camino –rodillas, brazos– por el que vino, regresa a su actividad. Igor también pasa de mí, pega un saltito coqueto, elude la maleza y va a meter las garras en la tierra revuelta.

¿No fue "el cilindro" lo que mencionó el Rojo anoche nomás? ¿Se referiría con demolido a lo que vi yo, derruido? A lo mejor es eso lo que quiso decir Amalia, que estaba derruido, porque eso es- taba, y a lo mejor también fue lo que el Rojo quiso decir con que no fuera para ahí. Pero yo fui, y no me pasó nada malo, más bien todo lo contrario, o eso creo. Se me ocurre preguntarle a Amalia si necesita ayuda y me manda a traerle un vaso de agua. Entro al garaje habitación y encuentro el espacio cambiado sustancialmente: el rectángulo ha sido abierto por un lado y luce ahora infinito, abierto a otra dimensión. La puerta del fondo ha sido corrida, sus tres hojas están plegadas sobre la pared de la izquierda y sobre el fondo se abre un jardín. Bajo un sol resplandeciente de mediodía veo, primero, unas baldosas en continuidad directa con el fin de la puerta del garaje, hasta que ceden y el pasto toma su lugar. Este, a su vez, empieza aseado de podadora hasta que se lo deja de asear y a partir de algún momento, decidido por alguien, unos metros por detrás de la ropa tendida, se marca una rigurosa línea a partir de la cual el verde deja de ser domesticado y turge, crece, se des- pliega, explota. Avanzo hasta esa línea de decencia y miro más allá: lo que se abre pareciera ser un bosque de mar, vegetación de proximidad costera, pinos de arena, por un lado, con sus copas allá en lo alto y vegetación rastrera, sobreviviente, de la que avanza hondo hacia abajo en la arena hasta ir a dar con el agua allá. La sombra de bosque expide olor a pino, a piña, a pinocha, a esta vegetación, un olor que llega sobre el aire que sale del bosque también, aire de mar aunque no lo sea; como si estos pinos mismos emularan ese aire de mar o eso que siempre reconocí como aire de mar no fuera más que el producto de esta corteza, esta resina, estos verdes, que se dan en la proximidad del mar. Respiro el aire húmedo, cargado de sombra y recuerdo la epifanía con mi papá, o quien sea

que fuera ese hombre joven y satisfecho tan parecido a mi padre bajo la tribuna del cilindro. Algo de este sitio me colma, de eso no hay duda, aunque también sea cierto que vengo colmada de antes si queremos ser absolutamente fieles a la verdad. Y ha- blando de colmos, ¿qué será que se me gesta acá? ¿Qué esta abstracción de adentro? En estos tiempos que corren en los que casi todo se puede ver, corroborar, ¿qué es este nivel de abstracción respecto de algo tan vital? Correcto, una barrita de papel dentro de un plástico con mi orín me ha decretado encinta pero, ¿es cierto este desdoblamiento entonces ahora? ¿Tengo algo acá adentro nomás? ¿Y si sí, qué? ¿Qué es? ¿Quién es? ¿Es? Lo que sí sé es que mis tetas están duras como rocas, que duelen, que tengo sueño y hambre y que de algún modo tanto estúpido como sencillo todo lo bueno y sólo lo bueno me inunda, sin rebalsar, me colma, se me mete, el verde, el espesor, cunde, cimenta, expande, provee. Los árboles, las plantas, me importan más que nunca y vaya uno a saber por qué.

¡El vaso de agua! Vaya desconsideración. Regreso al garaje casa a por él. Y en lo que estoy vertiendo el agua me entra un mensaje de texto. Cierto, ¡tengo un celular! Apoyo el vaso en la mesa y sigo la dirección del sonido. Mi mochila. Mi mochila sobre las pieles de la cama de Amalia. Mi celular en el bolsillo externo de mi mochila entre las pieles sobre la cama; mi celular. Es un mensaje de un número que no conozco pero no tardo más de dos palabras en reconocer al remitente. El mensaje dice:

me dijo mi abuela q estas. veni para reartes, la costera te deja en 20. t espero acá

Iván, el Caballo, el tipo: acá estás. El vaso de agua no por favor otra vez. Tiro el celular sobre la mochila y sin ver dónde cae paso por la mesa, tomo el vaso y salgo por la puertecita hacia adelante. Amalia sigue de rodillas en el seto, pero esta vez todavía un poco más adentro, casi sólo se puede ver su cuarto trasero. Me paro cerca de sus piernas, atenta, con el vaso y le espeto un "qué lindo es el bosque de ahí atrás". Y entonces otra vez Amalia que vuelve, despacito, hacia atrás, con parsimonia, todo otra vez sólo que ahora vuelve no para decir nada sino para recibir el vaso que, es evidente, tanta falta le hace.

–¿Seguro que no quiere que la ayude, le falta mucho?

–No tengo apuro la verdad.

–No, está bien. ¿El bosque del fondo ese es de alguien?

–¿Cuál?

–Atrás, atrás del patio, digamos, donde están los pinos, allá.

–El montecito, dice. No, del terreno es.

–Ah. Otra incomprensión y contando. Me habla como en haikus. Fuera, ansiedad.

–Amalia, me escribió Iván, que dice que usted le dijo que estoy acá, y me dice que lo vaya a ver a Reartes directamente, que me espera allá. Que vaya con la Costera, me dijo. ¿Usted sabe cómo ir?

–Sí. Mañana puede irse para Los Reartes.

–¿Mañana recién? Pensaba ir hoy mismo quizás, así no la molesto más. Me puso que es acá cerca, a veinte minutos, ¿puede ser?

–Sí. Mañana la acompaño a la ruta y sube.

–Ah, sí, ¿mañana recién entonces?

–Mañana va a tener que ser.

Listo, ahí está, atrapada en el haiku otra vez. Por alguna o muchas razones no me atrevo a increpar a la abuela de Iván, tomo su laconismo como sabiduría y sus frases llenas de omisiones como proverbios. ¿Mañana dice la sabia? Mañana será. En otra versión de todo preguntaría si es que ya no hay servicios, si hay algún otro modo

de ir que no sea esa Costera si es tan cerca, ¿caminando incluso? Si no vamos hoy porque ella cree que tiene que acompañarme a la parada en lugar de indicarme y quiere terminar su tarea de jardinería o está cansada ya y caminar hasta la ruta le parece una faena; si acaso su nieto le dijo algo que yo ignoro, como que le viene mejor que yo vaya recién mañana, si le ha dado alguna indicación. Pero en lugar de todo eso, que igual me acomete, claro está, acato ese mañana y desde un rincón desconocido de adentro algo como tranquilidad y sensación de melones acomodándose a gusto, me saluda. Le pregunto a la abuela si quiere que prepare algo para comer, y entonces ella me mira. Veo sus ojos, el globo de sus ojos, con esa capa, esa pátina que recubre los ojos de ancianos, de los que ya no se sabe muy bien qué ven, ojos ajados, en una piel aun más. Amalia se detiene, me hace un gesto con la mano llena de tierra, me alecciona una vez más, y yo que creía que estaba en camino de sacudirme la ansiedad, agita la mano y me dice: “Se sienta acá”. Y como si esa mano en lugar de en el aire se hubiera posado sobre mi cabeza, me baja un cansancio y me siento ahí, en el radio que ella me indica, cerca de ella misma, Igor, su actividad, cerca del pilón de verdes extirpados que bajo el sol de mediodía ha comenzado a oler, a salvaje, a hierba, a salvo.

–¿Y ese hijo es del Caballo, sí?

–Sí.

–Sí.

–¿Sí?

–Sí. Y no sabe él.

–No, todavía no.

–Ya va a saber.

–Sí, a eso vine.

–No.

–¿No? Esta señora y su sabiduría del más acá quieren acabar conmigo.

–Y no va a dejar de trabajar.

–¿Iván? No, supongo que no, para nada, pero yo no quiero eso.

–Usted.

–¿Yo? Ah, ¿dejar de trabajar yo? No, no sé, no pensé en eso, no pensé en nada en realidad. No tuve tiempo. Me hice el test, dudé unas semanas, tuve que hacer unas cosas, y después me vine.

–No pensó.

–Todavía no pensé, no. De hecho, no siento nada en particular excepto un poco de asco por momentos. Y hambre. Y sueño también. Pero hambre y sueño suelo tener, así que tampoco es que cambió tanto eso.

–Yo nunca no trabajé. Siempre nos ayudamos entre todos, con el tiempo. Con el Caballo que es el más chico también fue así: los hermanos se cuidaban entre ellos y a la mamá y la mamá a mí y ellos entre los hermanos, la Almudena y el Víctor y el Abel, ellos también, entre ellos también, siempre así, como postas, relevos, uno que cubre el tiempo del otro, cuando no está, en la actividad. ¿Allá trabaja en el hospital también?

–¿Yo? No, en el cine.

–¿El cine?

–Sí. Bueno, estos últimos meses estuve un poco parada, por algunas cosas, pero trabajo en cine, sí.

–¿Es actriz?

–No, no, no, para nada, no. Trabajo con la cámara, en el equipo de cámara.

–¿Quiere ser actriz?

–¿Actriz? No, para nada. En todo caso me gustaría dirigir una película alguna vez pero al ritmo que vengo, no sé.

–La solidaridad, eso es importante.

–Sí. –Compartir el tiempo, en la actividad, como las hormigas.

–Ah, sí.

–Lo que no puedo yo lo cubre el otro, el uno y entonces así, si hay solidaridad las cosas siguen adelante, la máquina sigue andando, avanza.

–Es importante el trabajo en equipo, sí.

–Yo siempre trabajé, cada día de mi vida y cada día de mi vida me hice un tiempo para lo otro también, los hombres, los hijos, los amigos, el placer. Leer o tomar un mate o salir a caminar, lo que haya que hacer.

–Qué bien. Yo siento que no administro mi tiempo muy bien que digamos. ¿Y de qué trabajaba, Amalia?

–Actriz.

–¿Cómo?

–Actriz cómica, era actriz.

–¿En serio?

–No, no.

–Ah.

–De todo hice yo, lo que hiciera falta, nunca le temí. No le tengo miedo al trabajo, no le temo, y cuanto más monótono mejor para poder pensar. Lo libre se siente adentro de la cabeza, en ningún otro lugar; no es afuera que se encuentra, que se va a buscar. Sí, sí, muchos años de trabajo fueron, años lindos, de trabajo y familia, de ver a los chicos crecer, de ir y de venir, casi que no tenía tiempo para descansar, pero no me importaba también, todo el día de acá para allá, era el estallido, la vida pura era eso, el porvenir.

–¿Y vivían en esta casa acá?

–Ah, sí, pero en la entera, en la casa entera sin partir. Hasta que se fueron yendo todos y ahí ya tuvimos que reducir. Y me quedé yo, de este lado quedé yo.

–Y no se quiso ir.

–No, no me quiero ir. Acá tengo las plantas de toda la vida y las que ya estaban de antes de venir nosotros; no, yo de acá no me quiero ir. La Almudena, mi hija, que me insiste con que me vaya a vivir con ella allá a Los Reartes que está el mar, pero yo no me quiero ir, no, yo de acá no me voy a ir. Sí voy y la visito pero, ¿qué voy a hacer ahí?

Mejor es cuando nos vemos poco, así, de un fin de semana sí, o en el verano unos días sí, pero tampoco tolero tanto el sol yo, de ir a la playa, voy pero a caminar, no a quedarme bajo el sol, ya no lo tolero yo, no.

Mi capacidad de discernir ha quedado completamente suspendida, hay que decir. No entiendo nada pero estoy fascinada; soy impulsada o atraída hacia un adelante que no entiendo ni cómo ni qué pero me dejo atraer. ¿Qué es esta novedad de estado gomoso en el que todo me dejo hacer, acontecer? ¿Y todo sucede? No puedo pensar, algo vuelve a vencerme y me siento atraída, como imantada, una vez más, por la cama de las pieles. Le pregunto a mi anfitriona si no le molesta que me recueste un rato, que me entró un sueño tremendo, me dice que me acueste en la cama, le pregunto dónde va a dormir ella otra vez, y ella que me dice que hace mucho que no duerme. Amalia me guía hasta la cama como si la anciana fuera yo, entrelaza su brazo con el mío y no sé quién le hace de soporte a quién pero me guía hasta la cama. Ahí me deposita sobre las pieles esta vez, me deshago de mis zapatillas desde los talones, una y después la otra, las oigo caer, Amalia se me sienta al lado, al borde del colchón y apoya su mano sobre mi panza, por encima de la ropa y es la primera vez que alguien hace eso desde que sé que estoy embarazada. Cierro los ojos, siento sólo el pequeño peso de esa mano.

El colectivo me deja en una rotonda y el conductor extiende su brazo hacia la derecha de la ruta para indicarme que hacia aquel lado se abre Reartes. De pie en el asfalto ya veo que hacia Reartes, entonces, me conduce otro tramo de camino, una ruta más. ¿Serán otros veinte minutos a pie? No parece haber rastros de civilización demasiado cerca, una vez que se terminan los fondos de los comercios ruteros. Bueno, tripas corazón, una vez más, aquí voy.

todo derecho por la ruta llegas a la plaza, te busco ahí

Bien, sólo caminar derecho entonces es. Ay, Iván, Ivancito, ¿cómo te voy a contar?

La plaza de la cita no es tal, sino más bien un círculo de pasto

amarillento en una rotonda, casi sin circulación. Supongo que lo que la hace calificar como plaza son ese barril y ese tobogán oxidados. El basurero grande de madera (¿quién va a tirar su basura ahí?) y el cartel, en madera también, la misma que la del canasto de basura, de "¡Bienvenidos a Los Reartes, tierra de arena y sol!", sin duda fueron un emprendimiento de la nueva gestión. Y, por supuesto, no hay ni rastros de Iván. Me siento a esperarlo bajo un eucalipto, de este lado de un alambrado que da a una propiedad privada, de cara a la calle y a la plaza. Vigilo desde ahí y me resguardo del sol de mediodía. Esta rotondita me recuerda a una en otro lugar de Uruguay, de la infancia, de Punta del Este será. Recuerdo que dándole la vuelta a una rotondita así pero de calle de tierra en algún lugar, yo vi un duende, un enano jardinero, una criatura ancestral. Todavía lo recuerdo con absoluta nitidez. Y sin embargo nunca nadie me creyó, junto a tantas otras cosas, cuando sí me creyeron tantas otras que no fueron verdad, pero esta sí. Como siempre, la gente confiando más en lo verosímil que en lo real. Este duende jardinero que yo sí vi iba de ropa colorida, chillona, ¿en violetas? Y su pelo era de un colorado furioso. Llevaba en las manos una tijera de cortar pasto, con mango de madera, y estaba parado en la zanja de la circunvalación de la rotondita. Miró nuestro auto al pasar, me miró, yo lo vi, nadie nunca me creyó, el duende de la rotonda, que hacía su trabajo una vez más, nada sorprendido de vernos pasar y sin necesidad alguna de ocultarse. Tampoco me creyeron que llegué a tocar el fondo de lo hondo de la pileta de competición de Polvorines, eso tampoco se me creyó. Cuando, ¿para qué lo iba a inventar? Tomé aire y me hundí, sabía nadar. Bajé y bajé y bajé, recuerdo el peso de toda esa agua sobre mi cuerpo, la claustrofobia del fondo, el subir de nunca acabar, el alivio de volver al mundo del oxígeno, ¿para qué lo iba a inventar? ¿Qué creían que quería atribuirme yo inventando eso? ¿Valor?

Tampoco se me creyó que podía ganar otra medalla en la gimnasia artística aparte de la de segundo puesto que obtuve en el colegio de Villa Ballester y así fue, nunca más gané. Después me detectaron ese sobrehueso en el pie que me impidió seguir practicando, como una osificación de mi deseo de dejar de entrenar.

Después dejé teatro en la biblioteca del barrio alegando que no podía seguir porque me tenía que dedicar a la facultad.

Y después dejé esa facultad para dedicarme al cine pero sin estudiar y me puse a trabajar y todavía no he dejado pero lo que me cuesta estar, permanecer. Perseverar.

Tampoco me creyó la malpensante de Estela Villagra cuando le juré una y otra vez que no me había ni autoescrito ni autoenviado una carta firmada por Joaquín Naumann por el deseo desenfrenado de recibir una verdadera escrita por el matón, qué mujer rancia.

Sí me creyeron, al cabo de dos días, que fue la malvada de Jorgelina Fariña la que me incriminó frente a los varones líderes, acusándome de haberles dicho a todos en el asalto que los varones nos querían tocar el culo, por lo que fui sometida a maltrato verbal hiriente por cuarenta y ocho horas, inmerecidamente.

También fue la misma podrida de Jorgelina la que me hizo abstenerme de besar a Lucas Rodríguez en la fiesta de jardín de Miguel, vertiendo veneno en mi oído acerca de cómo él me quería transar y yo, con el orgullo excitado, me hice la superada, aclaré que no me iba a dejar transar, cuando en realidad era lo único que quería. Y no me lo transé. Y me maldije más de una vez.

Sí fue verdad que tuve miedo muchos años y que viví con el corazón oprimido, sin darme cuenta. Siento que me domesticaron aquel día que mi maestra llamó a casa para comunicarle a mi madre que la directora del jardín de infantes no estaba a gusto con mi comportamiento, que yo no reconocía la autoridad, que tenía dificultades para reconocer y respetar la autoridad. Todo porque había incitado a mi amiga a que nos tiráramos detrás de la escalera para ver la bombacha de la señora directora bajo su larga pollera escocesa. Presencié esa conversación telefónica de mi madre con la maestra, recuerdo dónde fue. Recuerdo el pánico de que me echaran, de no ser aceptada. Y me domestiqué. Pero no sin costo. Mi hermano, el Juancho, por suerte nunca se dejó domesticar y así le fue, con alto costo también para él. Qué estúpidas todas esas señoras, las odio. Tengo cuentas pendientes con muchas de ellas, por su irresponsabilidad pedagógica a la hora de ocupar un lugar de poder frente a personas, niños nuevos en el mundo, tan vulnerables, y ellas

sin responsabilidad. Las menos son las que re- cuerdo como gente bien plantada en la vida, que amaba su trabajo y lo hacía bien. Cuánto irresponsable en el ámbito escolar, amenazados, compitiendo con los niños, por favor.

Si este cúmulo de células llegara a convertirse en persona, ¿cómo lo educaré? Y ahora, ¿qué siento yo? En ese documental de la gestación describían todos los procesos celulares de estas primeras semanas y era realmente acojonante. Células que se unen a otras y hacen combustión, se fecundan, se unen, se separan, se desdoblan, meiosis, mitosis, gestación. Es curioso que en las primeras semanas, en las que la mayoría de las mujeres aún ignora que lleva huésped, que sea ahí donde se cocina gran parte de la cosa. Es cuando el espermatozoide más intrépido, en su carrera voraz y casi imposible alcanza el óvulo, lo perfora, lo atraviesa y convierte así sus paredes en costra, lo vuelve impenetrable para el que venga después, como una Estrella de la Muerte a nivel microscópico. Me pregunto qué haré ahora con toda esta lucidez, la de la vida sin alcohol, o casi sin. Más de una década atontándolo todo con alcohol y ahora esto, la lucidez. La vida social, en lucidez. Conocer y conversar, en lucidez, la droga más estridente de todas. ¿Qué hará este crecimiento celular conmigo, en mí? ¿Se inscribirá dentro del cincuenta por ciento de los cúmulos de células que llegan a convertirse en un ser humano o perecerá en el intento? ¿Qué cincuenta por ciento elegirá?

Y en eso, por la bocacalle de la diagonal, lo veo aparecer, de a poco, a Iván. Viene de pantalón largo y zapatillas, raro para este clima, para esta estación. Veo cómo se va haciendo grande frente a mis ojos sostenido por la calle de tierra. Alza su brazo desde allá, Iván. Le respondo sin ponerme de pie, en esta sombra lo voy a esperar. Cuando se va acercando empiezo a verle la cara de dormido, es lindo el Iván. A un par de metros lo sigue un perro, que no es el Quicho, y ahora que lo pienso, al Quicho ¿con quién lo dejó? El Iván arrastra los pies y levanta algo de polvo. Cuando empieza a atravesar la plaza rala en mi dirección me pongo de pie. Iván cruza la zanja seca, llega hasta, doy algunos pasos, me acerco a la zanja delante de mí, sin agua también, en la que probablemente chillen de noche las ranas que se hacen pasar por gatitos bebé y ahí, en desnivel, es que nos encontramos y abrazamos. Es lindo él. Me abraza, me palmea la espalda al estilo dos de Boca y antes de llegar a decir nada me besa con lengua fuerte, sorpresivo, enérgico, casi tanto que no sé si llego a

retribuir. En eso mismo siento una calandria gritar. Sabe a la mañana la boca de Iván y un poco a tabaco también, sabe suave y húmedo y sugeridor. Y será por el hormonazo o qué pero algo se me pone duro ahí abajo, los labios serán. Meta hormonas nomás. Sale de mi boca, vuelve a abrazarme y me pregunta entre el pelo si encontré fácil. Le digo que la rotonda sí pero que a él no tanto, que me siento un poco Atreyu, surcando pantanos para dar con él. ¿Que que parezco quién?, quiere saber pero dice no haber visto La historia sin fin, o no recordarla, y lo dejamos ahí. Recuerdo que en una ocasión confesó no recordar nada de los primeros quince años de su vida. ¿De quince años, nada? Y no, parece que no. Me pregunta qué quiero hacer, si ir para la casa primero o si prefiero ir a la playa di- recto. Me sorprende ese "directo" para referirse a la playa como si el fin de mi presencia en este balneario fuera –efectivamente– turístico. Le digo que no sé y le pregunto quién está en su casa, me dice que no sabe ahora exactamente porque algunos estaban arrancando para la playa pero que viviendo están su mamá, el novio y la hija del novio con el marido y los hijos. Tres. Tres hijos. Sí, que son tres. Pero que no me preocupe porque él para en una casita que está en el fondo del terreno y sólo va a la casa para comer. Y que ahora probablemente no estén. Le pregunto si hay lugar para que me quede y me dice que sí, que no hay problema, que es una casa por la que circula mucha gente. De todos modos, y considerando el panorama, elijo demorar lo más posible el desembarco en la casa superpoblada y me decido por la opción "a la playa directo". No sin comentarle que él no trae bañador a lo que él, por supuesto, me responde "para qué". Enfilamos entonces para otra de las calles de tierra que se abren como rayos desde el radio de la plaza del barril. Después de unos minutos le comento que conocí a su abuela y él quiere saber qué tal me fue. Me confieso fascinada. Él no se sorprende, me dice que esa vieja es cosa de otro mundo y que es la persona más importante para él. Le pregunto si lo crió y me dice que lamentablemente no tanto porque siempre estaba trabajando o haciendo alguna cosa pero que siempre fue un referente para él, la energía de esa mujer. "Una mujer increíble, Caballo", comento con picardía, con tono provocador. Y ahí nomás el Caballo se ríe mucho y me dice "eso no te lo conté", y yo que no, y "qué vieja bravaza", cierra él. Me pregunta si tengo hambre cuando pasamos por un almacén y le digo que sí y dice que compremos algo para la playa. Entramos en la despensa, una señora joven nos atiende y saluda a Iván con displicencia, como si lo conociera pero no tuvieran un vínculo de afecto. Iván le pide que nos prepare dos refuerzos de jamón y queso y yo agarro tres bananas. No

sé por qué tres pero sé que nunca podría llevar bananas por menos de tres. ¿Una, dos? ¿Partir un racimo así? Me doy cuenta de que no podría. Así que llevamos tres. Y agua. Y café para el Caballo, que yo rechazo por el calor y él dice que es el tercero del día ya. Eso, por ejemplo, sobre su lengua no lo sentí. Lo gracioso es que desde ese beso fuerte inicial no volvió a tocarme, a establecer contacto físico alguno conmigo, donde me cuesta darme cuenta de cuál va a ser la constante y cuál la excepción. Tampoco yo intento nada ni propongo hacia ningún lado en concreto, excepto por esto concretísimo de ni hacer ni proponer. Eso sin tener en cuenta que mi presencia en este balneario ya tiene bastante de acción. Lo que digo es que no propongo nada en lo inmediato, del orden del tocar, del definir. Al cabo que tampoco ni somos novios, apenas si nos conocemos. Creo que a esta altura del partido sé más de su abuela que del propio Iván. Salimos al sol refulgente que me encandila los ojos. Intento acomodar la visión y ahí adelante, al final de esta calle de tierra que se asfalta por unos metros, consigo ver el mar, arriba, fundando otro horizonte, más alto que el del –contradictoriamente– nivel del mar. El mar ahí arriba, atrás, por encima de la tierra, en una perspectiva imposible, la del dibujo infantil literal. Exclamo "¡el mar!" y hago reír al Iván. Lo particular de este balneario, conforme nos vamos acercando a la orilla, es que antes de la playa, de la arena y un poco sobre la arena misma, hay árboles, más que nada pinos. Se lo comento y me explica Iván que es el paisaje de esta parte de la costa, donde el mar todavía es un poco río aunque ya empiece a ser mar abierto pero aún no lo sea tanto. Elegimos la sombra de uno de esos pinos, de cara al casi mar. Dejo mi mochila, me descalzo y camino hasta el agua, siguiendo un impulso infantil. La ola viene y me lame el ruedo del pantalón. Está congelada, mi nuevo impulso es huir. Pongo a salvo mis pies en la arena caliente. Miro hacia los árboles, mi compañero está absorto en su celular. Qué imagen tan de ahora la del desencuentro de las miradas. Pienso que si fuera él me estaría mirando a mí de lejos en la orilla, sin embargo él mira su celular y es probable que yo también habría estado mirando el mío de haber sido él. Esa nueva concepción de intimidad: la de quedar solo, sin compañía, por un segundo, y mirar el celular, ¿cómo era antes ese vacío? Yo me crié sin celular, pasé mi adolescencia sin celular, y un poco más también, porque un tiempo me resistí. Ni qué decir que en mi primera infancia ni siquiera había teléfonos en las casas, pero ese ya es otro cantar. Y sin embargo recuerdo cuán violento me resultó siempre, desde que lo hubo, la irrupción del timbre del teléfono en el hogar, esa intromisión. Es el día de hoy que me asusto cuando suena

un teléfono y nunca, no hay vez que me parezca apropiada esa interrupción, la del otro plano en este, la de la ausencia en presencia, la violación de las leyes de unidad de espacio y tiempo. Y ahora esto, mirar el celular, como embobado, concentrado, ido, el colmo de la ansiedad, del suceso in absentia. Decido mandarle un mensaje a Iván ahora mismo, pretendiendo usar a mi favor el desencuentro del teléfono. Redacto: linda la playa? Envío. Miro a Iván. Sigue absorto. Pasan unos segundos. Y entonces se produce el milagro y el destinatario alza la vista del objeto, sonríe, me saluda con la mano. Y vuelve a mirar su celular. Esta es, sin duda, una batalla perdida. Pienso entonces que a lo mejor lo bueno de no conocer nada a este hombre sea que no haya un malentendido al respecto: sea lo que sea que vaya a suceder me va a sorprender y es eso lo que espero porque acá no hay patrón. El patrón es lo desconocido, lo imprevisible. El imprevisto. Pienso que probablemente nunca se llegue a conocer realmente a nadie, quizás en principio o desde el principio lo que está todo mal es este paradigma cientificista, cognoscitivo, como si se pudiera, de hecho, conocer algo real o verdadero que ya estaba ahí antes, antes de ser observado. Como si lo que fundara no fuera primero el ojo y después la palabra. Anhelo el momento en que el caos y la no linealidad cuántica lo tomen todo y modifiquen el modo de ver y nos abstengan de la voluntad, del mandato de entender. Yo a vos, Iván, no te conozco, ergo no pretendo entenderte, ergo te recibo tal como sos con lo que me ofrecés, ergo no puede fallar porque al no haber expectativas no puede haber ni malos entendidos, ni desencuentros, ni inadecuaciones. A nivel celular hemos creado algo, algo se cohesionó, más que eso no hay y entonces, ¿por qué siento el imperativo de contarte? ¿Es mío, es necesario, es social? ¿Y qué si dejo que todo siga su curso sin intervenir y de acuerdo a lo dado, a lo esperable? ¿Qué es lo que hace a un padre padre, después de todo?, ya se preguntaba el torturado de Strindberg y no sin razón enloqueció.

Iván, en Reartes, se aloja en la fracción del fondo del terreno que su madre comparte con su nueva familia. Después de darme un chapuzón en remera y bombacha más acá del frío, secarme al sol sobre la arena con todo puesto, devorar los refuerzos y las bananas a la sombra, todo sin hablar mucho, Iván me propuso ir para la casa y, no sin vértigo, acepté, guiada por mi necesidad de echarme en una cama y pegarme una ducha quizá también. El chalecito no queda lejos de la costa, nada en realidad es lejos acá. Es un chalecito racionalista, digo yo, una casita vieja, cuadrada, de sólo planta baja, blanca alguna vez pero devenida gris, de piedrita rugosa por fuera.

Adelante, entre la casa misma y la calle, otra de esas parecitas de cortesía, con reja negra de hierro para pasar. De cortesía porque con alzar un poco las rodillas habría alcanzado para zanjar esa pared, el murallín. ¿Acaso edificaron toda Uruguay en los sesenta? ¿Son de los sesenta este tipo de construcciones, o de antes? ¿O de después? ¿Son racionalistas o es otra cosa lo racionalista? ¿Modernistas? Y entre medio, plantas sin mucho cui- dar, de las que se abastecen solas, ruibarbo, aloe, no de lo más angelado en flora, hay que decir. Pero no usamos ni la rejita ni el murallín para acceder a "Las alondras", como indica el cartel, sino que sigo a Iván a través de un portón a la derecha de la propiedad, algo anexado, de esta época, de cuando quizás algún tipo de crimen se haya manifestado en esta pequeña comunidad. Por el portón, a lo largo de la casa y sobre piso de baldosas, nos dirigimos hacia el fondo. Atrás hay otra construcción, probablemente de la misma época que las baldosas y el portón. Entramos a la cabañita por una puerta mosquitero que dejo caer detrás de mí con ese ruido característico del aluminio contra el marco con sólo muy poco de amortiguación. Sonido que me trae la instantánea de la puerta mosquitero de mi abuela sobre la que había dejado poner tres manijas a alturas distintas adecuadas a cada uno de nosotros. La cabañita de Iván es una casa de visitas, un único ambiente una vez más, no tan disímil de su otro ambiente único, con una ven- tana más generosa y real este, pero más o menos la misma cantidad de comodidades o ausencia de las mismas. Una cama de una plaza, una mesa con dos sillas, dos anafes eléctricos, una pileta de cocina, un mueble, un bañito sin bañera y pará de contar. Ah, no, y un televisor. Bastante grande. Encendido. Que reproduce un noticioso. ¿Se dice así? ¿Noticiero o noticioso? Ahora mismo hay una locutora en algún balneario entrevistando a algún turista frente al mar. La placa reza "Despunta el verano", y reparo en ese verbo, me doy cuenta de que esta misma placa en la televisión argentina rezaría "estalló". Suelen decir, en este mismo contexto, que el verano estalló. Son sutiles los uruguayos, elegantes, por lo menos en cuanto al verano. Me quedo toda la vida con el despunte antes que con el apocalíptico estallido del que ya nadie puede disfrutar. Iván, al igual que en su monoambiente urbano, así como entra, en un mismo movimiento continuo, se deshace de las zapatillas, se tira sobre la cama y toma el control remoto. Me quedo unos segundos de pie mirando el televisor sin verlo realmente y le aviso a Iván que me voy a duchar. Me dice que más vale y le pregunto por su mamá. Me dice que ahora está trabajando y que si la quiero conocer. Le digo que no es por eso, que sólo quería saber. Me dice que más a la noche la

podemos ir a saludar. Entro al baño, me des- nudo, gano tiempo, ¿cuándo le voy a contar? ¿Quizás ahora cuan- do salga? ¿Vestida, desnuda? ¿Qué le digo? ¿A lo mejor menciono sólo lo del Evatest sin mencionar lo del embarazo, como algo más abstracto? ¿O da igual? Y, ¿qué hago si prefiriera abortar? Debería, de algún modo, avisarle que ya decidí de antemano tenerlo si acaso llegara a integrar el cincuenta por ciento de los que llegan a nacer; ¿debería dejar en claro que se lo estoy comunicando, compartiendo, pero sin mucha opción? A cambio, a canje, a suspensión. Mojo todo el baño al ducharme, no hay una contención, y al cerrar la ducha descubro que no tengo ni toalla ni muda de ropa limpia, que todo ha quedado del otro lado de la puerta. Le pido fuerte a Iván que me alcance una toalla y él, después de demorar un poco, abre la puerta y mete un brazo por el hiato con una toalla ni limpia ni inodora pero que cumple su cometido al fin. Me en- vuelvo en ella y decido salir. Iván ha vuelto a la cama y mira –absorto– la televisión. Ahora se escucha el doblaje de alguna película, seguramente del inglés. No me mira, voy hasta mi mochila, saco una remera limpia, la primera que asoma, me la pongo de espaldas a él, por encima de la toalla y cuando atravieso el umbral del agujero de cabeza escucho que me dice que ya me vio las tetas. Le digo que ya sé pero que quiero elegir cuándo mostrárselas, que no están siempre iguales y que haberlas visto alguna vez tampoco significa verlas siempre. Saco una bombacha y el short de la mochila e Iván me dice "vení, vení, no te pongas". Quiero saber qué y él dice "vení acá conmigo", palmeando la cama a su lado, sin dejar de mirar nunca el televisor. Una vez más obedezco: abandono las prendas sobre la mochila y en remera arriba y toalla abajo me voy a tirar al lado de Iván. Ambos estamos acostados con la espalda contra la pared y los pies en el suelo, cruzando la cama. Ni bien me acuesto él pone su mano izquierda sobre mi muslo derecho, sobre la toalla bordó. Miramos la pantalla, veo a James Spader jovencito, con un rebajado polémico, de jean clarito y camisa y borceguíes negros, sentado sobre un piso de madera, lánguido. Andy McDowell, desde una silla, le habla: acá lo hace en español neutro. Digo que me encanta esta película e Iván hace mmm cuan- do le digo cuál es. Dice que cree haber visto algo ya en algún momento y le digo que es probable, que es una película muy conocida y que cada tanto la vuelven a dar. "¿Buena?", me pregunta, le respondo que sí y me acusa de afrechada, "afrechadita" me dice, y esto ya me lo explicó. Le digo que se calle y que casi no hay sexo en la película, que es más acerca de la represión, del amor y que él es un poco como Graham, el personaje de James Spader, pero sin problemas de erección, como Graham antes de

perturbarse, mentiroso y regalón. Que a qué me refiero con regalón, quiere saber y yo que a que no escatima su cariño, que es bastante pica- flor. Entonces Iván me mira y muy serio me pregunta por qué estoy diciendo eso si apenas lo conozco. Y así de repente, a lo auténticamente Graham, me interpela con su sinceridad pero sobre todo seriedad, sin ironía y me hace sentir una porteña ridícula y a la defensiva. Me doy un poco de vergüenza y hablándole al televisor le concedo que dije por decir, que no me haga caso, que no estaba hablando tan en serio y él que mejor. Seguimos mirando a Graham y Andy en la escena en la que ella lo acorrala y se da vuelta la tortilla, en silencio, hasta que él me dice "no estuve con tantas mujeres yo". Zácate, otra vez la ternura. Le digo que está bien, que no importa y que no me tiene que explicar nada, que de hecho lo más raro de todo es mi presencia ahí, a lo que él se ríe y dice que es verdad.

–¿Viniste a verme a mí o estás de vacaciones?

–No, vine a verte.

–Ah, mirá.

–O sea, aproveché. Vinimos a tirar las cenizas de mi papá al mar y les pedí a mis hermanos que me dejaran en Montevideo, así te pasaba a visitar.

–¿Y cómo me encontraste?

–La dirección me la dio Rosa.

–Pero Rosa nunca vino.

–Está bien, pero tenía la dirección. Me la pasó por mensaje.

–Y fuiste a parar a lo de la vieja.

–Ah, ¡eso! Hablemos de tu abuela, por favor, ¿es bruja o algo así? Nunca antes me había sentido como en esa casa.

–Ah, ¿viste? Qué va a ser bruja, esa vieja es una viva, no le creas nada a una actriz.

–¿En qué sentido?

–¿Cómo en qué sentido? En el único, en el de que no le creas nada.

–Sí, eso entendí, lo que no entiendo es qué tienen que ver las actrices.

–Por mi abuela, digo.

–No entiendo.

–Que era actriz. ¿No me dijiste que hablaron mucho?

–Sí, no, bastante, algo. Claro y ella me dijo que era actriz pero enseguida me lo desmintió, y entendí que había sido una broma… ¿En serio me decís que fue actriz?

–Fue, sí, y una muy buena. Mirá vos qué taimada la vieja, quisiera haberla visto, qué personaje te habrá ido a hacer.

–No lo puedo creer… ¿Y qué hacía, dónde actuaba?

–Era actriz cómica, en una época en la que casi no había actrices cómicas. Hombres sí, pero mujeres casi ninguna. Siempre repara particularmente en eso, en que era un mundo de hombres.

–¿Actriz de cine?

–No, qué va. De teatro, siempre de teatro. Casi no había cine en esa época acá en Uruguay. Trabajaba en el teatro, o en cafés, hacía reír. Empezó en la radio, de correveidile, después pasó a escribir y en algún momento empezó a hacer un personaje, el ciclista, un niño que recorría el país en bicicleta y tenía anécdotas para contar y hacía reír. Ese fue el personaje más famoso; y en un momento lo llevó al teatro. Lo gracioso es que la gente creía que era un muchacho el cicilista, y la vieja siempre dice que había que ver la cara que ponían cuando se enteraban de que no era un muchachito sino que era ella, ¡una gurisa! La que decía recorrer el país en bicicleta. Y en el teatro, que no era un lugar de mujeres… Y mucho menos haciendo de hombres.

–¿Hacía números?

–Números, sí. Y contaba historias. Empezó con esto del Mauricio el niño ciclista, pero después primero se presentaba ella, la Jáuregui, como la Jáuregui, así se la conocía, es su apellido, y se presentaba como la Jáuregui, de vestido nomás y hablaba y cantaba a veces también pero no cantaba bien. La acompañaba el Ñato Armendi a la guitarra y ella no sabía cantar, recitaba más bien, era cosa de humor, contaba historias de humor. Y al principio hacía mucho al Mauricio, porque el público se lo pedía, un niño endemoniado era, un botija, un rufián, y eso a la gente la hacía reír; y ahí hacía que hablaba la Jáuregui con el Morito, que también le decían así al ciclista, y hacía los dos. Después ya de a poco que la fueron conociendo se fue independizando del Morito y en un momento ya no lo quiso hacer más, pudo ir independizándose de él. Y ahí empezó a hacer mucho a la Eusebia, la falsa beata de Cerro Largo, que hablaba mitad uruguayo mitad portugués, porque vivía ahí en Rio Branco, sobre el Yaguarón. Tenía un marido de cada lado la beata Eusebia y se hacía la que no, la mujer ejemplar. Y parecía que tenía una marido de cada lado y una familia también y ella que hablaba español y portugués y todo mezclado. Con la Eusebia llegó al Solís.

–¿Al Solís, el teatro? ¿Ya estaba abierto?

–Sí, no sé, unos años antes había vuelto a abrir. Se presentaba en el café del teatro, con la gente que comía y bebía, ahí entre las mesas. Y parece que tenía su público, o eso dice la vieja. Dice que a veces venían de Cerro Largo mismo, del interior, la venían a ver porque creían que de verdad era de allá, y la gente a la salida le preguntaba si era verdad eso de los dos maridos y toda esa historia.

–¿Vos la llegaste a ver alguna vez actuar?

–No, para nada. Creo que ni siquiera mi vieja la vio. Esto fue todo antes de tener los hijos. Después siguió trabajando pero ya no de actriz. Lo dejó, dice que se cansó, que le dio todo lo que le podía dar. Incluso más.

–Claro, guau, estoy anonadada. No puedo creer todo lo que me contás. No sé si creerte a vos, más bien.

–Hacé como quieras.

–Bueno, igual no me importa si es verdad o no, como historia me parece fascinante. Y si no es cierto tenés una imaginación muy frondosa y celebro eso también.

–¿Rosa sabe que estás acá, entonces?

–Acá acá ahora mismo no, acá en Montevideo sí. Quedé en explicarle después.

–¿Y qué le vas a explicar?

–Todo. Que te vine a visitar. Y todo.

–¿Sabe?

–¿De nosotros, digamos?

–Sí, que hacemos el amor.

–Qué tarado. No, eso no. No sabe que hicimos el amor. El sexo.

–¿Querés?

–¿Qué?

–Coger.

–¿Ahora?

–Sí, mirá cómo estoy. Iván se señala el pantalón y le veo la erección.

–Ja, mirá quién me decía… ¡La película te afrechó!

–No, la idea. Y esto.

Iván descorre la toalla sobre mi pierna y me deja en concha. Me pregunta si puede y no tengo la menor idea de a qué se refiere pero le digo que sí. Iván se desliza hacia atrás sobre su panza, se pone de rodillas en el suelo frente a mí y me empieza a chupar. Pone su mano izquierda sobre mi bajo vientre y con los dedos de la derecha me entreabre los labios para hacerse lugar. A mí me da entre cosquillas y timidez. Por suerte estoy tranquila en cuanto al olor por el baño de recién. El desembarco de su lengua sobre las pare- des internas de mi concha me estremece, me sacude un poco, él asoma y me pregunta si estoy bien. Le digo que sí, que sólo me hace un poco de cosquillas pero que está bien. Iván vuelve a sumergirse y yo intento relajarme y entregarme a la situación, cosa que no me resulta tan fácil. Me da bastante vergüenza que me chupen la concha, siempre me pasó, me cuesta realmente entregarme a esa situación. Pero Iván viene dulce y quiero poder disfrutar de lo que me propone, nos propone. Cierro los ojos para negar la película, aunque el audio llegue igual. Iván arrancó lento y ahora va acelerando un poco el ritmo pero sin llegar a ser invasor ni generar o precipitar un falso in crescendo. Me doy cuenta de que me gusta eso, que no pretenda hacer de este momento el momento cumbre; es una estimulación muy particular, localizada, íntima al fin, habrá que darle tiempo a este encuentro, pero lo cierto es que no empieza nada mal. Me acometen las ganas de preguntarle si chupa por él, porque le gusta, o por mí porque cree que es cortés pero, por lo poco que lo conozco me quedo con la opción uno que, de todos modos, a todos nos sienta mejor. Incluso se queda más rato del que mi reloj interno marca; abro los ojos, lo miro pero lo veo tan concentrado que no quiero interrumpirlo. Pasa que ya querría que me la meta pero combato la ansiedad. Después de todo es lindo y suave y caliente, de temperatura calentito y de estimulador. En eso Iván se detiene, me mira con ojos idos, de cebo, de celo, se limpia la boca un

poco con la toalla casi al mismo tiempo que des- liza su pantalón cadera abajo, viene hacia mi, sube, y me embiste, mete su pito duro en mí. Siento que algo se completa; es poderoso ese primer momento de ensamble, de encastre. Y bueno, no va que no le digo nada pero del uso de forros ni hablar, así que esto es, por lo menos, una pulsión.

–¿Y qué, te enamoraste?

–¿De quién, de vos?

–Ajá.

–No. No sé. No creo. ¿Vos sí?

–¿Qué yo?

–¿Te enamoraste de mí?

–Profundamente. Sin retorno.

–Asqueroso. Vil.

–Tortillera.

–Y a mucha honra.

–¿Me buscaste a mí para vengarte de Rosa porque no te pasó el apunte?

–¡Exacto! Me desenmascaraste.

–Pero no contabas con mis encantos y mi irresistible poder de seducción.

–Tú lo has dicho. ¿Podemos dejar de ser sarcásticos?

–¿Malos?

–Sí, por favor, ya pasó de moda.

–¿La maldad?

–El cinismo. Es viejo. Y rancio. Y obvio. Y aburre. Y conduce siempre al mismo lugar.

–¿Cuál es ese lugar?

–El de estar a salvo. No sé de qué pero de algo. De todo quizás. Aburrido.

–Concedo.

–¿Concedés? Qué suerte. ¿Cuándo volvés para Buenos Aires?

–No sé todavía. No sé si voy a volver.

–¿Ah, no? ¿Por qué?

–No, no sé. Quizá me quedo acá, trabajando. O me voy más al norte, para el lado de La Pedrera, tengo unos amigos ahí que construyen ranchos por la zona, trabajan todo el invierno y después en temporada con los turistas, por ahí me quedo acá.

–¿Y el hospital?

–Me cansé del hospital. No digo que no me guste, y si no vuelvo

seguro que lo voy a extrañar, Buenos Aires también, pero puedo ir cuando quiera. Creo que este año prefiero quedarme cerca del mar.

–Mirá. Claro. Está bien.

–¿Te rompo el corazón?

– …

–Ah, sí, sarcasmo, pasado de moda, perdón. Me podés venir a visitar igual, cuando quieras.

–Sí, qué bien.

–¿Sarcasmo?

–No, no. Bien. ¿Y el Quicho?

–El Quicho ahora quedó allá con el Columpio, que lo está cuidando. Se lo llevó a la provincia a la casa de los suegros que pa- rece que tienen fondo grande y animales, no creo ni que me extrañe. Pero me lo tengo que traer para acá si me quedo, claro.

–Sí, claro, te lo tenés que traer.

Listo, niño bicelular, despídete de tu papá. Acá parece que vamos a ser sólo vos y yo en la ciudad. Y en el mejor de los casos vendrías después, a reclamar lo que es tuyo, a visitar a tu padre junto al mar. Tendría que hablar, pero ¿para qué? ¿Cómo va a ser? Si pueden pasar tantas cosas en el camino, ¿por qué no espero a que estas células efectivamente configuren niño y hablo después? Si todavía no sé. Mejor después. Los iré conociendo a ambos al mismo tiempo, al padre, al hijo; que avancen en paralelo hasta que pueda saber algo, si las células serán hijo y eso convertirá a Iván en padre, falta para

saber, ¿hablar para qué? Más aun, si se queda en Uruguay, ni siquiera tendría que justificar mi barriga. Alguien, por ejemplo mi padre, si pudiera contarle, me diría que tiene derecho a saber, que no sea hija de puta y que el muchacho tiene derecho a saber; y sobre todo si lo voy a tener. Pero como mi padre ya no emite y no lo sometí a discusión con nadie más, nadie se refiere a derechos y con mi silencio me quedo yo. Que los hijos son de las mujeres, decía Strindberg, y tenía razón.

–Mañana me voy a ir para la Punta del Diablo, que hay unos amigos parando allá, para ver si se arma esto de las cabañas.

–Ah, ¿mañana ya?

–Sí. Pero podés acompañarme si querés.

–¿Vos decís?

–Sí, si te dan ganas, sí. Se pone lindo allá arriba a esta altura del año.

–Bueno, puede ser, en todo caso me tomo el colectivo desde allá.

–¿Tenés apuro por volver?

–Apuro no pero no tengo mucha plata y tengo que volver. Dejé mi casa sola. Y tengo que ir a ver a mis hermanos.

–Unos días nomás, te vas cuando quieras.

–Sí, puede ser, sí. ¿Cómo vas vos para allá?

–Con el auto del Enrique, el novio de mi mamá.

–Ah, bueno, sí, puede ser. Me gusta, sí.

Todo es tan confuso por estos días, no se sabe quién piensa qué, qué es bien o qué está mal. Quizás esté vencido un orden de cosas y haya llegado la hora de reestructurar. O de des: desestructurar. Lo viejo, lo rancio. ¿Dónde se aloja el mal? ¿En la mentira? ¿Qué es lo que causa dolor? ¿Es la expectativa? ¿Y cuál es la diferencia entre dolor y sufrimiento, uno es noble y el otro no? ¿Y cuál es el umbral? De lo que se puede soportar. ¿Es cultural o individual? Si uno no esperara nada de nada no habría decepción sino sólo su- ceso, hecho, presente. Sin especulación. ¿Es la especulación, entonces, lo que hace daño, lo que hiere? Es probable. ¿Lo que duele es que las cosas no sean, no resulten, como uno esperaba? ¿Y qué causa, qué origina esa decepción? Haber esperado, haber proyectado algo, en primer lugar. ¿Cómo era esa cita que nos enseñaron en la secundaria en algún momento acerca de la expectativa? Algo así como que pesimista es aquel que desea o espera lo peor pero está preparado para lo mejor. O sea que no es sobre la expectativa pero resuena. Y sin embargo todo esto no se superpone con el deseo, el deseo es una fuerza que está bien, que moviliza, pero sin sentenciar. La expectativa de vida, por ejemplo, esa noción. Siempre duele que alguien muera, ¿por qué? ¿Porque se quería más? Más de uno, más de sí mismo, más del otro en el mundo, más; donde todo se convierte entonces en una cuestión de cantidad. Eso, también, debería vencerse alguna vez. Y todo esto, ¿es hormonal? Despertamos con las voces de unos niñitos del otro lado del mosquitero. No entiendo nada. Parecen canturrear algo, unos parecen darles letra a otros. Distingo la palabra Caballo, que riman con zapallo y algún remate que los hace reír antes de terminar de pronunciarlo y así no se llega a entender. No recuerdo en situación de qué quedé dormida y temo abrir los ojos para encontrarme conmigo misma desnuda expuesta a niños. Muevo la mano casi imperceptiblemente, tanteo mi muslo y compruebo que la toalla sigue ahí. No siento que mi compañero se inmute siquiera, no su masa muscular, no él como masa. Pero entonces los niños toman una decisión radical: dejan caer la puerta mosquitero con envión al mismo tiempo que gritan al unísono un "¡Iván!". Me estremezco del susto. Iván se incorpora, lo miro hacerlo, y a una cierta distancia un niño solista agrega un "¡a

comer!", a volumen de estibador. Iván, despabilándose, me dice que ya está la comida; cierto, la comida, el familión. ¿Tres hijos eran? Tres. Le pido que me sitúe un poco, que me dé una idea de con qué

me voy a encontrar. Dejo el ejercicio de la expectativa cero para otro momento. Me dice que con la familia de su mamá. Le pido más especificidad. Me dice que ya me dijo, que con la hija del novio y su familia. Que cómo se llaman, que quiénes son. Que Gabriela y sus tres hijos: Carla, Carolina y Daniel. Que el padre de los niños es Rafael pero que es probable que no esté porque se queda trabajando en Montevideo. Entonces Carla, Carolina y Daniel; ¿en ese orden? En ese orden, sí. Que si necesito saber algo más. Que si son simpáticos. Dice que sí y que deje de ser cargosa, me lo pide sin agresividad, que incluso si no lo fueran, ¿qué le iba a hacer? ¿Irme, no comer? No, pero estar preparada, consigo aclarar. ¿Y estás? ¿Qué? Preparada. Nunca. Mejor. Vamos ya. Lo que sí, yo que vos me pongo algo abajo, para arrancar.

Manoteo mi shorcito del bolso mientras él recupera sus pantalones del piso y se los vuelve a poner. No tengo ni idea de cómo luzco y todo es tan atípico para una presentación que me digo que no ha de ser tal. En eso se plasma una niña del otro lado del mosquitero, debe andar por los cinco. El envión con el que vino se detiene cuando ve que no está solo el Iván. Desde el otro lado de la malla de aluminio, se queda mirándome fijo. Le pregunto si es Carla o Carolina, en tono conciliador, pero no sólo no obtengo respuesta sino que la intimido aun más. La niña baja la mirada, no me mira más. Iván le dice que salude a su amiga, que no muerde, que se llama Andrea y que esta es Carlita, me dice a mí. Entonces lo vuelvo a intentar con otro "hola, Carla" y decir no dice nada pero al menos me vuelve a mirar. Iván le pregunta si se está haciendo la tí- mida y le habla de usted, trata a la niña de usted. Me hace mucha gracia y le pregunto si le habla de usted, cosa que confirma. Dice que en su familia es así, que de arriba hacia abajo se dicen de usted, que ahora en la cena lo voy a ver. Salimos, yo sin darme ni una última miradita en el espejo del baño para ver de qué hablamos cuando hablamos de mí e Iván, con el impulso de la salida, alza a la pequeña Carla que está muy a gusto con el gesto y ya se olvida de la incomodidad. Desde su atalaya, sin embargo, me escruta. Por sobre el hombro de Iván me mira fijo y con absoluta seriedad. La saludo con la mano y ella no acusa recibo. Ya se hizo de noche y de la casa principal sale luz. Entramos por la puerta trasera a un lavadero primero que conduce a una cocina de piso negro de piedras de esos que tienen en el mosaico mismo incrustaciones de piedritas blancas: el piso del baño de mi abuela era igual. En la cocina hay una mesada en el centro, llena de cosas y todos los muebles y electrodomésticos están en la circunferencia,

adyacentes a las paredes. Es una cocina bastante amplia aunque la mayor parte la ocupe la mesada del medio, que sería la panacea de un cocinero si no estuviera repleta de chucherías como está. Esta mesada es una familia en marcha. Prevalece el plástico; hay mucha cosa playera: heladerita, termo, botella, mamadera, vasos, lunchera, tuppers. Protectores solares, repelente de mosquitos, juguetes de arena, ropa. Hay toallas y lonas y pareos, doblados algunos, otros hechos bollo. Alitas, salidas de baño, un par de ojotas minia- tura. Hay pilas de vajilla limpia también. Junto a estas, tres bolsas de supermercado llenas, una radio, un atado de leña. Escucho ruido de gente del otro lado del dintel sin puerta, que sin duda conduce al comedor. Escucho la voz de una mujer joven que reta a alguien y trae su reto de este lado de la pared. El reto es íntimo y se inhibe como su hija, cuando entra a la cocina y nos encuentra de pie ahí. Cambia su cara en un segundo y nos saluda con una voz tan amable que sólo suena a impostada y que marca la distancia de la intrusa en lugar de dar calidez. De hecho, esta simpatía no tiene nada de cálida. Le dice a Iván en tono de falso reproche que no sabía que estábamos acá y que por qué no avisa, que ella está hecha un desastre. Iván poco más que la ignora y ella se me viene con un "hola, Gabriela, mucho gusto" y yo con mi "Andrea, qué tal". Ella le sigue hablando a Iván, que es malo le dice y que podría haber avisado así ordenaban un poco, que qué voy a pensar, pero el Iván tiene su cabeza adentro de la heladera y entonces es conmigo que Comedida busca (establecer) complicidad. Le otorgo una sonrisa de cortesía pero esta sociabilidad me da mucho pudor. En eso entra a los tumbos un niño cabezota que en su carrera sin rumbo viene a dar a mis piernas. Este ha de ser Daniel. La madre, que con toda la furia tiene mi edad, le pide a Daniel que tenga cuidado pero en la embestida del niño sólo siento proximidad. Es el primero de esta nueva familia que me mira sin in- quina, sin recelo. Lo saludo desde arriba y el bebé macrocéfalo me extiende los brazos. Sin dudarlo lo alzo y compruebo que no hay tanta diferencia de tamaño entre su cabeza y la mía. Vuelvo a saludarlo con un "hola, Daniel, cómo te va" y él intenta responder de un modo táctil, tangible acaso, metiendo su dedo en mi boca. Su madre lo increpa falsamente y le dice que no sea pesado, que me deje en paz. Le digo que no me molesta, que sólo me vino a saludar. En ese gesto maternal tan ajeno a mí y que haría vomitar a Malena por redundante, me encuentra la madre de Iván al entrar. Ella, como Daniel, no se modifica al descubrirme en su casa; no sé si tomar eso como un gesto de confianza o de cotidianeidad, como si no hubiera nada más frecuente que encontrar amigas de Iván de pie en su cocina con su nieto en

brazos. Entra diciendo que faltan las bebidas y en el mismo recorrido se me acerca, me da un beso, se presenta como la mamá de Iván, le toca la mejilla al niño, me pasa por al lado, le toca el culo a su hijo como al pasar, lo corre y se zambulle en la heladera a tomar lo que vino a buscar. Es bella la madre de Iván, digna hija de doña Amalia. Joven todavía aunque completamente canosa, algo que ya no se suele ver, por lo menos en Buenos Aires no. Hasta las señoras de más de ochenta insisten en teñirse, ¿como si qué? Un rubio turbio, sospechoso, montado arriba de lo plateado que prevalece, que se quiere imponer. No hay casi ni una mujer de cuarenta que lleve canas ya, es algo a lo que el ojo se desacostumbró. Acá en Almudena luce raro y vital, esto también me trae a mis abuelos, sobre todo los hombres, que ostentaban cabelleras copiosas y relucientes, eso no tenía nada de decadente, más bien todo lo contrario, siempre me resultó viril. Y sin embargo en la madre de Iván luce profundamente femenino: lleva el pelo recogido en una suerte de rodete desprolijo, espontáneo, despeinado también, con algunos mechones y pelos individuales que escapan a la sujeción. Lleva unas bermudas que tienen algo de bañador masculino, negras, de tela impermeable, quizás sea un bañador. Y arriba una camisa, de mujer esta sí, de mangas tres cuarto, de un lila tenue. Es rara la combinación, proviene de dos universos de prendas casi opuestos y sin embargo le sienta bien, y algo o todo de ella tiene elegancia natural, me gusta esta mamá. Vuelve del frío con una botella en cada mano, pasa su vista por mí y me sonríe. Le devuelvo la sonrisa que más bien surge sola, como reflejo, como aprobación o celebración de eso que me resulta bello y agradable. Segundos de descuido llevaron casi la totalidad de la mano de Danielito adentro de mi boca. Me río, me la saco, le doy un beso, lo deposito en el suelo otra vez y sigo a Iván que ahora se desplaza hacia el otro ambiente. Sobre su nuca balbuceo un “llevamos algo” pero, me haya llegado o no a escuchar, ya entramos al comedor y a su escena. Acá, una mesa casi terminada de tender; un poco más allá, hacia el frente de la casa, el living: sillones y sillas alrededor de una mesa ratona y en dirección a un gran televisor encendido que reproduce imágenes saturadas de rojos y verdes. Está a un volumen alto este televisor y me doy cuenta de que ya lo percibía desde la cocina pero no había reparado en él.

“¡Henry, saludá!” Es lo que brama Gabriela por encima mío y a través del espacio hacia una nuca en un sillón. La nuca se da por aludida, se perfila, y junto a ese perfil aparecen una mano y una carita de niña, que asoma del regazo del cuerpo que sostiene la nuca, concluyo. Bingo, la parentela que me faltaba. Henry y Carolina, listo,

y dejo de ser novedad. Pero así como el hombre se vuelve hacia la pantalla en el mismo ademán, la nena escala al abuelo, se pone de rodillas en el sillón, apoya sus brazos sobre el respaldo y la cara sobre los brazos y me escruta desde ahí. Le sonrío y le bato la mano pero ella nada. En eso su madre vocifera que a ver si vamos viniendo a la mesa, que ya está todo pronto para comer. Entonces la nena abandona el sillón y se acerca estrangulando un muñeco con el brazo en ángulo, con la mirada fija en mí. Recién cuando la madre le dice que el Pepón ahora no y que por qué mejor no lo deja viendo la televisión, se distrae con la directiva y me abandona.

Ahora descubro, a mi derecha, una multitud de marcos que puebla una repisa: son fotos familiares de distintas épocas, distintos tamaños, blanco y negro y color. Las recorro superficialmente, re- paro en las dos más grandes que parecen ser las más viejas también. Amalia de actriz, sin dudar. En una se ve una figura esmirriada en un traje de futbolista, con un gorrito muy cómico, flaca y masculina, de indescifrable edad. Está en una suerte de escenarito a la italiana bastante precario, casi sin profundidad, y alrededor de ella hay unas cortinas y unos trastos, de fondo un telón más bien raído, y a su lado una bicicleta antigua que se sostiene por sí misma. Amalia como muchacho está articulando, está un poco agachada hacia delante y la boca se dibuja en situación de habla. En la otra está más parecida a ella misma, va de mujer, más redonda, con un maquillaje un poco ridículo y grotesco, con una suerte de ceja cuádruple, dos líneas gruesas dibujadas por encima de las propias que le dan un aspecto bufón. Esta es más de sesión de fotógrafo; en esta está actuando pero no en vivo sino para la cá- mara, posando.

Quiero comentar algo, llego a alzar el dedo, pero cuando giro para buscar complicidad veo que Iván ya se sentó en una de las cabeceras y está engullendo un pedazo de pan. Me siento a su derecha, por fortuna Almudena la regia se sienta a mi lado, Gabriela frente a ella, mientras Henry y la nena vienen hacia acá. Danielito juega en el suelo y desde ahí participa de esta reunión familiar. Madre del cielo santo. Henry de frente y erguido me sor- prende, tiene algo japonés; es menos alto de lo que lo imaginé cuando lo vi sentado pero más japonés. Henry es fornido y simpático. Arrea a la Carolina y sonríe francamente, abierto. Pregunta entonces cómo andan los gurises, Iván le responde que bien, pregunta si andamos con hambre y también responde que sí. Yo sólo asiento. Un uruguayo japonés, la cruza que me faltaba, lástima que haya quedado fuera del cóctel genético en mi

interior. Henry está a punto de ocupar la otra cabecera, frente a Iván, hasta llega a rozar el respaldo de la silla pero se arrepiente y se me viene a sentar en- frente, entre su hija e Iván. Eso deja la otra cabecera para Carla, que viene corriendo desde la cocina y le arrebata el sitio a su hermanita, que comienza con un berrinche que la madre de ambas desactiva sentándose a la más pequeña sobre la falda. Concluyo que Henry renunció al lugar patriarcal en honor a la visita. Se sienta y me sonríe, una vez más. "Ella es mi amiga Andrea de Buenos Aires, Henry", me presenta Iván, y Henry quiere saber si viajé bien. Le digo que sí pero que hace un par de días ya, porque en realidad vine a hacer unos trámites y que de paso pasé a visitar. Me pregunta si vine a sacar dólares de mi cuenta en Uruguay. Le digo que exacto pero que ando con miedo porque estoy calzada y saqué más de lo que puedo entrar. Me dice que por eso no me haga problema, que se lo deje a él que me lo cuida. Gabriela pone cara de fastidio mientras sirve la segunda porción de tallarines que va a parar al individual de Almudena que tiene la gentileza de cedérmelos a mí. Decido no seguir con el pasamanos y me agencio el privilegio de invitada. Estos tallarines son auténticos talla- rines con salsa de tomate, con nada nada más: fideos, salsa de tomate. Salsa de tomate de lata o paquete, con apenas piel, sin cebolla siquiera, con nada más. Sin embargo untuosos, contra todo pronóstico, descollando de familia, de ahí lo tentador. Ras- treo el queso sobre la mesa, lo localizo y veo que además hay algunos fiambres, sobre sus filmes y unas presas de algo en un tupper, restos de alguna otra comida. Y mayonesa y manteca y una jarra de jugo de polvo diluido y una rechoncha Coca de dos litros y medio. Sobre las espaldas de Henry y Gabriela la pantalla sigue reproduciendo una ficción argentina a todo volumen y color, y va a ser mi apoyo cada vez que quede excluida de la conversación. Un actor parecido a Juan Darthés o él parecido a sí mismo se va a disputar el amor de una mujer hermosa, por lo menos veinte años menor, con otro cuyo nombre no sé, el hijo de alguien, de un productor. Juan Darthés, un nombre que de mil amores erradicaría de mi psi- que si me fuera dada la opción; junto a tantas otras cosas, de mayor y menor tenor, que están ahí pero no particularmente elegí saber. Todos comemos esta pasta menos Almudena que sólo corta sobre su plato unas fetas de queso y jamón, sin pan, sin tomate, con nada: sólo el queso y el jamón. Los fideos están muy ricos en su sencillez, no pretenden más que lo que está a la vista: pasta, tomate, queso; pero todo ligado por una mano que algo le aportó. ¿La de Gabriela, la de quien se abstiene de probarlos? Se los atribuyo a cualquiera de las dos. Comida con sabor a sí misma, sin

condimento alguno, esto me recuerda a aquella época con papá. No porque él no aliñara después con refinamiento, pero en su primera época de padre solo con niños a los que alimentar, este plato salía muchísimo, o alguno similar. Papa con sabor a papa, carne con sabor a carne, salchicha con sabor salchicha, tomate al medio con un poco de sal. Recuerdo esa sensación de dolor o compasión, de ver a mi papá tan fuera de su elemento, emprendiendo tareas que nunca había hecho, fracasando a veces, mejorando siempre. La sensación de comer cosas que no estaban del todo bien pero hacerlo en silencio y sin quejas para acompañarlo en la transición a su nuevo rol, uno más integral.

Durante la cena, por suerte, no se me trata tanto como a una visitante, ya sea por timidez o falta de interés, nadie repara demasiado en mí excepto para ofrecerme alguna cosa en algún momento, más fideos, algo de beber. Iván a la cabeza casi tampoco me presta atención. Bastante que mira la televisión y come, no mucho más. La única que comenta a intervalos, con continuidad, es la ¿hermanastra? de Iván, va acotando cosas de la novela, de los personajes y cada tanto se dirige a mí, para saber si tal o cual actor o actriz son de mi agrado y si sé algo más de ellos, supongo que en calidad de argentina. Quiere saber si este o aquel son buenas o malas personas, que de tal se dice que es bravo, que leyó que nadie quiere trabajar con él; que de tal otra se dice que es muy querida en el set y que saluda al equipo técnico uno por uno al llegar. Me encantaría poder ayudarla un poquito más pero la verdad es que no tengo idea y me hago la sorprendida por esa información y le explico que lo que pasa es que no tengo televisor, dato que parece desalentarla por completo y a partir del cual ya no merezco mucho su atención. Me pregunto dentro de qué categoría de desclasificados estaré para ella, sin televisión. Almudena, bella y todo, también sigue la novela mientras se fuma un pucho, con elegancia, sin levantarse de la mesa, con las nenas cenando al ladito. Veo en su nuera el rictus de tensión, de molestia, en la boca, junto a la resignación. Manda a las nenas a jugar con su hermano o a mirar la televisión mientras se termina los restos de fideos que quedaron distribuidos sobre el plato de su hija. Lo hace sin mirar la comida, siempre con la vista fija en el televisor, girada más de noventa grados hacia ese lado de la casa. En algún momento Iván le pide el auto prestado a Henry para mañana. Henry quiere saber para qué. Le hace algún chiste del tipo de lo caro que le va a salir, incluyéndome con la mirada, con algún guiño. Le sonrío. Ahora Almudena también está atenta a esta conversación, aunque no comente, supongo que lo del auto la incumbe, o por lo menos el vínculo entre estos dos. Iván le aclara que no es para más de dos días y que va a ir a ver si consigue trabajo allá. Entonces la madre quiere saber qué pasó con el hospital y él que nada, que es provisorio, que esto es por la temporada nomás. Ella le pregunta desde cuándo le dan vacaciones tan largas en el hospital y él que se las puede tomar, sólo que hasta ahora no lo había hecho. Es claro que no convence a nadie con ese argumento pero su madre también decide callar. “Vas y volvés” es lo que le dice Henry, e Iván que sí, que una noche nomás. Y agrega que me quiere llevar hasta el fuer- te, para visitar. Me pregunto si será otra mentirijilla del Caballo, por las dudas no intervengo; estoy dulce, qué dócil que estoy.

¿Esta es mi nueva familia? ¿Será? ¿Llevo, efectivamente, partes de ellos adentro mío, información? ¿Cómo algo tan desconocido y extemporáneo puede ir a colocarse en lo más interior de uno, así funciona la reproducción? Pienso en lo poco que me seduce la maternidad, algo que siempre vi tanto lejos como de otros, claramente no de mí. Cada vez que me enteraba de que alguien de mi entorno se embarazaba, aunque ni siquiera se tratase de una amiga, sentía una ligera decepción, como de una puerta que se cerraba, de la pérdida de algo, una batalla pero, ¿cuál? Visualizaba a esa mujer maternizada, mamífero, y nada de eso me seducía, más bien lo contrario. Para no hablar de los bebés, los lactantes, que me generaban casi una sensación de espanto, de estupor, con todas esas necesidades a cuestas, ¡qué horror! De niña tenía la fantasía de pegarles, para que dejaran de pedir, de necesitar. No sé por qué tanto tampoco, nunca tuve mucha relación con lactantes, pero de algún lado me quedó. Y ahora yo, por lo pronto, no me siento demasiado extraña, ni plena ni asqueada ni nada muy trascendental. Excepto por mi vínculo o ausencia de él, con Iván. Eso sí es lo que –más bien– me desconcierta ahora. Y lo que, junto a eso, me desconcierta otro tanto es esta decisión que ya tomé, de tenerlo si prospera. Y eso, ¿de dónde salió? Recuerdo que de nena fantaseaba con tener un puestito en la calle en el que, en lugar de vender pulseritas, limonada o caracoles, ofreciera castigo a niños que se portaran mal, sobre todo bebés. Sus madres podrían venir a ofrendármelos y yo los castigaría sin pasión. Realmente visualizaba el puesto y la imagen era más bien la del clásico nalgueo, la de las palmadas en el culo. Castigo muy de manual de infancia con el que tampoco había sido confrontada directamente, más que en libros o telenovelas, quizá. Mi madre, por su parte, era más de tirar del pelo, arrojar objetos contundentes o clavar sus uñas largas en los brazos hasta hacer aparecer una capa más rosadita de la piel, cosas de ese estilo. Así que mi fantasía del quiosquito de tortura era de nalgadas, un sadismo claramente más sensual, visto desde acá. En la realidad, una vez me dieron un bebé para que lo sostuviera y se me cayó. No era tan chica ya, era una nena, chica pero una nena y no sé cómo pero la beba, bastante grandota ella también, se deslizó de mis brazos y fue a parar al suelo. No le pasó nada porque no cayó con violencia pero fue suficiente para traumatizarme y humillarme frente a mi madre y la de la bebé. Creo que hasta el día de hoy soy considerada como poco maternal o con algo de ese aura. Yo misma me convencí: aquella a la que se le caen los bebés. Después de ese episodio quedé, por un lado, temerosísima de tocar niño alguno o,

cuando accedían a dármelo por alguna razón o se imponía esa situación, me sentaban en un sillón con cinco almohadones alrededor y escolta humana, de modo que el encuentro entre la criatura y yo no podía ya tener nada de espontáneo ni mucho menos de placentero. Estacada como un Playmobil, tensa de miembros, sólo deseaba que el suplicio terminara. Y después ya toda la adolescencia y demás, nada de bebés, ni cerca. Hasta Denisita, que sin embargo, como parte de mi familia y con el estado de cosas tan distinto, tampoco es alguien que haya tocado demasiado. No con su madre, que los primeros meses sostuvo que debería ser manipulada por nadie más que mi hermano y ella y los abuelos un poco también, así que desde ahí que ya se había instalado esto de no tocarla y es algo que después se vuelve difícil de revertir. Así que a mi única sobrina no la habré alzado más que dos veces y en descuidos más bien, mientras le desplegaban el cochecito o le calentaban la mamadera, momentos de utilidad, de transición, suficientemente largos, así y todo, como para comprobar que no sólo no se me caía ni me daban ganas de azotarla sino que además parecíamos bastante a gusto tanto ella como yo.

Ahora, acá, Carolina, la segunda, que había pasado un rato molestando a Daniel en el piso, viene a recrearse al regazo de Iván. Se le para al lado, él entiende, la alza y se la sienta encima. Como si supieran, ambos dos. Iván le pide que le cuente algo, la nena me mira y niega en silencio. Él le pregunta si no quiere y ella que no. Que si no le va a contar nada entonces, ni siquiera una historia chiquita y ella que no. Que si fueron a la playa, le pregunta, y ella vuelve a negar hasta que se da cuenta de que cambió la pregunta, corrige el gesto y empieza a asentir. Que sí. Ah, que sí, que ya le parecía a él que sí, si mirando atentamente aún se le puede encontrar arena en el pupo y ahí hace como que le escarba el ombligo y eso a la nena le da cosquillas y la hace reír y sacar la voz. Ese juego de la arena en el pupo un par de veces pero ella sigue sin hablar. Cada vez que ceden las cosquillas y ella para de reírse, se acomoda el pelo con el dorso de la mano, vuelve a ponerse seria y me mira fijo, como si me estuviera vigilando. Como si se pusiera seria para mí, competidora. “¿Qué pasa, le da miedo mi amiga?”, le pregunta Iván y ella retoma con el no, sin dejar de mirarme. Yo le alzo las cejas, una mezcla entre duda e inocencia. “Ella viene de otro país, ¿sabe?” Y la nena que no, pero la inquieta lo de otro país, alza la cabeza e intenta mirar a Iván a los ojos, para saber si es verdad. Él le responde con la mirada y refuerza con que es verdad, le pregunta si no le cree. Ella me mira a mí. Yo repito el gesto de las cejas de inocencia y sorpresa y asiento con la cabeza. “Argentina se llama mi país, ¿lo conoce?” Le pregunto y ya es

tarde para decidir si le voy o no a hablar de usted. Ella me mira fijo y tarda unos segundos en mover la cabeza a un lado y otro, un no mucho menos contundente que todos los anteriores. "¿No?", le vuelve a preguntar Iván. Y yo agrego que es acá nomás, del otro lado del río, en la otra orilla. Y que un día puede venir a visitar.

–¿El río? –es lo que dice y casi se asusta de haber hablado, pero algo de lo de la otra orilla se ve que la interpeló.

–Sí. Usted cruza el río en bote, o en auto, cruza un puente y ahí del otro lado está el país de Andrea.

–¿Otro país?

–Sí. Como diez veces más grande que este. Pero más feo también.

–¿Feo?

–No es feo, no le digas así. No es feo, Carolina, no le crea nada. Pasa que justo ahí enfrente, si va con el barco, hay una ciudad muy grande y eso quizás asusta un poco si uno no está acostumbrado. Y playas como las de acá no hay tan cerca, hay que alejarse bastante de la ciudad.

–¿Ve? Por eso, mejor nos quedamos acá que tenemos el mar cerca.

–¿No hay mar?

–Sí que hay, un montón de mar, pero se tiene que alejar un poco más, tiene que ir en auto o en micro. O en tren.

–¿En tren?

–Sí, ¿le gusta el tren?

–Sí. –Bueno, si me viene a visitar un día la puedo llevar a pasear en tren. O en subterráneo, ¿conoce el subterráneo? Carolina niega en silencio.

–Son trenes que van por debajo de la tierra.

La niña parece asustarse. Mira a Iván.

–Van por túneles, Carito, que parecen galerías, no es que van por debajo de la tierra a ciegas como un topo. Ya me la veo imaginándose eso. Ella asiente mientras visualiza cosas. Y ahora quiere saber de Iván.

–¿Vivís en ese país?

–Sí, desde hace un par de años. Pero ahora quizás que me quedo acá, en este.

–¿Acá?

–Sí, acá.

–¿En mi casa?

–No, en su casa no, en la mía. Pero sí en su país. En Uruguay.

–¿Uruguay?

–Sí.

–Sí.

Todo esto ya fue demasiada información para la pequeña Carolina, más de lo que quería saber o podía asimilar y algo de la mención del nombre de Uruguay la devolvió a algo que ya conocía y que era de grandes y que por lo mismo la excedía y aburría tal vez. La mención de ese nombre la distrajo o aburrió y fue suficiente para bajarse de su tío e ir corriendo al sillón, frente al televisor.

Entretanto la mesa ya había sido parcialmente desmontada y en lugar de los platos con fideos aparecieron frutas y galletitas. Ninguno de los otros tres adultos está ya en su lugar; Gabriela juega con su hijo menor, Henry volvió al sillón junto a sus nietos y Almudena viene y va. En una de sus venidas desliza un "coman fruta, chicos" y yo, de cortesía o vaya uno a saber qué, manoteo un durazno. Iván dice que me lo lleve, que vayamos para el cuarto. Nos levantamos, lo sigo, y al pasar también traslado el salero y mi vaso con la mano que me queda libre de durazno. Pasamos por la cocina en la que está Almudena acomodando y nos pregunta si vamos a dar una vuelta. Iván me mira, yo alzo las cejas una vez más y él dice que no cree porque mañana quiere salir temprano. Como a las ocho, ocho y media, lo chicanea su mamá, y él que a más tardar. Le sonrío a Almudena y no entiendo si la tengo que saludar de algo, de buenas noches, de despedirme, de chau, pero me quedo con eso, con la sonrisa en general. Llego a hacer un gesto imperceptible con el durazno, como si quisiera levantar la mano para saludar, pero ahí está el durazno y entonces es un gesto que no es ni dice nada y chau, ya quedó la cocina atrás. Cruzamos el fondo y volvemos a la habitación. Iván se tira en la cama sin prender la luz y me estira los brazos. Me pregunta si fue muy terrible. Descalzándome le digo que para nada y él dice "mejor". Nos quedamos tirados en silencio sobre su cama, su brazo por debajo de mi nuca, como si miráramos un cielo estrellado pero sin. El cuarto se hace gigante en la oscuridad, hasta que la luz de la casa que entra por la ventana les devuelve su medida a las cosas, las vuelve a dibujar. Dejo los ojos abiertos, que ven nada primero hasta que empiezan a ver, intento casi no parpadear. La respiración de Iván se discontinúa, se acompasa, en la penumbra cobra valor su respirar. Sospecho que se está quedando dormido y que ya no me va a hablar. Perdí otra oportunidad. No es que no esté cansada pero no estoy preparada para dormir aún. En esta noche sin reparos mi pensamiento se despliega sobre todas las cosas, sin nada que lo opaque. ¿De qué se trata ese vínculo tan necesario, orgánico e inmediato entre pensamiento y oscuridad? ¿Por qué se vuelve tan irrefrenable? ¿Qué les pasa de tan distinto a las asociaciones de noche

para tomar siempre otra dirección? De noche, la opción más tranquilizadora y somnífera, para mí, es la de repasar: situaciones, lugares, conversaciones, momentos, nombres quizá también. Intento visualizar detalles, ángulos, comentarios, gestos y significados de esos gestos, y ese esfuerzo de concentración me va impulsando a dormir. La opción nefasta del devaneo en oscuridad es: mails sin responder, trámites sin hacer, cosas que comprar, deudas pendientes que incluso crecen en el momento en que las pienso, como si las alimentara, deudas que nunca podré pagar. O enfermar, la enfermedad. Afrontarla, enfrentarla. Que el cuerpo se lastime, se percuda, se aje, se abra. Que lo que está adentro salga, que se oxide, que vea la luz. Que lo que fluye por vasos salga con presión. Que un órgano se dañe, se revierta, deje de funcionar. Ver todo eso. No verlo nunca pero que esté. Que sea, su- ceda: que esté siendo todo el tiempo, para que podamos estar. El –inexorable– pasar del tiempo. Que enfermen o dejar de ser. Así la noche. Y ahora en esta, para alejar posibles cuentas pendientes que me vengan a asediar, proyecto mi pensamiento contra la pared de la casita sobre la que se recorta un rectángulo de luz que delinea la ventana. Sobre ella ensayo opciones, modos de darle la noticia a Iván.

–Che, estoy embarazada. Y sé que es tuyo porque sólo cogí con vos. No quiero ser muy mala onda pero ya decidí tenerlo. Igual no debo estar de mucho más que un mes así que puede pasar cualquier cosa pero en realidad ya decidí que no voy a abortar. Sé que te puede parecer un poco violento porque no te estoy dando a vos la opción de elegir pero de algún modo vos ya elegiste cuando fuiste desprolijo cogiendo conmigo. A mí me gustaría seguir conociéndote mientras vaya creciendo el niño, adentro y afuera de la panza y que compartamos esto, el hijo, aunque no seamos pareja. Pero claro que si pensás distinto yo desaparezco y no nos vemos más. Sé que en ese caso también estaría tomando una decisión egoísta respecto del niño porque estaría decidiendo que crezca sin un padre que lo quiera. Aunque tampoco sea del todo cierto eso, lo que no tendría es a su padre biológico, pero después siempre hay tiempo de que aparezca un papá.

Aunque en esta zona no sé si me parece tan apropiado meterme, esto sólo se lo digo si siento que lo puede aliviar.

–Y en cuanto a las decisiones egoístas, no sé, lo cierto es que con

este asunto en particular, a diferencia de todas las otras cosas en mi vida, tengo certezas que vaya a saber dónde o cómo se me configuran, la de coger con vos, la de hacerlo sin forro, la de decidir tenerlo aunque vos no quieras, la de venírtelo a contar. No tengo la menor idea de dónde salen las certezas, ni siquiera podría decir que son del orden racional y, sin embargo, ahí están.

Y esto es más o menos lo que querría decirle y después reaccionar a lo que me vaya diciendo él, claro. Y lo del cincuenta por ciento que escuché también, lo del cincuenta por ciento de probabilidades de que un óvulo fecundado se convierta en persona y que es bien poco o un montón y que entonces es como una tómbola mismo. Y que tómbola es muy de la familia bicoca. Pero eso no lo voy a comentar con Iván.

Bajo un poco la ventanilla como para poder recibir el olor del pasto. No vamos rápido, Iván ya no maneja rápido, no más. Esto es un gran alivio para mí. La ruta tiene curvas y desniveles, el terreno es levemente desigual, hay lomadas y alturas. Sobre nuestra izquierda se va a poner el sol en un rato, todavía falta un poco pero ya se anuncia. Entonces de ese lado la luz sobre las cosas es cálida y en rojizos, amarillos, y naranjas también. Hay piedras que sobresalen por entre el verde, promontorios creo que se llaman, o son montículos, no, esto son más promontorios: es piedra que aflora como si toda esta tierra estuviera hecha de piedra recubierta de hierba y cada tanto aflorara. Me gusta este paisaje. Vamos escuchando a Darnauchans; a Iván le recuerda su adolescencia y ahora me lo comparte. Es melancólica la música de Darnauchans y tiene ese sonido tan ochenta; su melancolía va a buscar la mía y la encuentra. O la reinventa. Aparte, también se condice con el auto y la velocidad del auto y del paisaje, así que estamos bien. Iván me cuenta que en Montevideo hay un graffiti que dice Darnauchans, es- teta decadente. Y en el momento no me doy cuenta y me parece un dato más pero por alguna razón esa frase me va a volver seguido, esteta decadente, no sé por qué. A Darnauchans, Iván cada tanto también se refiere como el Darno. La primera vez que lo mencionó llamándolo así, yo me pregunté ¿a quién se referirá ahora? Me contó alguna anécdota al pasar del Darno, y yo, mientras lo escuchaba, y como había venido sin introducción, pensé Darno, Darno, ¿quién será? ¿Me lo habrá nombrado ya y yo no le habré prestado la debida atención? Busqué en mi banco de datos mientras especulaba con que la anécdota de turno me completara la información y me diera una pista, quizás. Iván hace mucho eso,

empezar a contar algo in media res, como si el hecho de que yo hubiera aparecido en su vida bastante entrada ya la misma se remediara haciendo como si siempre hubiese estado ahí; el tiempo no compartido se hacía menos palpable dando por sentado que yo sabía de qué me estaba hablando cada vez, por más que se trataran de alrededor de treinta años los que no estuve ahí, los que había que compensar. No digo que Iván lo pensara así racionalmente, ni mucho menos que lo hubiera decidido, pero así era como se desenvolvía y yo intentaba estar a la altura, escuchando con muchísima atención y completando datos; cada tanto no me privaba, sí, de hacer alguna pregunta si me estaba poderosamente faltando un eslabón y eso no era mal visto, todo lo contrario, siempre era recompensada con una sorpresa positiva de Iván, que festejaba mi memoria o mi capacidad de asociación. Era toda una tarea esta de recomponer el tiempo perdido de Iván para mí en el mundo, pero parecía valer la pena. Así que pasó un tiempo hasta que los datos se superpusieron y coincidieron y pude unir las anécdotas que había recibido del Darno y de Darnauchans y ponerlas todas en la misma carpeta, la del esteta decadente.

Iván dobla a la derecha y toma por el camino de entrada a la Fortaleza de Santa Teresa, reduce la marcha un poco más, yo bajo la ventanilla del todo y me recuesto sobre la goma del marco. Entrecierro los ojos por el viento, miro un poco y respiro, huele fresco, bien, salvaje. El olor de la tarde está en las cosas, atrapado acá. Iván apaga la música, supongo que para que oigamos la naturaleza. Lo miro un segundo porque la decisión me enternece, él no me está mirando, conduce. Siento algo como una manchita en el corazón o algún lugar interno. ¿Mancha siempre es algo malo, que tiene que ver con la suciedad y la vergüenza, o puede ser algo bueno también, por ejemplo una mancha de amor, de conmoción? Esta mancha de la que hablo tiene algo más así, el equivalente positivo de la mancha de agua en un pulmón. Esta es una mancha linda, feliz, aunque ya ni sepa qué significa eso. Lo intenso es in- tenso hacia ambos lados, hacia arriba, hacia abajo. Esta mancha lo que hace es recortar algo, hacerlo más profundo, y el fondo de las cosas o el ir hacia ese fondo siempre es algo que me sentó bien. Yo le doy la bienvenida. Este camino avanza entre mucho eucalipto y bastante palmera, en la ruta también había muchas palmeras, es algo de la proximidad, de la influencia del Brasil, del trópico. Pero la mayoría de estos árboles están negros hasta sus copas, la mayor parte del tronco está negro, de hollín, y en el suelo también, predomina el negro, la ceniza y entremedio forja vida el verde. Le pregunto a Iván

qué es eso, si se quemó y me dice que sí, que hubo un incendio tremendo hace un par de meses, que se quemaron pila de hectáreas, que fue una tragedia, que aparentemente fue intencional. Le pregunto si intencional de que alguien quiso incendiarlo y me dice que sí, que puede ser pero que también se le dice intencional cuando se enciende por accidente pero con la necesidad de alguna negligencia, de un humano, del hombre. Y me quedo pensando cuán tremenda puede ser a veces la consecuencia de los actos de uno incluso cuando no opera la voluntad y me quedo pensando en de qué se tratará entonces exactamente aquello que entendemos por voluntad. Vuelvo a apoyarme en el marco y digo "qué loco, es tristísimo". Más adelante dobla a la derecha una vez más, toma por un camino aun más pequeño y ahí aparecen unas construcciones, una suerte de casas, de aspecto castillil, de piedra vieja con pátina de musgo, piedra con mucha vida encima. Iván estaciona el auto en una explanada aparentemente pensada para ello; la ausencia del ruido del motor completa el cuadro de apacibilidad ahora. Creo que suspiro, por lo menos lo hago para adentro. Creo que el niño en mí ya ha comenzado a hacer estragos: ¿me volveré buena ahora? Iván me mira, no me dice nada, temo que perciba esta felicidad que se me hizo globo en el pecho, pero por suerte sólo me dice "¿vamos?". Y vamos. Me toco la panza casi imperceptiblemente como para cerrar el diálogo con lo que sea que ahí se aglutina y abro la puerta del coche. Estiro las piernas, me desperezo, se confirma la hipótesis de las endorfinas: este lugar es tremendamente bello.

Caminamos. Hay un cartel azul que indica invernáculo: nuestro castillo es un invernáculo. Delante de la puerta del vivero anciano hay una pileta grande, con agua estancada, una suerte de estanque pero amplio, con plantas. Caminamos a la orilla del estanque, Iván se dirige directamente hacia la construcción principal. Es como una torreta, un casco, no es cuadrado, es octogonal o hexagonal, y en la parte superior está hecho de vidrios, de ventanas, muy anti- guas también, claro, por eso invernáculo, para que pase la luz. Del lado de adentro las ventanas están tapiadas de verde, se reconocen ramas y hojas haciendo presión contra el vidrio, avanzan hasta donde las dejan crecer. Llegamos hasta la puerta, está cerrada. Iván lo intenta, mueve el picaporte un par de veces mientras dice "la puta madre", como si la puerta pudiera ceder. Le tiro de la remera y le señalo otro cartel azul que hay al lado de la puerta que dice "Horario de visita de 9 a 19 hs" e Iván me pregunta qué hora es. Le digo que no sé pero que más de las siete evidentemente. Vuelve con el "la puta madre" y le digo que no importa, que venimos otro día y que igual es hermoso;

“igual es hermoso de afuera”, le digo y él “sí, pero yo quería entrar”. Me doy vuelta y enfilo para el estanque. Qué suerte que no hay nadie, pienso eso y le digo a Iván mientras me alejo: “Lo bueno es que no hay nadie más”. Me siento en un costadito del estanque, la piedra todavía está caliente del sol, puedo sentirlo a través del short y en la piel de las piernas. Calienta pero sin arder. Me siento con las piernas cruzadas, lo veo a Iván rodeando el edificio, seguro está buscando algún otro modo de entrar, alguna puerta secreta, un vidrio roto, una ventana entor- nada, algo. Me causa gracia su obstinación, eso me conmueve de él: ese supuesto desinterés que de repente se torna en una obstinación aguda, como si se le fuera la vida en algo, me con- mueve ese aspecto infantil. Lo pierdo de vista cuando rodea la torre y al rato escucho unos golpes, de estar forzando algo para entrar. Me río, miro el estanque. Frente a mí, oh alegría, flores de loto. ¡Hay flores de loto flotando en el estanque, cuánta belleza! Me pregunto si de hecho alguna vez vi flores de loto, que no fuera en los cuadros de Monet en ese libro que me compré de los impresionistas cuando me obsesioné. Creo que no, creo que nunca. Y ahora de repente acá están, flotando adelante mío como quien no quiere la cosa en este atardecer. Vuelve Iván, me dice que le pegó unas patadas a una puerta de jardinero que había en la parte de atrás pero que no hubo caso, le digo que deje de hacerse el punk y le señalo los lotos. Dice “flores” y le digo “lotos”. Y dice “los lotos se cierran cuando anochece, si nos quedamos lo vemos”. “Quedémonos entonces”, le digo yo, e Iván se me sienta al ladito. Y entonces esperamos a que el sol se ponga. Me pregunto si no es acaso un buen momento para decirle a Iván, comentarle, lo del embarazo. Dudo por algo de lo inmaculado del momento, pero pienso que tal vez le estoy escatimando esta información que podría dotar todo esto de algo más. Bah, en realidad se la estoy escatimando de hecho, lo que me pregunto es si debe- ría dejar de hacerlo. Al mismo tiempo, no sé, hace unos minutos estaba pegándole patadas a una puerta de chapa para entrar de querusa a un jardín de invierno que está claramente cerrado, no sé cómo podría reaccionar. Claro que no le temo a ningún tipo de violencia, nada más alejado de Iván que la violencia, su oscuridad no es oscura más que para sí mismo, y para alguna que otra puerta de tanto en vez, pero no sé, sí siento que podría ser violento de mi parte inocular este dato cambialo todo en la quietud, en la tranquilidad de nuestra tarde. Reparo en el loto, pienso que se cierra, que se va a cerrar, que es inminente. Me digo que cuando el loto se haya vuelto sobre sí mismo se lo voy a decir. Pobre Iván, ahora aparte de que este momento sea el del cierre del loto son los últimos

instantes de Iván sin hijo en el mundo, por lo menos hasta donde yo sé. Uf, ese pensamiento me abisma, el de lo irremediable, esa sensación: eso de que ya está hecho y no se puede deshacer, que no haya vuelta atrás. En estos instantes, si bien Iván de algún modo ya tiene algo de padre en el mundo, y esto sólo es hijo porque yo quiero que lo sea, como para mí lo es, Iván ya es algo padre en el mundo, aunque no lo quiera él. Así que cierre de loto y padre, ahí están, es cuestión de minutos, este ocaso los traerá.

Pero la flor se cierra e Iván dice “me muero por una birra” y yo sólo digo que yo también.

El estacionamiento, la playa de estacionamiento, se encuentra a la altura de un primer piso, hay que acceder por una rampa. Iván estacionó de trompa a un árbol. Me anuncia que mea y viene. Deja el auto abierto, la llave puesta. Desde mi sitio de acompañante quedo de cara a un tronco imponente. Es el tronco de un árbol que se abre camino desde abajo, desde la tierra, por entre el hormigón de este nivel y unos metros más allá, hacia arriba. Me inclino hacia adelante pegándome al parabrisas para ver hasta dónde llega en altura: varios metros más. Bajo del auto y lo aprecio de parada, en su entereza, es algún tipo de pinácea, un pino. Tiene racimos de agujas, de a mechones, que caen hacia abajo, llueven. ¿Algo de Cézanne, de ese trazo elocuente, material? Son racimos de agujas como pinceladas, y qué bien huele también.

El estacionamiento, la playa de estacionamiento, se encuentra a la altura de un primer piso, hay que acceder por una rampa. Iván estacionó de trompa a un árbol. Me anuncia que mea y viene. Deja el auto abierto, la llave puesta. Desde mi sitio de acompañante quedo de cara a un tronco imponente. Es el tronco de un árbol que se abre camino desde abajo, desde la tierra, por entre el hormigón de este nivel y unos metros más allá, hacia arriba. Me inclino hacia adelante pegándome al parabrisas para ver hasta dónde llega en altura: varios metros más. Bajo del auto y lo aprecio de parada, en su entereza, es algún tipo de pinácea, un pino. Tiene racimos de agujas, de a mechones, que caen hacia abajo, llueven. ¿Algo de Cézanne, de ese trazo elocuente, material? Son racimos de agujas como pinceladas, y qué bien huele también.

Las edificaciones humanas que reconocen la preexistencia de árboles y les son construidas alrededor ya me dan buena espina,

sensación de hogar, que no tuve, que más bien anhelé. Me devuelve la tragedia del ginkgo, donde sucedió al revés: hubo que sacrificarlo porque acabaría levantando toda la casa, era la casa o él. Pero ahí, claro, el pecado fue justamente ese: primero la casa, el árbol después; como ornamento, como si se tratara de algo que uno pudiese domesticar, la raíz. Las raíces, muchas de ellas, nudosas, turgentes. Entonces escoger en el vivero el arbolito para el frente de la casa, verlo crecer, sus ramas, sus hojas, año a año, el milagro del amarillo otoño, la vereda pavimentada de ese color en hojas que son la primera evolución de la aguja, apenas esa aguja de conífera desplegada. El ginkgo, el árbol de la memoria, de la sabiduría, que hubo que sacrificar, por vanidad, qué tristeza, qué dolor. El ginkgo que en su crecer fue trepanando la casa, desde abajo, sus cimientos, vilipendiados por una raíz. De ser por mí habría dejado la casa atrás o se la habría otorgado al ginkgo; me habría organizado en torno a esa nueva propuesta, la de la casa quebrada de ginkgo. Pero no, hubo que sacrificar. Acá, a los pinos, las palmeras, los eucaliptos, a los varios, benditos ellos, les construyeron alrededor. El ginkgo que plantó papá, en cambio, como proyecto de familia, de hogar, arrancado de raíz. Desmantelada quedó la calle cuando se lo hachó, sin calidez, palideció. Hubo que deshacerse de toda esa madera, una parte fue a parar al fondo del jardín como madera para quemar, combustir, madera ya, no árbol más. Y el follaje se lo llevaron, en algún momento. Algún camión. Antes de eso, ir asistiendo a cómo se fueron poniendo mustias del verde fresco a uno gris, marchitarse prendidas a las ramas, delante de nosotros, en la puerta de casa, ese proceder. Hasta que un día volver y que ya no quedara nada, alguna rama, alguna hoja que no subió al camión y del ginkgo ya nada, ni el olor. El árbol fósil, con el que se fueron más cosas, fue el principio o el fin del fin de esa casa como familia también, sólo le quedé yo a papá ahí, y por un tiempo, hasta que ya ni siquiera quedó él. Extinto por capricho, por vanidad, se llevó todo consigo, su sombra, su belleza, su capacidad de cobijar; un relicto capaz de sobrevivir a la radiación pero no a la mezquindad, la de ornamentar.

Scarlett O'Hara vuelve por su tierra, la tierra roja, de la que ex- trae su fuerza, dice, le dicen, su poder, pero y yo ¿a qué regreso yo? A nada quizá pero con; con simiente, una nueva, para empezar todo de nuevo, para volver a empezar. Y sin embargo todo no con- lleva nada de emoción; ni lo que ya no es, ni lo que pueda ser, ya no hay hogar ni voluntad de hogar, ni emoción. Sólo una sucesión de presentes en los que, si fuera cierto que el universo se expandió en más de una dirección, soy el pasado remoto de alguien y también su porvenir. Y

así, ¿qué hay que pueda agregar? ¿Soy consecuencia o voluntad? Ya no sé qué todo lo mueve y sin embargo una construcción humana bajo o en torno a un árbol siempre pro- cura sensación de hogar. Venir a poblar lo dado, sin voluntad o necesidad de destruir, hacerle un piso, una pared, a algo alrededor, intervenir sin herida, sin escisión; nombrar como si se pudiera, como si fuese la primera vez, aunque no sea, aunque no pueda volver a ser, la nada, el fundar. Poblar sin invadir, adecuarse sin poseer, apropiado, propio, afín.

Foto: Sebastián Arpesella

Romina Paula nació en Buenos Aires en 1979. Publicó las novelas

¿Vos me querés a mí? (2005) y Agosto (2009), ambas por Entropía. Como dramaturga y directora estrenó las obras Si te sigo muero (basada en textos de Héctor Viel Temperley), Algo de ruido hace, El tiempo todo entero y Fauna (estas últimas reunidas en el volumen Tres obras).

Paula, Romina

Acá todavía / Romina Paula. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial Entropía, 2020.

Libro digital, EPUB (Novela)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-1768-63-9 1.

Narrativa Argentina. I. Título CDD A863

Editorial Entropía Céspedes 3800 (CP 1427)

Buenos Aires, Argentina

info@editorialentropia.com.ar
www.editorialentropia.com.ar
Facebook: facebook.com/editorialentropia
Twitter: @ed_entropia
Instagram: @ed_entropia

Diseño: Entropía
Fotos de cubierta: Archivo familia Paula
© Romina Paula, 2016, 2020
© Editorial Entropía, 2016, 2020
ISBN: 978-987-1768-63-9

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Digitalizado en la Argentina
Primera edición: agosto de 2016
Primera edición digital: octubre de 2020
Conversión a formato digital: Libresque
Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra.
Reservados todos los derechos.
Otros títulos de esta colección

Agosto

Romina Paula

Pasaje al acto

Virginia Cosin

París y el odio

Matías Alinovi

Dos sherpas

Sebastián Martínez Daniell

Invierno de impacto

Bob Chow